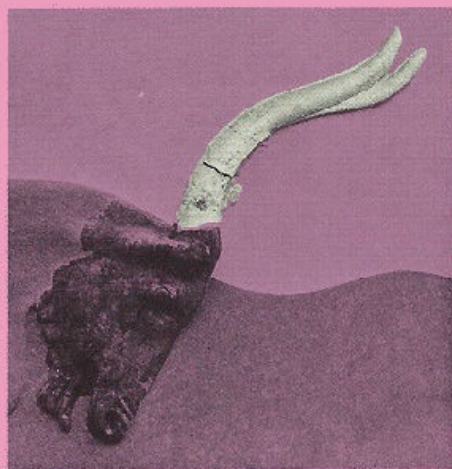


Amor Burgués

Vicente Muñoz Puelles



La sonrisa vertical



Con *Amor burgués*, Vicente Muñoz nos traslada esta vez a Grecia de la mano de un joven que pasea por lugares mitológicos su exuberante imaginación y vive experiencias de toda índole con el ardor y el ímpetu del viajero culto, curioso y apasionado. Entre el sueño y la realidad, la leyenda y la historia, el lector le acompaña en sus aventuras amorosas y sexuales, unas tímidas y febrilmente contenidas, otras arrebatadas e incontenibles, «cabalgando», como señala en cierto momento el propio autor, «al ritmo lúbrico de los recuerdos...».



Vicente Muñoz Puelles

Amor burgués

La sonrisa vertical - 24

ePub r1.0

Titivillus 12.11.15

Título original: *Amor Burgués*
Vicente Muñoz Puelles, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Cuando un hombre copula con una vaca, el castigo es la muerte. Cuando un hombre copula con una perra o una cerda, morirá. Si un hombre copula con un caballo o una mula, no habrá castigo, pero nunca se aproximará al rey y jamás será sacerdote.

Código de los hititas

Imaginó que era un caballo y que, abandonando su funda, la verga se le empinaba hasta ponerse totalmente erecta y le golpeaba el vientre con la intermitencia de los latidos, y que ella se arremangaba la falda y con dedos tentaculares se colocaba el negro pene como un obús entre los muslos, y que su crica se abría totalmente, roja y húmeda como una granada, y se convulsionaba con el roce, jadeando como una campana o una gaviota epiléptica, ahora su delta era un río en plena crecida, la súbita contracción del vientre antes del clímax, piel de tambor, y ella se corría una vez y luego otra mientras el mango rígido como un candelabro pero más grueso se deslizaba aguanoso e hinchado como un domo y frotaba, resbalaba, buceaba, un puñado de sangre tras la inminente culminación, pero ella era ahora una yegua, sus muslos un cálido estuche guardado entre grupas, y creyó oír un loco relincho al eyacular como un géiser, denso y abundante.

Después, fuera ya del lecho, él suscitó el tema:

—¿No te gustaría copular con un animal?

Ella le miró, los ojos aún brillantes, para averiguar si hablaba en serio. Nunca estaba segura con él.

—Me daría asco —respondió finalmente—. No entiendo cómo se puede llegar a eso.

—¿Ni siquiera con un caballo?

—¡Qué cosas tienes!

Uno de septiembre de 1979. Amanecía en las ruinas de Knossos, en Creta, y el sol tanteaba el monte Kephala y comenzaba a reflejarse en los alabastros del antiguo edificio.

Uno de los guardianes, tipo robusto de gruesos mostachos, inspeccionaba rutinariamente la laberíntica estructura que poco después acogería a los primeros turistas del día. No la recorría toda, por supuesto, hubiera necesitado la jornada entera para escudriñar cada rincón de las ochocientas estancias que se habían reconstruido parcialmente, pero sí los principales pasillos, algunas barandas, los propileos, los patios... Se movía despreocupadamente y bostezaba de vez en cuando y entornaba los ojos, ablandado por la tibieza del sol. Al llegar al ala oriental se desperezó e imprimió a su cuerpo una inusitada tensión. Dos días antes, al atardecer, había creído oír suspiros y murmullos cerca del megarón de la reina, en el subsótano. Nadie a la vista: imposible discernir si los sonidos procedían de la escalera privada que comunicaba el megarón con el dormitorio de la reina en el primer sótano, o de algún lugar bajo las losas. No se reprodujeron, pero la impresión era aún demasiado reciente.

Conforme descendía la gran escalera hacia los aposentos reales, las sombras ganaban terreno. Estaba acostumbrándose a los cambios de luminosidad cuando le estremeció la cadencia de una respiración muy agitada. Se asomó entre las rojas columnas que enmarcaban el patio de luz y distinguió el dorso de un hombre desnudo, que temblaba en la penumbra; parecía hallarse en el fondo de un pozo.

Fue hacia él; tenía arañazos superficiales en los flancos y, según observó al darle la vuelta, en el pecho y cerca del sexo. Una fea herida le circundaba un pezón, casi arrancado. Mirada extraviada, barba incipiente. No hablaba griego, sino un desmañado balbuceo incomprensible para el guardián. Creyó éste distinguir, por debajo del lenguaje desconocido, ramalazos de locura: el tono parecía unas veces de queja y otras de contento, como si hubiera perdido la razón o no fuera del todo consciente.

El guardián remontó la escalera e hizo sonar un silbato; aguardó a que uno de sus compañeros apareciera en el ala de enfrente y le indicó por señas que se aproximara. Le contó su hallazgo. Decidieron envolver al extranjero en una sábana, que el segundo guardián fue a recoger del puesto de guardia.

Al levantar el cuerpo y cubrirlo con la tela descubrieron que algunos arañazos eran recientes: pequeñas manchas de sangre puntearon el blanco. Como se movía con dificultad, uno lo tomó de los hombros y el otro de las piernas. Lo subieron vacilantes; por fortuna no pesaba mucho. Salieron al nivel del patio central y lo atravesaron, sudorosos ladrones de tumbas raptando una momia. Lo llevaron al puesto de guardia y, eludiendo la curiosidad de los turistas que ya formaban cola en la entrada del recinto, tomaron un estrecho sendero flanqueado de cipreses hasta llegar a Villa Ariadna. Así se llama la casa que Evans, el descubridor de Knossos, se hizo edificar para vigilar excavaciones y reconstrucciones; ahora la ocupan el superintendente del recinto, miembros de la sociedad arqueológica griega y algunos estudiantes.

Telefonaron a la policía y al hospital y, mientras aguardaban, el superintendente indicó al extranjero que se sentara y le interrogó en varios idiomas. El hombre de la sábana continuaba temblando y pestañeaba, incapaz de afrontar la luz. Siempre balbuceaba las mismas palabras. De nada servía, comprobaron, tratarle amablemente o amenazarle. La herida del pezón parecía la huella de unos dientes. Un extranjero loco, un borracho, podía escalar la verja que rodeaba las ruinas. O quizá había perdido la razón en el laberinto. ¿Y las ropas? Y aquellos arañazos, ¿se los habría ocasionado él mismo? En cualquier caso, no podía haberse mordido el pezón. Además, tenía aspecto de llevar algunos días en el subsuelo. ¿Cómo no le habían visto antes, dónde se había ocultado?

Parecía cansado y al borde del sueño cuando la percepción de unas tablillas de arcilla con inscripciones, colocadas en una vitrina, le hizo levantarse. Tropezó con la sábana y estuvo a punto de caer, pero se rehízo. ¿Buscaba algo mientras recorría con la mirada los diferentes estantes? Gritó y se inclinó de pronto, acercándose todo lo posible, la nariz achatada por el cristal, a un fragmento de un gris desvaído. Lo señalaba, parloteaba en aquella lengua absurda y movía la cabeza como si leyese.

A un estudiante se le ocurrió tenderle papel y un lápiz. El

extranjero rehusó al principio, pero luego trazó varios signos que parecían corresponder al Lineal A, un tipo de escritura — líneas, no imágenes— supuestamente indescifrado, que empleaban los cretenses entre los siglos XVIII y XV antes de C...

—¿No cree usted...? —comenzó el estudiante, dirigiéndose al superintendente.

—No sé, déjeme ver. Parece conocer algo. Da la sensación de que improvisa.

Se acercaron a la vitrina y compararon el papel con la tableta de Lineal A que tanto había llamado la atención del extranjero.

—Hay algunos signos parecidos, pero no iguales —declaró el superintendente—. La semejanza es superficial. Mire aquí. Y aquí. No, no tiene sentido alguno. ¿Creen ustedes que este hombre puede utilizar un tipo de escritura que los especialistas no entienden? Díganme, ¿tiene la apariencia de un minoico resucitado? Si no habla griego, ni italiano, ni francés, ni inglés o alemán, es de suponer que tampoco entenderá otras lenguas latinas o sajonas. ¿Cómo va a escribir en cretense antiguo?

—Podría ser ruso. O turco —aventuró el segundo guardián.

—No —dijo un estudiante—. No suena a turco.

—Y a ruso tampoco —sentenció el superintendente—. Yo diría que es la lengua inventada por un demente. ¿Han observado que no pronuncia las oclusivas sonoras?

Llegó un médico y luego dos policías. Le condujeron a un hospital cercano a las excavaciones y allí continuaron interrogándole. Nada. En los hoteles de Heraklion, la capital de Creta, no sabían de él. Quizás en Atenas.

La herida del pezón fue desinfectada y suturada. Le internaron en el departamento de psiquiatría, en una sala aparte.

Disfrutaba dibujando en las paredes, con las uñas, signos de oscuro significado. Cuando una enfermera le proporcionó papel y un estuche de acuarela, el extranjero pintó una escalera cuyo pasamanos tenía pomos dorados en las

esquinas.

Su inteligencia parecía inferior a la normal.

Cerró los ojos tierno él era torpe a veces pero trabajador resoplando allá abajo como fuelle de fragua mejor quizá que con el pito haces de luz persiguiéndose con un ritmo precipitado la primera vez creí que me desmayaba lengua de camaleón diría él aleteando en sus entrañas asediando labios rozando llamas carne dulce caliente entreabriéndose vibrando lira dejarlo ahí siempre destilando placer y toda su carne desepidermizada explotando fuegos artificiales ahora más ahí su pelo rozando frente nariz dedos hurgando ardiente vuelve entra espera ahí otra vez de prisa ahora mete deshaciéndose como en un baño demasiado caliente prolongado sacándome todo el jugo deslizando saliva rosa oliendo excitando bebiendo como una jalea rezumando agua bajo como lluvia sacando todo el placer enervada mejor de puntillas gozando apoyándome en él estrechándome bramar sofocante volcán romperla moviéndome pero sin fuerzas hacia arriba alzándose todos lenguas filtrando placer sobresalto crujido fluyendo médula clava húndete soltándome escapándome ahí ahí ahí ahí corriéndose ahí detente ahora duro su cogote de toro.

R. nació en 1948 en la ciudad de Valencia, en el seno de una familia burguesa de ideas republicanas. Desde muy pequeño manifestó una intensa pasión por los animales. Un pato de mimbre que había pertenecido a su padre siendo éste un niño, una apollada y reseca piel de zorro que había abrigado el cuello de su abuela paterna, dos elefantes de bronce que apuntalaban una fila de libros constituyeron algunas de sus primeras imágenes. «Gallo» fue una de las palabras más tempranas. Sus excrementos eran interesantes porque contenían lombrices y, según los adultos, parecían pulpos. Alguien le había dicho que existían tortugas tan vastas como la mesa del comedor. Su madre le levantaba en brazos para que contemplara de cerca los rostros dorados de los leones del edificio central de correos. Los felinos abrían

amenazadoramente la boca, pero la mano infantil no temblaba cuando, aupado por su padre o su madre, debía introducir alguna carta entre los dientes de latón. Antes de que conociera a otros niños, aquellos leones eran sus amigos; no podían morderle. Antes de que supiera de pactos, las fieras y él guardaban uno. Otro león, éste de cuerpo entero, dominaba la plaza más importante, que durante cuarenta años se llamó «del caudillo». Un ave fénix con un jinete a cuestas, emblema en bronce de una compañía de seguros, coronaba un céntrico edificio. El cerdo muestra de una tienda de trufas, el armadillo disecado en otra de pieles y curtidos, el faisán argénteo de una platería... Ningún paseo era completo si no incluía la contemplación de todos aquellos fetiches y no culminaba, poco antes de regresar a casa, junto al cocodrilo, vivo pero mágicamente inmóvil, que los propietarios de una tienda de bolsos mantenían como reclamo en un reducido reducto, insuficiente a todas luces, entre los escaparates. Aquél sí era su mejor amigo. No le pedía a su padre que arrojara monedas al reptil a través de una ranura de la jaula acristalada, como pedían otros niños, ni se burlaba de él o repiqueteaba los dedos contra la vidriera para incomodarle y verle alterar su postura. Permanecía extasiado, lo más cerca posible de su ídolo, e igualmente rígido, aguardando el más leve movimiento ocular o un bostezo para interpretarlo como un movimiento de amistad. Cuando su padre le conminaba a abandonar la tienda sin que se hubiese producido revelación alguna, se sentía infeliz y se interrogaba sobre los motivos de que sus relaciones con el reptil se hubiesen entibiado. Durante el invierno el cocodrilo se aletargaba, y por eso, más que por el frío o la palidez de los colores, lo juzgaba el niño la época más triste. También le apesadumbraba volver a casa sin tributar homenaje admirativo a alguno de los emblemas: los leones, el otro león, el águila, el armadillo... Cuando el itinerario que marcaban sus padres no coincidía con su paseo sentimental, bajaba la cabeza y callaba. Como no protestaba, los adultos nunca comprendían sus cambios de humor en la calle. Ya en casa, interrogaba sobre costumbres animales a su padre, quien

habitualmente le mostraba algún libro de zoología de su propio padre, ya difunto, y le leía los comentarios que figuraban al pie de los grabados y fotografías. Mucho impresionaba al pequeño que los cocodrilos pudieran permanecer sin comer durante meses. En cuanto a sí mismo, detestaba la carne y los huevos y prefería verduras, frutas, helados y pasteles. Cuando su madre le llevaba al mercado, rehusaba mirar los músculos y vísceras que pendían de ganchos en las carnicerías, pero no siempre lograba evitar una fugaz visión de los despojos, y entonces experimentaba asco, rabia e impotencia en rápida sucesión, y a veces derramaba lágrimas silenciosas. ¡Aquello era lo que los hombres hacían con sus amigos! La negra testa de un toro adornaba una pared de azulejos, y él se sentía inclinado a admirarla, pero ¿cómo estar seguro de que, al levantar la cabeza, sus ojos no encontrarían antes el horror? Más valía olvidar al toro, convertirlo en tabú.

Tuvo juguetes, un perro y un caballo de trapo que se llamaban «Chubasco» y «Tormenta». Eran suaves como su madre, que amaba el sol y cada mañana le llevaba a la terraza de la vieja casa y le dejaba agitar los animales de trapo, simulando que estaban vivos, que corrían sobre los ladrillos de color naranja, de bordes ennegrecidos y áspero tacto, y algunas noches permitía que los pequeños dedos, tan torpes, le ensortijaran el cabello castaño.

La cámara toma de cerca la mano corta y gordezuela, se mueve a través de ondulaciones capilares y regresa junto a una mano distinta, esbelta y diestra, con uñas pulidas y almendradas. También el pelo es otro, más breve y oscuro. Primer plano repentino de él, girando la cabeza y hundiéndola en el vientre desnudo de ella, desplazamiento lento en torno a la cintura femenina, a la altura de los ojos masculinos pero no tan cerca, hasta detenerse en el surco vertebral. Se aparta él, igualmente desnudo, de la silla y hociquea de rodillas el pubis enmarañado como esparto pero suave como telaraña.

—¿Qué escribías?

—«*Taurominos*» —respondió él, filtrada la voz por la mata del delta.

—¿«*Taurominos*»? ¿Qué es, otra novela? ¿La has empezado ahora?

Su lengua asiente por él, sinuosa y dura a un tiempo como una anguila, o quizá la cabeza titilante de aquellas menudas serpientes que algunas mujeres de la antigua Roma se insertaban en la vagina aprovechando la confusión de los reptiles, que ya se creían en sus madrigueras de los bosques.

La cámara se centra en el rostro de ella, fundido en la acuidad de las caricias.

¿Era aquélla la misma habitación del hotel Hesperia donde, tres años antes, había intentado masturbarse mirando un folleto turístico de Creta con una mujer en bikini contemplando el mar? Curioso: la mujer no había podido inspirarle, pero aún recordaba, después de tanto tiempo, su cabello dorado, su piel blanca y la postura de brazos y piernas. ¿Cansado? Siempre se había comportado así con las ciudades que visitaba. ¿Era su timidez perpetua o una rara expresión del instinto sexual lo que le llevaba a caminar continua y rápidamente, con los bolsillos o el macuto repletos de mapas y guías turísticas, sin concederse apenas paradas, descansos, comidas o bebidas? Infinitos paseos vagarosos en múltiples ciudades, deslizándose por calles radiantes, concurridas, de anchas aceras, callejas míseras o barrios pintorescos colmados de música, doblando esquinas con la incontenible excitación del cazador. Pero ¿quería realmente cazar? Buscar tentaciones, rozarlas con la mirada, huir, noches enteras sin rumbo como un barco fantasma. Atenas le había atraído desde la infancia. Recordó que, la noche de su llegada, tres años antes, había vislumbrado entre unos matorrales del jardín del Theseion a dos hombres que se amaban de pie como garañones, arqueándose a la luz lunar en lo que parecía un ayuntamiento desgarrador. Esa imagen le había conmovido. Y luego, al atravesar Plaka, melodías y parejas furtivas, bailes en las plazuelas, mujeres insinuantes y

hombres empeñados en atraerle a un local, tuvo muy claro el sentimiento de que había malgastado su juventud. No haber, a los veintiocho años, librado aún su fuerza a una mujer, no haber conocido, no haber poseído, no haber sido gustado, constituía un fenómeno poco frecuente. Después de dormir en muchos lechos, de recorrer medio mundo, habiendo tenido ocasiones seductoras y gozando de un temperamento inflamable —¿inflamable?—, ¿por qué conservaba la inocencia de un niño?

(Una de sus pinturas, fechada a los siete años de edad, muestra a una mujer desnuda con larga cabellera, senos puntiagudos, vientre prominente, gran ombligo y una línea arqueada que se interrumpe entre las piernas. Quizá esperaba contemplarla algún día, cuando adquiriese los conocimientos necesarios. Pero el hecho es que lo olvidó).

Un sonámbulo que correteaba en torno a la Acrópolis, un conspirador, así se sentía. Y la edad se le echaba encima, necesitaba tener «un éxito» en amor, o mejor en sexo, pues los había disociado tiempo atrás.

Pero el miedo al ridículo y al rechazo aún superaba al deseo. Le angustiaba el desconocimiento práctico de la vida sexual. Los muchos libros apenas le habían ayudado. Como en el teatro: la lectura no bastaba, había que representar.

La masturbación calmaba temporalmente la inquietud del cuerpo, apaciguaba la ansiedad. Sin embargo, en Grecia le resultaba imposible. ¿La simple fatiga o quizás el súbito descubrimiento de que, comparadas con tanto esplendoroso amor pagano, hétero y homosexual, aquellas solitarias maniobras eran un recurso infantil? Atenas le hacía sentirse físicamente más viejo, y al mismo tiempo le revelaba que su sexualidad era apenas púber.

Ni siquiera alcanzaba la erección voluntaria. (De día, en cambio, cuando visitaba los museos, algunas esculturas femeninas, menos abundantes y más recatadas en el arte griego que las masculinas, suscitaban el calor que de noche invocaba en vano. A menudo, ante una figurilla de Tanagra pintada con vivos colores, o una koré arcaica de cabellera rizada y peplo pegado al cuerpo, el fantasma había quedado

prendido inesperadamente).

Tampoco soñaba, o al menos no recordaba sus sueños griegos. Caía en la cama sudado y rendido, doloridos los ojos de tanto ver y las piernas de tanto andar.

Una noche en que, a pesar de hallarse aún más cansado que de costumbre, rehusaba aceptar la derrota de su cuerpo, se sentó en una de las cafeterías que invadían las aceras de la plaza Sintagma. Acababan de servirle un helado y un vaso de agua cuando le pareció que un joven de fácil sonrisa le guiñaba un ojo desde la mesa opuesta. Apartó la mirada y luego la hizo retroceder para deslizarse sobre el seductor como la luz de un faro. Eran varios. Entrevió cómo uno le daba un codazo a otro y éste también le guiñaba un ojo y se pasaba la lengua por los labios. No me pondrán nervioso, pensó, pero ya lo estaba: tenía que admitir que la ligera y embriagadora noche ateniense favorecía aquellos clásicos pasatiempos.

Se levantó uno, cigarrillo en mano, y le pidió fuego en inglés. R. le explicó en griego que no fumaba. ¿Dónde había aprendido su idioma? Lo he estudiado. ¿Querría sentarse con ellos? Aunque a R. le atraía su espontaneidad, no le costó negarse. Después de tantos años, no iban a ser hombres quienes le iniciaran. Quiero estar solo, dijo, pero terminó el helado antes de irse.

No obstante, reconoció al cerrar tras sí la puerta de su habitación, la soledad había cambiado y ya no tenía para él, como antaño, el encanto que emanaba de mujeres y animales. Había estado aislado tanto tiempo que más aislamiento no podía enardecerle.

Su pene continuaba rebelándose. Y él necesitaba una presencia ajena, alguien con quien hablar sin esfuerzo, o simplemente que estuviera a su lado.

Ella me contó que, en París, había bajado al metro para tomar el último tren de la noche. Estaba sola en su andén, y en el de enfrente había, también solo, un joven de cabello largo y tez oscura, vestido con un chaquetón de piel, que la miró

ansiosamente, se desabrochó el cinturón, se desabotonó los pantalones, se los bajó, extrajo el pene y lo exprimió. Dice que vio las gotas desde lejos, y entonces llegó el tren. Que ella se hubiera masturbado también a distancia, separados por las vías, felices por no tener que poseerse.

Le recordé un mono del zoológico de Lisboa, que se había manoseado al verla. Su miembro delgado como un tallo, la rápida eyaculación (ocho movimientos manuales, cinco contracciones peneales) entre pedazos de fruta, la indulgente sonrisa de ella y mi admiración hacia el simio por su franca y descarada animalidad.

¡Inés! ¿Cómo no se había acordado antes de ella? Tenía una beca de griego moderno y daba clases de castellano en alguna academia de Atenas. Diez o doce años sin verla. Hans le había proporcionado su dirección y su teléfono, el diligente organizador siempre estaba en contacto con todos. Incluso había bromeado al respecto: si te cansas de ver piedras... ¿Sabes que de pequeño le gustabas? R. no había creído a su amigo.

Evocó el colegio alemán de Valencia, en cuyo jardín de infancia sus padres le habían inscrito a los tres años y medio, buscando una educación laica. Algunos profesores —rostros severos, afilados— habían importado de su patria un ideal de disciplina y dureza. Voluntad, trabajo. Incluso la alegría estaba organizada. Un colegio mixto donde alumnos y alumnas se sentían solidarios frente al sexo opuesto. Cuando llegaba el recreo, cada niño ofrecía la mano a una niña y juntos bajaban la escalera a golpes de silbato, rumbo al patio donde se separaban aliviados. Ellas formaban corro y hablaban, ellos jugaban al fútbol o competían en breves carreras. R., que era hijo único y siempre veía vestidos a sus compañeros de clase, no imaginaba las diferencias genitales —para él, en aquellos tiempos, una niña era un niño con faldas y trenzas—, pero se sentía atraído por la actitud de las «otras», pasiva, tranquila en comparación con la de los muchachos. Intentaba averiguar de qué hablaban las niñas,

pero siempre callaban al verle acercarse y se mofaban de él por no jugar con los demás niños. Casi siempre, R. se volvía con brusquedad, intentando retener las lágrimas —un hombre no lloraba, proclamaban los profesores—, pero en alguna ocasión llegaba a articular frases de desprecio: las detestaba, de mayor preferiría casarse con una vaca que con una niña, quería ir a África porque allí no había mujeres.

Los niños le aturdían: eran ruidosos, pendencieros, frecuentemente crueles: necesitaban imponerse para crecer. AR, por ser uno de los más pequeños, le llamaban «renacuajo», mote que unas veces le enorgullecía y le ofendía otras. A menudo, entre los demás, se sentía débil como un animal acosado. Mimado, protegido, amaba el silencio y la calma de su hogar, que no alteraban el tono prudente y reflexivo de su padre ni la voz siempre cariñosa de su madre. Allí se sentía a gusto, tendido sobre una alfombra y haciendo discurrir a sus nuevos animales de madera por una jungla de macetas, o bien repasando las imágenes de los libros antiguos. Su temperamento pausado y contemplativo, formado en esos momentos hogareños, rechazaba la competitividad. ¿Qué aliciente podía haber en perseguir un balón o en correr más aprisa que sus compañeros? Hans, en cambio, disfrutaba con el deporte tanto como con el estudio, y jugaba al fútbol con la misma actitud segura y eficaz que mostraba en las aulas. R. le miraba con incompreensión y se consolaba buscando hormigas, recogiénolas, llevándolas bajo unos árboles y excavando para ellas pequeñas tumbas. Curiosos y maliciosos, otros niños se burlaban. Algún día, pensaba él, los animales se rebelarían bajo su inspiración y dominarían el mundo.

Les plantearon un insensato cuestionario: ¿Te entristecería ver cómo se ahoga una avispa? ¿Pegarías a otro si te molestara o le pedirías que no lo hiciese? Si ardiera un museo que contuviese obras de arte únicas y muy importantes, ¿salvarías primero esas obras o te ocuparías de los visitantes? Antes de contabilizar las respuestas, un profesor explicó que aquella prueba —que llamaba enfáticamente científica— estaba preparada para determinar la proporción que había en

cada alumno de masculino y femenino. De todos los niños, R. resultó ser el más femenino; había niñas que lo eran menos. Algunos se rieron de él; también Hans, que parecía no apreciarle tanto cuando se hallaba con otros. Una niña rompió a llorar, atrayendo hacia sí la atención general. Era Inés, rubia de piel muy blanca y trenzas; las lágrimas le brotaban entre gemidos. Lejos de pensar que aquello tuviera relación con su caso, R. se alegró de que hubiese ocurrido y de que la debilidad de la niña hubiera encubierto la suya.

Ayer iba por casa con mi blusa color crudo con escote de pico y mi jalda de raso rojo. Él no dejaba de mirarme con el bolígrafo en la mano, pero sin escribir palabra mientras me pintaba ojos y labios, y esperó a que me cambiara de zapatos y me pusiera esos de finas tiras negras que me regaló y a que me acercara, lista para salir, para levantarse y abrazarme y besarme y restregar su viejo pene contra mi falda. Él llevaba un slip, siempre va así y luego se viste apresuradamente para bajar a la calle, pero seguramente no tenía intención de acompañarme, sólo quería verme arreglada para joderme, es terrible lo mucho que le excitan mi perfume y mis ojos grandes y mi boca lustrosa, primero lame el carmín de mis labios y luego lo paladea como una golosina, un día voy a pintarme el sexo, sé que le volvería loco, pero no me atrevo a depilarme aunque sé que también le gustaría, porque dicen que al día siguiente ya pica, al principio él era tan original y se cubría el glande con mermelada para sorprenderme, adivina cuál es, me decía, pero ya no, han pasado dos años y cada vez le excita más mi ropa y mi modo de arreglarme que mi cuerpo, aunque todavía le gusto mucho, no sé si ahora soy más consciente, pero nunca tiene ganas cuando se despierta a mi lado y me ve desnuda y sin pintar, por eso aguarda a que me vista, si bien se mira es divertido ver cómo se va abultando su slip mientras me maquillo, es uno de esos hombres que adoran el calado sobre la piel o el contorno de unos zapatos o la suavidad de una media o el misterio de un velo, raja rosa envuelta en raso rojo me dijo el otro día, le creo capaz de besar mis telas, aunque no parece de los que se detienen contemplativos ante un

escaparate de ropa interior sino de los que no separan a la mujer del vestido, una vez me contó una historia sobre un hombre que era así y no podía soportar a las mujeres desnudas y en cierta ocasión quiso poseer a una que llevaba un vestido malva, pero ella se negó a hacer el amor con el vestido puesto y él la estranguló y se satisfizo con el cadáver, detestaría ser sólo un accesorio como un broche, para eso podría tomar una muñeca, a veces quisiera ser como él me desea pero no así si al menos supiera que va a durar siempre si él no fuera así no sé si es que soy o no soy cuando necesito vestirme para ser cada día una distinta eso le gustaría que fuera todos fetichistas buscando un tipo pero entonces sí que nunca podría ser yo. Cuán a menudo me he buscado entre velos de rizadas sábanas, bosques furtivos, playas dormidas sobre mi hombro, campos de agua, bajo tejados ajenos, innumerables horas buscando en el espejo mi identidad.

Temía haber perdido el teléfono, pero lo encontró. Una residencia estudiantil. Llamó desde el hotel, tardaron en localizarla. Una voz armoniosa. En griego también, le contó que era un viejo amigo, jugueteó con su curiosidad. Uri amigo de la infancia... Finalmente le reconoció: ¡R.! ¡Hablas griego! ¿Tu propio método? ¡Qué tonterías dices! ¿Dónde estás? ¿Aquí, qué haces aquí?

Quedaron en cenar juntos. Inés fue a recogerle. Sus ojos grandes y claros conservaban la viveza de la infancia. Una larga melena, un vestido de encaje blanco, casi un sudario de carnaval. ¡Hola, majo!, le dijo, y se besaron en ambas mejillas. Parecía nerviosa, gesticulaba mucho.

Llegué tarde. Creo que no lo hice adrede. Ya no lo sé. Pero tenía miedo de estar cerca de ti. Había creído librarme de tu recuerdo desde que vine a Grecia a vivir. Aquí conocí a hombres que creían quererme. Es horrible descubrir que te había perseguido en cada uno de ellos. Que no quería renunciar al amor por haber renunciado a ti, desde siempre. Me había forzado a amarles. Brutalmente. Y siempre

terminaba rechazándoles porque no estaban a la altura de mi sueño. Ninguno acabó de entenderlo. Y después de este juego que ha durado tantos años, viniste al centro de la escena a desvelar mi verdad. Casi me hería encontrarte allí, en el vestíbulo del hotel, ignorante de todo como un durmiente. ¿Qué te había impulsado a buscarme? Se me ocurrió más tarde: claro, te aburrías, sobre todo de noche, después de tres semanas en Atenas. Y yo creyendo oír campanas.

Conocías muy bien la ciudad, pero nunca habías entrado en aquel pequeño restaurante al que te llevé, cerca del hotel. Pedí moussaká y calamares, como tú. Me hacía gracia oírte hablar en griego. Mencionabas el colegio, siempre te había intrigado saber de qué charlábamos las niñas cuando formábamos corros. Quisiste sonsacarme cómo si se tratara de algo reciente. Yo había sido una niña más para ti. En cambio, Ana te atraía. ¡Cuántas lágrimas me costabas ya entonces! Y ahora, ¿me veías? No. Como siempre. No me asombraba en absoluto. Podía estar muriéndome, nunca te enterarías. A ratos me sentía ridícula. Tenía ganas de llorar y de salir corriendo, pero también me apetecía hablar del colegio. Los recuerdos se agolpaban, acudían como si los estuviera invocando. Al mismo tiempo, tu ignorancia me tranquilizaba: puesto que no me veías, no podía perder porque nada tenía. No iba a defenderme si me considerabas estúpida. A ratos parecías un anciano escarmentado. «Todo es hormonal», dijiste. No lo sabías bien, tendrías que ser mujer y experimentar en propia carne lo mucho que deprime una menstruación.

La salida me templó de golpe. Como ya te había resistido un tiempo, notaba cierta seguridad.

Por la mañana irías a Creta. Un viaje organizado de dos días. ¿Cómo había podido ocurrírsete? ¡Dos días! Y luego, a tu regreso de Creta, cinco días más antes de volver a Valencia. Te escapabas. Hubiera querido que la noche empezara entonces pero no tardaría en acabar. No deseaba que fueras tú quien me dejase. Por eso intenté precipitar la despedida, pero te empeñaste en enseñarme unos libros, no recuerdo cuáles, que guardabas en tu habitación. Subimos.

Era todo tan raro que las sienes me zumbaban. Dejaste la puerta abierta. Ese gesto de anticuada cortesía me emocionó. No me encontraba a gusto, y sin embargo no deseabairme del todo. De alguna manera anhelaba prolongar aquella noche que creía única y que tan sorprendente, tan inesperadamente me brindabas. Y te propuse abandonar la habitación porque me ahogaba. Y porque, tienes que saberlo, si en aquellos momentos un algo de deseo te hubiese impulsado a tocarme, a rozarme una mano (ya tuve cuidado de que no ocurriera) me hubiera entregado como una prostituta y no hubieses vuelto a verme. Prostituta contigo. Eso lo había leído ya. Aquella noche recordé un cuento horrible; su lectura me había lastimado y ahora me aterraba que pudiera reproducirse en nosotros. Pero no me sentí deseada en ningún momento. Ni siquiera noté interés real de algún tipo. Y me salvé. Salí feliz a la calle después del momento crucial de mi vida. Porque el cuento de Stefan Zweig no se repetiría conmigo.

Idiotizado por la reciente sucesión de espasmos, se miraba con una mano en el pene aún semierecto, estirando el prepucio, en el espejo que había al pie del lecho sin patas, donde además se reflejaba el espejo donde apoyaba la cabeza, y el reflejo dentro del reflejo.

—Me gustaría leerla —dijo ella, todavía con un kleenex asomando del delta, pequeño iceberg derritiéndose entre las algas.

—He escrito muy poco...

—¿No quieres?

—No es eso. Además, hay muchas tachaduras. Y mi letra es muy mala.

—Tonterías, tu letra es facilísima.

—No cuando escribo en sucio.

—Vamos, no te hagas de rogar. Siempre te niegas y acabas cediendo.

—Está bien, cógelo si quieres. En mi mesa.

Después de leerlo:

—¿No me dijiste que era una novela erótica?

—Sí. *¿No te lo parece?*

—*No demasiado. ¿De qué te ríes?*

—*Lo erótico eres tú.*

—*¿Otra vez? ¿Has estado mirando esas revistas mientras leía?*

—*Me ha ocurrido ahora. Creo que me ha excitado el olor de tu cosa.*

—*¿Mi cosa, dices? Si aún huele a la tuya...*

Y te quise, te quise tanto aquella noche. Amé cada frase tuya en aquel banco donde nos sentamos, en Akadimías. No sé cómo, llegaron los animales y llenaron tu boca. Nunca hablará de mí con tanto entusiasmo, pensé. Te burlaste del asco que me producen las arañas y las serpientes. En la facultad trabajabas con sapos, intentando cambiar sus hábitos de reproducción. No sé cómo hacen el amor los sapos, te confesé, y te lanzaste a una larga perorata. Me explicaste que la mayoría copula en el agua: el macho agarra a la hembra, para que no resbale, mediante unas protuberancias negruzcas que le aparecen en las palmas cuando llega la época de celo, y la mantiene abrazada durante semanas —¿semanas, dijiste? — hasta que ella pone unos huevos que él fecunda. ¿Lo recuerdo bien? Te habías empeñado en que unos sapos que copulan en tierra, parteros los llamabas, se reprodujeran en el agua como los demás. Para conseguirlo —y tú amas a los animales— alterabas el ambiente del terrario. ¡Qué horrible verbo, copular, pero tú lo empleabas con tanta fruición! ¿Ignoras que no existen dos parejas que hagan el amor de la misma manera? Claro, tú sólo utilizas ese horrible verbo y así te va. Tenías problemas, creo que los huevos de sapo partero se malograban en el agua. Había que esterilizar el terrario, airear el líquido. Me gustó lo de airear el líquido. Te suponía manejando grandes abanicos. No entiendo nada, manifesté para atraer tu atención, porque hablabas sin mirarme, como si impartieras una clase. ¿Para qué tanto esfuerzo? Querías, me contaste, repetir los experimentos de un científico austríaco, de quien se rumoreaba que había conseguido

reproducir sapos parteros en el agua y, ¡oh maravilla!, que al cabo de la tercera generación les crecieran esas protuberancias nupciales en las palmas. Ya ves cuántas cosas me enseñaste en aquel banco de Akadimías. Acusado de falsear los resultados, el austríaco se había suicidado. Como en una novela. ¿Aún escribías?, te pregunté. Últimamente, los sapos casi no te dejaban tiempo. Me hablaste de que te había costado convencer a alguien para que los cuidara durante tus vacaciones. ¡Cuidar sapos! Eras un singular alcahuete, un biólogo borracho de bichos. Y no había decepción en tu boca. Eras como tenías que ser, como te había imaginado en los últimos años. Un científico loco, capaz de los peores experimentos. Casi me sentí un cobaya. ¿Y qué probarías si confirmabas los resultados del austríaco? Me lo explicaste, parecías contento de que te hiciera preguntas.

Pero, claro, seguías sin verme. No entendía por qué no me dejabas. ¿No te atrevías? Cualquier otra persona hubiera podido escucharte.

Fuimos a la plaza Omonia a tomar un refresco, y cuando cerraron la cafetería nos sentamos en el barandal del metro. En toda la noche, R., en toda la noche, no supe por qué estabas allí. No adiviné el menor interés. Apenas alguna pregunta sobre mi trabajo, hasta eso parecía importarte más que yo. Hubiera querido contarte mucho de mí y de mis amigos, de mi familia. ¿De veras no sabías que mi padre nos había abandonado, años antes, a mi madre y a mí? No pareció impresionarte. Ni un comentario. Y no me atreví a preguntar por la muchacha australiana de quien, al decir de Hans, te habías enamorado tan violentamente. Quizá prefería ignorarlo. Sólo animales. Eras un idiota especializado, un cerebro con patas. Genética, tu tema principal. Te jactabas de ello.

Por eso, cuando las tabernas abrieron al alba, insistí en invitarte a desayunar. Quise pagar la rareza que te hizo quedarte conmigo. Fue una noche como no se repetirá otra. La sorpresa de hallarme a tu lado me impedía paladear todo el amor que volvía. Estaba mordiendo un bollo cuando murmuraste que mi melena era bonita. Me atraganté, tuve

que beber en seguida. ¿Habías dicho eso? No lo entendía. No parecía que te dirigieses a mí. Y luego pediste volver a verme a tu regreso de Creta. Lo dijiste dos veces. La primera lo tomé a la ligera. Pero al despedirnos insististe. Y pensé mientras me alejaba que te habías quedado conmigo toda la noche porque realmente te apetecía.

R. llegó corriendo al hotel, satisfecho de la pequeña locura que representaba pasar la noche en blanco, poco antes de que apareciese el taxi que enviaba la agencia de viajes. En el camino hacia el aeropuerto, el vehículo se detuvo en el Atenas Hilton para recoger a una joven de breve estatura, nariz prominente y anchos hombros, que resultó ser mexicana. Parloteaba sin cesar, y al momento de conocerla ya supo R. que su acompañante estaba dando la vuelta a Europa y que tenía un padre inmensamente rico. Acosado a preguntas, R., que, como muchos tímidos, lo era menos con las personas que desconocía, le habló de sí mismo como no había hablado a Inés. Así la mexicana comenzó donde la otra había terminado, mientras, desde el avión, la costa del Peloponeso se alejaba. Torres de nubes sobre las pequeñas islas, barcos arando, cielo de lapislázuli con incrustaciones de marfil. Al final, una cadena montañosa se alzó ante ellos. Creta se aproximaba rápidamente.

—¿Qué había ocurrido allí?

—No sabemos nada, salvo que en Creta había grandes rebaños de toros consagrados al sol, que provocaban terremotos a su paso. Cuentan que el rey Minos, descendiente de Zeus, rehusó sacrificar a Poseidón su mejor toro, el portento blanco único en las manadas pintas de la isla, y en su lugar mandó degollar a otro. Y el dios del mar le castigó haciendo que Pasiphae, su esposa, concibiera una monstruosa pasión por el toro blanco. Dédalo, el ingeniero, la ayudó construyendo una vaca hueca de madera que forró con piel. Pasiphae se introdujo en ella de tal manera que su sexo coincidía con el de la vaca, y el toro la

olisqueó y la montó, de modo que Pasiphae satisfizo su deseo y más tarde alumbró al Minotauro, cabeza de toro y cuerpo de hombre. Dédalo levantó el laberinto destinado a enterrar y esconder al monstruoso vástago. Comía éste carne humana; para satisfacerle, Minos exigía anualmente siete donceles y siete doncellas de Atenas. Teseo quiso acabar con el tributo. Se incluyó en él y, gracias a la madeja que Ariadna, la hija de Minos, le proporcionó para que no se perdiera en los corredores, pudo salir del laberinto tras matar al Minotauro. Había prometido a Ariadna que se casaría con ella, pero de regreso a Atenas desembarcaron en la isla de Naxos y la abandonó dormida en la orilla. Hasta aquí la leyenda, que puede no ser sino el último eco de mayores pesadillas. Los cretenses adoraban a la madre tierra; la imagen de la semilla que muere sepultada y torna a surgir en la cosecha del año siguiente cobró realidad en el sacrificio del rey. Éste era un personaje condenado; las sacerdotisas de Knossos desgarraban sus carnes cada vez que aparecía la luna de la vendimia; no utilizaban instrumentos, sólo manos de largas uñas. Con sangre real se renovaba la juventud y el vigor de la tierra. Un nuevo rey, también llamado Minos, reemplazaba al rey de la vida del año anterior. Posteriormente, los reyes sólo fueron sacrificados en tiempos de crisis; habitualmente se les reemplazaba por los mancebos y doncellas atenienses, que eran arrojados a los toros del sol, toros en edad de padrear que los corneaban y pisoteaban. O quizá no era así, y los jóvenes cuerpos servían secretamente para satisfacer la concupiscencia del rey, que se disfrazaba de toro y los tomaba al final de una danza en la que recorría todas las habitaciones del laberinto. ¿Era éste un intrincado coso que imitaba el trayecto del sol? Alguien se travestía de toro ardiente y bailaba la danza de la fertilidad siguiendo al astro. O tal vez el rey se cubría con una piel de toro para montar a las vacas, o a la reina disfrazada de vaca, o a la sacerdotisa de la luna, de cuyo tocado asomaban dos cuernos, un matrimonio entre la luna y el sol tras cuya consumación ella lo devoraba como una mantis, comenzando por la cabeza hasta que sólo quedaba el sexo titilante, un pene ensangrentado fecundando la luna y la tierra, última ofrenda a la diosa madre que daba la vida y la quitaba, creciente y menguante a un tiempo como la

misma luna.

En el aeropuerto de Heraklion les recogió un empleado de la agencia de viajes, que les acompañó al hotel y luego al museo arqueológico, donde se unieron a un grupo muy numeroso bajo la tutela de un guía. Buscando su propio ritmo, R. se separó pronto para recorrer las salas por su cuenta. Aunque mucho le gustaron los colores vivos de los frescos minoicos, desde el principio percibió su esencial ambigüedad. Aquí y allí, infortunadas restauraciones hacían casi imposible la comprensión de las antiguas pinturas. Pero incluso aquellas que se habían conservado relativamente bien (las que contaban con más fragmentos oscuros) planteaban abundantes preguntas. ¿Qué representaba el fresco de la tauromaquia: el arriesgado ejercicio, quizás imposible, de una blanca doncella que daba un doble salto por encima de un toro en plena carrera o un sacrificio que el animal se encargaba de ejecutar? ¿Se agarraba el moreno joven de la izquierda a los cuernos para tomar impulso o colgaba de ellos, ya sin vida? Quizá el pintor había sido incapaz de pintar la suerte de manera realista. Porque la única posibilidad de ejecutar el salto y salir ileso no era recibir al toro de frente sino adivinar por qué lado iba a embestir, darle un quiebro en la misma cabeza, a cuerno pasado y por el lado contrario, y asir las astas con dedos elásticos y tenaces. Un juego mortal, una posibilidad de dos. Y alguien debía ayudar al bailarín, recogiendo o distraendo al toro, cuando después del volteo por el aire caía al suelo. Quizá los lidiadores se turnaban hasta que uno moría. O hasta que morían todos, con anchos desgarrones como bocas de tiburón.

Temblaba ella como el caballo de un picador mientras su compañero bramaba y respiraba igual que un unicornio legendario. Afirmó él simétricamente sus brazos junto a los de ella, como un toro clavando las patas en la arena. Escarbó con una pezuña y resopló y ella asió el rígido cuerno con ambas

manos, como si fuera a saltar sobre él, y crujieron sus huesos cuando el unicornio levantó las piernas doradas de la mujer y las colocó sobre sus blancos flancos, y embistió por el centro. En la forma de iniciar el derrote con su cuerpo prendido, ella intuyó que el animal había cargado otras veces y que lo hacía a gusto. La cornada casi la arrancó del lecho. Furioso por lo mucho que le habían azuzado, el unicornio retiró el asta y la hundió con más fuerza, ensanchando la herida; gemía ella en un goce excesivo que era el de la muerte que la rozaba y abandonaba para rozarla y abandonarla y volver a rozarla y abandonarla al compás de la sangre. La fricción del cuerno desenterraba estratos de gozo. El unicornio expelió el semen, pequeños dardos como metal derretido, y ella llovió sobre la dura vaina, que al retirarse conservaba la rigidez y aparecía cubierta de facetas resplandecientes como hojuelas de mica.

Pero era mentira, porque ella lo ignoraba todo.

—Un día, claro, cuando tengas tiempo, podríamos hacer el amor como cada animal. ¿Cómo lo hacen los tigres?

Se lo dijo.

—¿Y los toros?

—Yo no lo llamaría hacer el amor. Es como un relámpago, sólo entran y salen.

—¿De veras?

—Bueno, quizá dura poco, pero supongo que es intensamente sentido. Las tortugas, en cambio, permanecen acopladas hasta quince días. El macho posee un miembro largo y redondo, terminado en esfera puntiaguda.

—Como esos preservativos con pinchos.

—Sí, y ella tiene un clítoris enorme.

—¿Eyaculando todo el tiempo?

—No, de tarde en tarde. Con voluptuosa pereza.

—¡Quince días! ¡Qué lástima que no seas tortuga!

—En cambio, yo te prefiero así.

—Yo también, tonto.

Pero ambos hubieran deseado los quince días.

Y aquellas damas cretenses de cabellos rizados, corpiños

con mangas ceñidos al talle, pecho descubierto y largas faldas orladas, ¿eran las damas de la corte hablando de modas y destruyendo las reputaciones de las amigas ausentes y de los hombres o las sacerdotisas de un culto sangriento e innombrable? Evocó de nuevo, antes de pasar a la sección de tablillas, los corros de niñas del colegio. Desde pequeño sentía un gran interés por las lenguas extranjeras y los jeroglíficos. La escritura minoica llamada Lineal B estaba descifrada: era una forma arcaica de griego que recogía las transacciones comerciales y los inventarios de Knossos. Pero la Lineal A mantenía el desafío: más antigua, parecía corresponder a una lengua distinta; nadie había podido averiguar cuál ni tampoco si estaba emparentada con otra.

Se hallaba R. absorto en la contemplación de las inscripciones —el verdadero laberinto de Minos, pensaba— cuando la mexicana le llamó: ya habían acabado la visita y se iban. Quería él quedarse; aceptó, un poco a su pesar, almorzar con ella un par de horas después. Se citaron en la entrada del museo. R. comenzó a copiar las tablillas del Lineal A, pero le costaba reproducir fielmente los signos entre las idas y venidas de otros visitantes. Indagó y le informaron de una librería donde podría adquirir la serie más importante de textos publicados en dicha escritura.

La mexicana había tomado sus confidencias por interés. Creía gustarle. Le enseñó unos brazaletes de oro que acababa de comprar. La ciudad le desagradaba: era un caos y olía mal; a cuero, decía. Comentó que sólo estaba a gusto en los hoteles Hilton y que sentía que no hubiera uno en Heraklion. R. ya la odiaba. ¿Por qué les habría emparejado la agencia, por el idioma? Comieron a la sombra, cerca de la fuente de Morosini. Hacía un calor tórrido —ese verano habían muerto tres personas en Grecia a causa de las altas temperaturas—, pero la mexicana llevaba medias y zapatos cerrados. R. hizo una observación al respecto, y ella sonrió porque él se había fijado y replicó que le gustaba ir bien arreglada. Es insufrible, pensó R., y poco después estuvo a punto de levantarse y abandonarla como consecuencia de un comentario reaccionario sobre la situación en España, país que la

mexicana ya había visitado, pero la miró y le pareció tan fea que no quiso ofenderla. A cambio, le habló de la represión franquista. Deseaba impresionarla acumulando horrores, pero pronto se percató de que ella no deseaba escuchar.

Por la tarde les llevaron a Knossos en un autobús atestado de gente. Al principio, R. se sintió decepcionado: las reconstruidas ruinas, de colores crudos y atrevidos, osadas hipótesis de cemento armado, se le aparecían vacías de significado, como el decorado para una película. Se separó de su grupo, como había hecho en el museo, y caminó al azar. ¿Era Knossos, como muchos pretendían, un palacio alegre, representación pétreo de una vida libre y festiva, un lugar donde la cultura era suntuosidad, la pintura un placer y la organización comunitaria brillaba por su genialidad o, por el contrario, como sugerían otros, la sede de una tiránica necrocracia, una mansión donde los cadáveres de los poderosos eran embalsamados, enjoyados, maquillados y honrados con danzas, ofrendas y sacrificios? R. se inclinaba por lo primero, ya que el vasto edificio le parecía carente de esencia trágica, hasta que se decidió a adentrarse en los pisos inferiores. Había allí habitaciones vastas y ricamente adornadas, pero también otras estrechas y sombrías, sin función aparente, decididamente siniestras; no eran éstas las que solían ver los turistas, a quienes les mostraban preferentemente los ingeniosos tragaluces, las avanzadas instalaciones para la ventilación, las bañeras, los elegantes motivos al fresco. Empujados por la prisa de los guías y brutalmente atiborrados de datos, pocos percibían la opresiva confusión de los pasillos, la inquietante sucesión de sótanos, de alas superpuestas, de escaleras dobles y triples, lo inesperado de las esquinas, su absurda abundancia.

R. se perdió. Conocía el procedimiento común para encontrar el patio central de ciertos laberintos: doblar siempre a la izquierda, pero no le sirvió; le parecía caminar hacia infiernos más profundos. Las voces de otros turistas eran difíciles de localizar; sólo podía fiarse de la luz. Por fortuna, varios pisos se habían desmoronado y siempre se filtraban algunos rayos. Pero, caso de estar el edificio intacto,

¿cómo se hubiera orientado? Se encontró de pronto en el megarón de la reina; así lo indicaba un letrero en griego y francés. Pero la reina sólo podía haber vivido allí, en aquella profundidad, como una prisionera. Y aquel fresco con delfines, símbolo de la alegría de vivir minoica y del amor cretense por el mar y la naturaleza, ¿no habría resultado más convincente dos o tres pisos más arriba? Localizó la gran escalera y alcanzó el patio central en el preciso momento en que su grupo lo atravesaba. Se ocultó para que la mexicana no le viera y continuó vagabundeando entre las piedras hasta que, al anochecer, decidió regresar a Heraklion. Se aproximaba a la entrada cuando ella le descubrió: le esperaba. Sorprendido, fingió haberla buscado.

Pasearon por la ciudad y cenaron en un restaurante elegido por ella, con guitarrista italiano y velas en las mesas. R. detestaba por igual el falso romanticismo del local y la cursilería de su acompañante. Hizo lo posible por abreviar la cena y pronto estuvieron en el hotel, cada uno en su habitación.

Acababa de dormirse, fatigado por los paseos y la vigilia de la noche anterior, cuando llamaron a su puerta insistentemente. Abandonó la cama tambaleándose, se puso unos pantalones y abrió. Era la mexicana, con un salto de cama verde esmeralda. No dijeron nada, él no supo reaccionar y ella cerró la puerta y le acarició. ¡Qué lástima que haya de ser con una mujer que no me gusta y a quien detesto!, pensó mientras la mexicana le empujaba, Ana, Elena, Margriet, Diana aparecieron en sucesivos *flashes*. La acarició a su vez, pero el apetito dormía. La besó en el cuello perfumado y ella le mordió, era de las que sólo sienten la carne entre los dientes, una naturaleza mucho más apasionada de lo que él podía haber sospechado durante el día. Le bajó la cremallera del pantalón y hurgó en sus genitales, buscando la turgencia. Tuvo R. vergüenza de sí mismo, sintió como si se ahogara. Debo conseguir una erección, debo conseguirla, pensaba. Ella extrajo el sexo flácido y pareció sopesarlo como una mercancía, mientras R. le palpaba los flancos y, desesperado por la glacial atonía de

su virilidad, tanteaba la gruta mojada de la entrepierna. Era la primera vez que, en un cuerpo ajeno, llegaba tan lejos. Apenas un instante, porque ella se inclinó para provocar al pene, que sólo sintió cosquillas y una desagradable humedad. La carne no despertaba. Le mordió en el glande y él quiso apartarse, pero ella le tenía bien cogido. Tardó en soltarle. La cara de la mujer había cambiado: ojos centelleantes y la geometría del desprecio inscrita en los labios.

—¿Qué ocurre? —le preguntó levantándose; también la voz sonaba distinta, menos cantarina—. Creí que eras hombre.

—No lo sé —murmuró él, mortificado por el reproche y su propia tibieza. Ni siquiera le apetecía volver a tocarla entre las piernas.

Cuando ella se fue, R. se sentó en el lecho e intentó masturbarse. Quizá había estado haciéndolo demasiado tiempo y ahora no podía tener erecciones con mujeres y tampoco sin ellas, tal vez su pene había perdido para siempre la facultad de encabritarse.

De manera poco consciente, a los seis años, R. se acariciaba los genitales y obtenía placer, especialmente si la manipulación tenía un carácter rítmico. Nada imaginaba, sin embargo, del gran misterio que guardaban los adultos para garantizar su autoridad. La fecundidad no le intrigaba, las relaciones y la vida en general ya eran bastante complicadas sin el sexo —cada día había mucho que estudiar y aprender—. Pero el cuerpo actuaba por su cuenta. Algunas tardes singularmente calurosas, la madre de R. le hacía bañarse, le frotaba con un guante de esparto y, ya seco, le espolvoreaba con talco. Ocurrió una vez que, después del baño y cubierto de fino polvo, acostado en la cama de sus padres, sobre una colcha de raso dorado que había pertenecido a la abuela difunta, sintió que su pene se ponía erecto y que podía subirlo y bajarlo a voluntad, controlarlo como a cualquier otro músculo. Orgulloso de la nueva habilidad llamó a su madre:

—¡Mamá, mira lo que hago!

Contempló ella los movimientos del pequeño pene impúber, blanco de talco.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó divertida.

(Mucho tiempo después, en circunstancias difíciles, R. evocaría aquella escena, e incluso aquella erección, con nostalgia casi dolorosa y se asombraría, una y otra vez, de la rotundidad y prolongada duración de su ignorancia infantil. ¿Era posible que no interrogase a sus padres, que no tuviera una súbita revelación, que permaneciera desorientado durante tanto tiempo? ¿No guardaría en algún lugar de la mente, velada por el orden social restrictivo o cualquier barrera psicológica, una imagen de sexualidad inequívocamente dirigida, del macho hacia la hembra? Por más que lo intentaba, no podía rescatarla. ¿Dependía su evocación de la concentración o del azar? ¿Existía?).

Su madre solía comprar revistas francesas de modas, y él se sorprendía, a los nueve años, repasándolas con detenimiento: aquel rizo, la línea arqueada de una ceja, la mirada distante, el cuello grácil, todos los contornos del cuerpo, pantorrillas que no por alargadas perdían modulaciones, la curva del pie. El brillo de unos pendientes, el anuncio de un lápiz de labios o de un perfume, un sostén de rígidas copas, turbadoras combinaciones donde se enfrentaban negrura y transparencia, faldas ceñidas que se estrechaban en la parte inferior y cada año parecían encogerse, irisadas medias. Nacía así, tomando fragmentos de distintas fotografías y revistas, el tipo inaccesible, la mujer perfecta que la realidad difícilmente podría proporcionar. ¿A dónde conducía tanta contemplación? Sentía un agradable calorcillo que se concentraba entre las piernas, tenía erecciones cuya función desconocía y, por tanto, desaprovechaba.

En la cama, apenas apagaba la luz, fantaseaba que era un rajá hindú y que deambulaba por la jungla a lomos de su elefante hasta oír un grito de socorro. Una de aquellas modelos de revista iba a ser atacada por un tigre de largos colmillos, que ya se encogía para dar el salto. R. —un R.

transformado por la ensoñación, ágil y musculoso— se precipitaba sobre el felino y, tras dura lucha, le obligaba a retirarse. La modelo no sabía cómo agradecersele, y el autor de la fantasía tampoco; solía hacer que ella le besase. Seguidamente la transportaba sobre el oscilante elefante hasta su palacio, donde ordenaba (escena sugerida por películas de María Montez entremezcladas con estampas de harén sustraídas a los libros de arte: Delacroix, Ingres, Fortuny, Matisse) que la bañaran y perfumaran y le proporcionaran prendas de odalisca: velo, corpiño translúcido, anchos pantalones ajustados a los tobillos, quizás ajorcas, para sustituir a sus ropas occidentales. Cuando le informaban de que estaba arreglada, iba a verla: yacía en un diván, entre cojines, y sonaba música de sitar. En este punto, la ensoñación se interrumpía para alterar la postura de la modelo, su vestimenta (¿qué era más seductor, unos pantalones de raso rojo o unos bombachos verdes recamados en oro?, se preguntaba registrando el ropero de su imaginación) e incluso el mobiliario, los sordos tapices, los mórbidos almohadones, o la iluminación. ¿Convenía una habitación cerrada, sin ventanas, un mundo fuera del mundo, o una suave penumbra sugerente o tal vez un enorme ventanal por el que la luz entrara a raudales?; o mejor una lámpara que alumbrase a la modelo de frente, intensamente, para impedir que escapase detalle alguno. En estas permutaciones se sobresaltaba; era que comenzaba a dormirse, y un tardío relumbrón de la conciencia le avisaba para que aún pudiera elegir entre la vigilia y el sueño. Un cambio más, ponerle un abierto chaleco en vez del corpiño, y la dulce inercia ganaba terreno. El rítmico sitar se convertía en un débil, susurrante murmullo, y luego fluía un mundo silencioso y sin tiempo.

Recordó ella que también había tenido ensoñaciones de pequeña, en las cuáles era secuestrada a lomos de un brioso caballo y conducida por su raptor, un árabe de ojos negros, dientes como almendras mondadas, blanco turbante, blanca capa

y blancas babuchas, a un jardín perfumado que refrescaban numerosas fuentes. El árabe la trataba con suavidad y ella estaba seducida por completo, subyugada. Le ofreció dátiles muy dulces, luego comenzó a desvestirla. Era como una flor a la que le arrancasen pétalos. Algo se aproximaba, pero ¿qué? Manos fogosas la acariciaban, lamían, sofocaban. Le pareció que el árabe la olfateaba como a una rosa. Sí, quiero, dijo, y él la envolvió con su amplia capa, las alas perfumadas de un gran pájaro blanco. La ensoñación nunca llegaba más lejos y solía demorarse en los instantes en que era desnudada, preparada por las caricias para un sacrificio desconocido.

Querían los niños de la escuela que se tirase al suelo para levantarle la jalda y montarla, pero ella protestaba diciendo que el suelo estaba duro y que ellos debían colocarse debajo y discutían sin llegar a un acuerdo. Supo un día que aquello crecía en un momento porque vio unos dibujos pornográficos comentados. Arrancó unas hojas y las plegó y escondió en sus bragas y más tarde en la espalda de una muñeca. Atribuyó al árabe uno de aquellos pitos, pero quizá los dibujos exageraban, porque había espiado a su padre cuando se duchaba y tenía una pilila corta y torcida. Tuvo entonces un novio, bailaban muy juntos y se cogían de la mano, se rozaban y se besaban. Siempre le había gustado tocar a la gente.

Le pregunté si se creían enamorados y me corrigió ofendida: lo estaban.

El niño la dejó por otra niña y ella cambió de novio, parecía una hermosa estatua con su pito levantado como un dedo, tan blanco. Ya sabía qué le haría el árabe, celebraban fiestas y ellos dos se encerraban en una habitación cuándo los padres se iban, pasaban horas en la cama jugando desnudos. Quiso penetrarla una tarde pero le hizo tanto daño que ella gritó y salió corriendo, también él estaba asustado, creían que se había quedado preñada pero no le creció el vientre, y aunque él tenía los ojos negros como el árabe ella estaba enfadada y rehusó hacer las paces, prefería salir con chicos mayores que ya supieran algo, aunque tampoco les dejaba entrar, porque una gota de leche quizá bastaba. El hijo de un farmacéutico era uno de sus amigos, le proporcionó píldoras, y cuando me lo contó no recordaba el color

de sus ojos.

Cuando R. tenía once años, las paredes de su habitación rebosaban de fotografías, cuadros, mapas; mesas, sillas, estanterías y rincones acumulaban libros, colecciones de sellos y minerales, conchas, productos químicos, recipientes con renacuajos, un terrario con escorpiones y otros caprichos. Algunas noches, después de cenar, aún quemaba horas jugando con gramáticas y diccionarios, tenaz y ambicioso, soñador; era entonces cuando los escorpiones se mostraban más activos e intentaban escalar las paredes de su prisión, y disfrutaba espionando sus gestos de guerreros sonámbulos. Si el sueño no le sorprendía rodeado de papeles, lo preparaba recreando, tras apagar la luz de la mesilla de noche, la breve aventura del rajá y la modelo odalisca, que nunca culminaba.

Fue una tarde —en el recuerdo especialmente luminosa— cuando, queriendo encarnar al rajá de sus fantasías, sustrajo de la cama de sus padres la colcha de raso dorado que había registrado una erección lejana y se la ciñó en torno a las piernas. Se miró en el espejo de cuerpo entero que cerraba un armario. ¿Era aquel el calzón del rajá? Se ajustó la colcha con varios imperdibles, convirtió una toalla en turbante, y posó con un machete argentino —legado de su abuelo paterno— que no aparecía en la ensoñación pero simulaba acentos hindúes. Admiraba su aspecto, complaciente, cuando el pene, estimulado por la suavidad del raso, se alzó bajo el oro. Lo presionó y quedó intrigado por su resistencia. Sentía un inusitado placer al acariciarlo. Se acostó sobre el vientre, en la cama de sus padres, y restregó contra las sábanas su virginidad inflamada. El placer aumentaba, se volvía exigente e incontrolable, apremiaba y le arrastraba como un remolcador hacia un puerto nunca visitado. Cerró los ojos al rememorar la ensoñación: era el rajá entrando en los aposentos de la modelo. Ella llevaba... Unos movimientos más, abrió la boca y gimió derramándose. El pene se agitaba sin ayuda, era el miembro recién amputado de un reptil. Cuando acabaron las sacudidas epileptiformes, R. lo rescató

de la colcha y lo observó, hinchado, rojo, caliente, con una húmeda perla en el sonriente orificio uretral. Aliviado, pero también sorprendido y preocupado, palpó el pequeño charco de coágulos blanquecinos, densa consistencia y olor dulzón. ¿Leche? Probó uno de los coágulos con la punta de la lengua; sabía bien, pero no osó tragarlo. Ante todo, quitar las manchas. Lo intentó restregando con la toalla que le había servido de turbante, luego vigiló el secado de la colcha sobre el suelo brillante de sol; al perder humedad, las manchas palidieron y quedaron rígidas. Confiaba en que sus padres no lo notasen. Ignoraba qué había ocurrido, pero estaba seguro de que no debía contarle. ¡Cómo hubiesen reído al saber que se disfrazaba de rajá!

En el hotel de Heraklion, R. añoró la húmeda perla.

A veces tienen una erección con espermatozoides, no todos los muchachos la tienen, no todos, hay quienes no eyaculan nunca y quienes eyaculan por primera vez a los veinticuatro años, así que muchos la tienen antes o después. La primera vez que el semen corre por el pene quema como fuego, y el glande también quema. Éste era uno que eyaculaba por primera vez y luego eyaculaba otras veces, éste era uno que eyaculaba una y otra vez y había eyaculado antes por primera vez y seguía eyaculando, aunque no estaba eyaculando siempre. Después de la primera vez uno eyaculaba espermatozoides tibios, ya no quemaba, esa espermatozoos parecía agua durante mucho tiempo, unos tres meses después de la primera vez, y eso era antes de que eyaculara la espermatozoos verdadera, espermatozoos que era densa y tenía grumos como un huevo, y ésa era la espermatozoos que uno eyaculaba a los tres meses de la primera vez, y era tibio, sólo la primera vez no lo era.

Al amanecer, tras un dormir escaso, R. partió andando hacia Knossos en un estado de gran excitación. Rehusaba pensar en el fracaso de la noche anterior, pero su misma prisa indicaba que no lo conseguía del todo. Discurría la ondulante carretera entre aldeas, pinos, almendros, cipreses, olivos y viñedos. No tardó en llegar al valle de suaves y lisas colinas. Desde lejos, el palacio sugería un incendio reciente.

El primer visitante del día. ¿Podría alguien, se preguntaba siguiendo con la mirada los juegos de luces y sombras de la fachada occidental, penetrar el secreto de aquellas ruinas? Acariciado por la aurora, Knossos se revelaba más ambiguo que nunca, sugería la unión con el pasado y también la ruptura, seducción y horror labrados en las mismas piedras.

Un palacio sin murallas obligaba a pensar que sus habitantes no temían a nadie. Sin embargo, los frescos no representaban a un pueblo guerrero. ¿Cómo hubiesen afrontado una invasión? Según los arqueólogos, la muerte había sorprendido a la gente del palacio con el poderío y la brusquedad propios de un fenómeno de la naturaleza. ¿Terremotos, volcanes? Un sentimiento de desastre, que el tembloroso resplandor del sol no mitigaba, iba apoderándose de R. a medida que recorría Knossos. Las desiertas ruinas le hacían reflexionar sobre la vaciedad de su vida. ¿En nombre de qué o para quiénes había vegetado como un muerto?

Descendió a los sótanos. Un fúnebre silencio se extendía en torno suyo, como un presagio de misterios que no se manifestaban. Sólo una vez, cerca del megarón de la reina, le pareció distinguir un ligero movimiento en una losa de alabastro.

Pasó la mañana entre las ruinas y regresó en autobús a Heraklion, donde adquirió la lista de tablillas impresas y

cuantos libros sobre inscripciones cretenses pudo encontrar. Volvió al museo y, cuando lo cerraron, exploró la ciudad, que terminaba abruptamente por todas partes, hasta que comenzó a caer un chaparrón de tormenta. La lluvia acabó de desasosegarle: le parecía que aquel copioso derrame era una ironía que la naturaleza se permitía a costa de su frigidez. Tomó un taxi, recogió su equipaje y fue al aeropuerto; allí se entretuvo hojeando los libros recién adquiridos hasta que llamaron a los pasajeros del vuelo a Atenas. Vio a la mexicana, pero se sentó lejos de ella. El mal tiempo retrasó la salida.

¿Qué cantidad?

Diez o quince mililitros, no es mucho si todo el amor se concentra ahí, quien presume de llenar una cucharilla pero quién se vacía en una, sólo en la literatura se derraman lagos de esperma; doce saltos todo lo más, pero uno suele agotarse antes y pocos osan convertir los libros puritanos en realidad y exprimirse hasta corromper el cerebro y vivir únicamente para eso, al final el pene sería un hilo mojado, perder la memoria, toda la mente convertida en jugo, la cara ennegrecida, piernas paralizadas y la muerte envuelta en un olor dulzón como la blanca capa del árabe de ella cuando la raptaba y poseía como un vampiro. Claro que las ballenas eyaculan mucho más, y sus licores, cuando se derraman fuera de la vagina, son discernibles en el mar; cuentan algunos, haciendo gestos marinos bajo la luna, que el esperma de los cetáceos forma en ocasiones olas blancas. Los verracos eyaculan de cien a quinientos mililitros, seguramente ningún animal doméstico produce más, una taza sería como un yogurt, pero quién la llena.

¿Qué distancia alcanza un hombre in vacuo?

Usualmente de quince a veinte centímetros, pero con suerte y habilidad puede mojar a un metro de distancia. Nada de estrellas aunque quisiéramos llegar cayendo luego rocío al alba.

¿Cómo?

Tres hombres de cada cinco mil pueden eyacular concentrándose en sus fantasías sexuales, sin manipulación

genital. Dos de cada mil pueden doblarse sobre sí mismos para mamar sus propios penes hasta conseguir el orgasmo y la eyaculación. Uno usó una aspiradora que le arrancó la piel, después parecía el alma de una lombriz toda despojada y rosa coral, otro quiso hacerlo en el grifo de una bañera y no pudo sacarlo ni siquiera abriendo el grifo, oh, qué dolor, mejor salpicar otra cosa. Los hopi, indios chochonianos masturban a sus hijos frecuentemente, y en las Marquesas, felices islas, todos practican juntos para ver quién lo logra antes es como un bosque, alzados todos los cohombres del pueblo.

¿Cuántas veces?

Sólo mujeres. Como máximo, doscientos orgasmos durante un período de cuatro horas, al principio uno por minuto, en ese tiempo cuántos hombres mueren.

Pocos días después de su primera eyaculación, paseando por el claustro de columnas toscanas del instituto «Luis Vives», unos compañeros de R. le vieron un monedero que había comprado en París el verano anterior, una roja pieza de plástico de contorno elíptico con un dibujo de la torre Eiffel en una de las caras y en la otra una ranura, que se abría al apretar los extremos.

—¡Vaya! ¿De dónde has sacado eso? ¡Es igual que un coño! —exclamó uno—. ¡Mirad, mirad lo que tiene R.!

—¿Qué es un coño? —preguntó R. mientras permitía con desgana que el monedero pasara de unas manos a otras.

Rieron. Tienes que saberlo, le decían. Acudieron más. ¿Cómo, no lo sabes? Está fingiendo, claro que lo sabe. El conejo, lo que tienen las chicas entre las piernas. Es igual que tu monedero. Debías saberlo. Tiene pelos alrededor, y un pitorro aquí arriba (sacaron papel, le hicieron un dibujo), esto es el pitorro. Yo vi el de mi hermana. A mí me lo dejó tocar una amiga de mi hermana, estaba duro y lo otro todo mojado, cabían los dedos pero no me dejó mirar cuando se los metía, tuve que hacerlo bajo la falda, estaba como en celo, mis dedos relucientes, buen fruto, la figa. Entonces tampoco sabes cómo se hacen los niños. A ver, ¿qué te han

dicho tus padres? ¡Que salen por un agujero en el vientre! ¿Y te has creído ese cuento? Mira, el pito se pone así, tieso como un palo (mostrando el pulgar rígido). Eso, enséñale cómo se hace. Y entonces, cuando está tieso, se mete en la figa (introduciendo el pulgar en un anillo formado con los dedos de la mano contraria) y te da gusto. Después, a veces salen niños y a veces no. Yo lo he visto en los caballos, tienen un pito así (poniendo los brazos casi en cruz), en la ciudad no sabéis nada. ¿Cuántas veces te has corrido? Echarse una paja, hombre, o hacérsela. Tocarse, lo llama el cura, o cometer actos impuros. Ah, muchas veces, contestó R., sin relacionarlo aún con su única eyaculación, pero ansioso por afectar algún conocimiento. ¿Muchas veces? Como todos, claro. Pues eso es correrse. Los hombres se corren en el coño de las mujeres, no me digas que no lo sabías. Pero, hombre, si lo hacen todos los animales, tendrías que ir al campo. ¿Cómo creías tú que se hacen los niños? Pues claro, es el único medio de hacerlos. Ahora que lo sabes no podrás pensar en otra cosa, ni estudiar siquiera. A mí me ocurrió eso cuando me lo dijeron, no quería creerlo pero luego sólo pensaba en eso, no podía pensar en otra cosa, a ti te ocurrirá lo mismo, sólo en eso podrás pensar, sólo en eso.

Esa noche, su madre le pidió que bajara a comprar huevos a la lechería, que cerraba tarde. Irritado con sus padres, pero también consigo mismo por haber descubierto la función sexual de una manera que creía humillante, les reprendió:

—Ya sé para qué queréis que baje yo, para qué queréis quedaros solos, no creáis que no lo sé. Ya lo he aprendido.

Le miraron incrédulos y se fue dando un portazo. Quizá había sido injusto, aventuró mientras descendía corriendo la escalera. Seguramente los niños se formaban como le habían dicho, aunque no podía entender aquello de «a veces salen niños y a veces no», pero no era seguro que a él le hubieran concebido así, en una refriega física. Ya estaba en la lechería, viendo cómo la dependienta introducía uno a uno los huevos en una bolsa de papel de estraza, cuando tuvo una repentina revelación: el éxtasis del rajá había sido una paja.

Cuentan los azande de Zandelandia (África central) que los jugos de machos y hembras se originan en las entrañas. Las hembras segregan fluidos pero carecen de testículos, entonces para qué sirven los huevos, ornatos genitales deciden. Estalactitas, rocío, lluvia, presencia cercana de animales totémicos fecundan. Macho inútil. Pero otros mantienen párpados separados: con los ojos se concibe como con el pene, si uno los cierra mientras se vacía nacerán ciegos o deformes. Atar testículo izquierdo para tener niñas, Hippocrates dixit. Útero, otra superstición: un animal distinto que se mueve dentro como una tenia pero aplanada enfadado si no funciona bloqueando vasos respiración hambriento sexo corriendo fuego interior ansiando bebé grandote buscando todo el placer succiones carne trepidante furor uterino.

Necesitaba leer sobre aquello, seguro que encontraría algo en la biblioteca de su casa. Y en cuanto a los animales, ¡le parecía ahora tan evidente! Lo había presenciado a menudo, esencialmente entre las libélulas y escarabajos del pinar de El Saler y, de pronto reparaba en ello, también entre perros y en los zoos. Todos lo hacían, como le habían dicho. Debían hacerlo para tener descendencia y les daba placer, o al menos les tranquilizaba. Creía conocer a los animales, pero en realidad qué sabía.

Comenzó aquella misma noche con «La vida sexual de la mujer considerada desde el punto de vista fisiológico, patológico e higiénico», grueso volumen ahora polvoriento, escrito en 1909 por un profesor de la universidad alemana de Praga. Perplejo, R. contempló el grabado de un grueso pene en erección. ¿Gozaría el suyo alguna vez de ese robusto aspecto? Pasó ávidamente unas páginas hasta encontrar aquello, con pelo y pliegues; disección de perineo femenino, leyó al pie: saboreó la extraña verdad: de allí procedía, allí debía regresar. Anotaba cuidadosamente las palabras recién descubiertas; vagina, vulva, clítoris.

Leyó a Darwin. «El origen de las especies y la selección en relación al sexo» le ilustró sobre el dimorfismo sexual entre

los animales y los comportamientos de galanteo. En la clase de religión, un sacerdote de orejas y labios colgantes criticaba al darwinismo arbitraria y confusamente. Nadie objetaba, tampoco R. La misa era obligatoria, y también la asistencia a la ascensión y arriada de las tres banderas, nacional, falangista y tradicionalista mientras sonaba el himno apresurado y repetitivo. Algunos profesores aún saludaban brazo en alto, ciegos buscando perchas.

Averigüé qué significaba esterilización. Los médicos nazis disfrutaban celebrando esterilizaciones en masa, hubo uno que se vanagloriaba de tratar diariamente a casi mil mujeres. Extirpaban ovarios, aplicaban rayos X o inyectaban con fervor patriótico líquidos candentes. Castraban niñas y niños, gozaban arrebatando goces. Preferían la tortura al sexo, era lo que mejor hacían.

(Años antes, en plena crisis de Suez, sus padres le llevaron a ver a Moby Dick, el grueso cetáceo que una empresa de atracciones exhibía, bajo una amplia carpa circense, en un descampado próximo al barrio chino. El hedor acumulado bajo la lona bañada de sol era tan denso y mareante que muchas personas no osaban acercarse al animal y preferían contemplarlo desde la entrada. Mientras sus padres quedaban atrás, R. inspeccionó con arrobamiento casi erótico la vasta epidermis lacerada, espió el ojo acuoso, olisqueó sin asco el persistente tufo de la putrefacción. Aburrido e incómodo, su padre tuvo que entrar y convencerle de que había saciado su capacidad admirativa. «¡No es una ballena, sino un cachalote!», corrigió R., al salir, a un pregonero que anunciaba a la momia gigante como «la auténtica Moby Dick, la verdadera ballena blanca, el mayor animal de todos los tiempos». «Y creo que hubo dinosaurios mayores», añadió poco después, con pedantería característica. Aquella noche le costó dormir. Soñó que se hallaba en medio del mar, en una isla desnuda, y oteaba el horizonte azulado. De pronto, un cálido surtidor brotaba bajo él y le levantaba: la isla era una ballena y el surtidor un prolongado chorro de vapor).

Ahora, el sueño volvía, pero ya no brotaba un vapor ficticio sino una abundante polución que parecía elevarse por

encima del lomo oscuro, flanqueado de olas. ¿Era normal que uno eyaculara estando dormido? Sí, leyó. Hubo nuevas emisiones nocturnas; unas veces despertaba antes del orgasmo y lamentaba haberlo perdido, otras sentía no haber estado despierto para mejor apreciar la alegría, algunas se reprochaba que los sueños pudiesen dominarle. Una noche, su yo dormido pareció pedirle permiso para liberarse; demasiado tarde se lo concedió, alcanzada la vigilia. No había perdido la erección. Sentado al borde de la cama, comprimió instintivamente al pene entre los muslos, separó y juntó las rodillas con ritmo cada vez más intenso. Pensó en la modelo mientras, al eyacular, ungía la entrepierna. Otras noches le enseñaron a anticiparse al sueño, a prescindir de ese pretexto. Se acostaba, imaginaba la escena del rajá y la modelo y se masturbaba al copular con ella; sabía ya cómo terminaba la fantasía, raramente se dormía antes de completarla, luego el sueño era más profundo.

Cuentan los azande de Zandelandia (África central) que, cuando el deseo se apodera de un joven, se acuesta sobre su estera y la empuja como si empujara a una mujer, y que entonces una mujer nace en la estera y titubea las caderas y le recibe y mueve la cabeza de un lado a otro, blanquean sus pupilas entre los párpados semicerrados y gime de placer. Y los niños pequeños, por su parte, dicen los azande de Zandelandia que se cogen unos a otros para sustituir a las esteras, porque eso es lo que ven hacer a sus hermanos mayores y a sus padres, así que por eso van por su parte a registrar y frotar a las niñas. Niño, ¿cómo has aprendido a hacer eso?, les preguntan sus hermanos mayores y sus padres, fingiéndose enfadados, pero sí se enfadan cuando los niños, por su parte, buscan a sus hermanas y van a la selva con ellas y se suben encima de ellas para copular. Si sus padres o los mayores les ven, les dan una buena tunda, por eso adquieren el sentido de la vergüenza, a base de palizas, y ya no van con su hermana a la selva. Y, cuando son mayores, inventan todos los días sobre la estera una caricia o un cuadro lascivo que abrasa su imaginación, y empujan las esteras como si empujaran

una mujer, y una mujer nace de sus caderas y desde entonces vive con ellos, y por eso nadie puede tocar la estera de otro, cuentan, porque allí está la mujer ajena, y todos procuran dejarla bien enrollada cuando van de caza, para que no escapen las caricias ni los cuadros lascivos que han ido inventando. Dicen que algunos viejos, faltos ya de imaginación, aprovechan las ausencias de los jóvenes para mirar en sus estereras.

Rebuscando en la biblioteca de su casa, R. leyó en un vetusto libro: «El cerebro del joven se gasta en sobreexcitaciones (sic) malsanas, a las que los órganos cansados rehúsan obedecer. Lívido y palpitante, el infeliz mansturbador (sic) se esfuerza por producir espasmos voluptuosos que sólo le ocasionan ya fatiga; entonces, sus ojos apagados se hunden en las órbitas; la nariz se afila, sus labios penden pálidos, la boca espulsa (sic) un aliento impuro que fastidia y da asco, el rostro, demacrado, recuerda la espresión (sic) del mono; la cabeza se inclina, como vergonzosa, la espalda se arquea, los miembros enflaquecen, el crecimiento se suspende; aumentan la afición a la soledad, a la pereza, la apatía para el juego; se acusa la poca elevación de sentimientos, el hábito del engaño y la debilidad de la memoria y de la inteligencia, que puede llegar al embrutecimiento; y estos primeros fenómenos de una profunda estenuación (sic) van seguidos muy pronto de graves incidentes, de la tisis, de la epilepsia, de la imbecilidad, de la locura y de la consunción dorsal». Y más adelante, ya angustiado tras un prolijo debate sobre la influencia del temperamento y de la herencia en las pasiones: «El abuso de los placeres de la carne en la edad adulta no es menos funesto que el ejercicio prematuro de los genitales durante la adolescencia».

Buscaba en un espejo de tres caras, que le permitía contemplarse también de perfil, los estigmas que la disipación acumulaba seguramente en su rostro, pero no encontraba su nariz más afilada ni sus labios más pálidos; si acaso, leves ojeras, que siempre había tenido. «¿Te parezco

un mono?», le preguntó ansiosamente a su madre, y ella afirmó creyendo halagarle. Pero él, siquiera en fotos, había visto muchos rostros de simios. En cuanto al resto, ¿aumentaba su inclinación a la soledad, a la pereza, a la mentira? Seguramente no: ni buscaba más la soledad, ni estudiaba menos, ni mentía demasiado. Tenía miedo, sin embargo. Era posible que los adultos le hubiesen ocultado el sexo para protegerle de sus consecuencias.

¿Algún remedio? El libro hablaba de baños diarios, duchas frescas, severo régimen, ejercicios gimnásticos. ¿Qué adolescente no imagina alguna vez una disciplina tan dura que sólo unos cuantos, él entre ellos, podrían soportar? Los padres de R. vieron con asombro cómo, a pesar del invierno, crecía desmesuradamente la afición de su hijo a baños y duchas. Observando que no encendía el calentador de gas al ducharse, indagaron. Dijo que prefería el agua sin calentar, lo cual no era del todo inexacto: siempre le gustó el frío. Intentando seguir por su cuenta el severo régimen que predicaba el libro, escamoteaba la carne de su plato y la ocultaba, cuando no le miraban, bajo una rinconera; no era un sacrificio porque desde pequeño la rehuía en memoria de sus amigos animales. Descubrieron los pedazos resacos y le riñeron: muchos niños hambrientos precisaban carne. Avergonzado, se resignó a suprimir los postres; aducía no poder comer más. Despreciaba la gimnasia, porque en el instituto se practicaba en un ambiente cuartelario, casi político, que le oprimía, pero finalmente halló una cierta complacencia en el rigor de levantarse temprano y agitar brazos y piernas ante la abierta ventana, observando cómo iban encendiéndose las luces de otras casas.

Tantas precauciones se revelaron inútiles. Una noche soñó que copulaba con una mujer en quien, repentinamente, reconocía a su madre. Intentó retenerse pero acabó cediendo; el placer fue muy grande. Despertó horrorizado y se limpió apresuradamente con un pañuelo.

Tras el episodio de la mexicana, R. anhelaba sentirse normal y relajado junto a una mujer, como se había sentido durante la conversación nocturna en la plaza Omonia.

Imaginando que una experiencia semejante podría repetirse, fue a la residencia de Inés, un moderno edificio de muchos colores, cerca de las montañas. La habitación de ella era muy pequeña y olía a jabón de coco; de una de sus paredes colgaba la foto enmarcada de una vasija: Teseo atravesando con una espada el musculoso pecho del Minotauro.

La otra noche, cuando supe que te hallabas en Atenas, me alegré de tener a Juan. Tampoco él se quedaría mucho tiempo —por una misteriosa coincidencia parecía que regresaríais a España el mismo día—, pero su amor por mí me protegería de tu recuerdo. Pensé en él cuando nos separamos en Omonia: a ti casi te odiaba por haberte querido durante tantos años y a él casi le quería porque me amaba. Le había conocido dos meses antes, cerca ya del término de su beca, y desde el principio me había amado sin pedir nada. En la residencia, después de verte, me esperaba una carta suya, una carta de amor... para siempre. Dormí toda la mañana y por la tarde le visité en su residencia. Me habló de lo mucho que me quería; empleaba casi las mismas palabras que en su carta, pero no las necesitaba. Bastaba verle para comprender que era sincero. Me di cuenta de que no podía corresponderle porque existías tú. Y eso me enfureció. ¿Tú, dueño de mi destino? ¡Nunca más! Juan me gustaba, era sencillo y tierno. Le forcé a hacer el amor. Él no quería: «Era demasiado pronto, Inés; ya me lo habías dado todo». Y la amargura se hizo llanto. Me había entregado a él por cariño, pero también para librarme de ti. Y él no lo necesitaba. Esa noche estabas en Creta. El día siguiente lo pasé con él; para mí fue un poco triste. Tuve frío, acuso mucho el cambio de tiempo. Por la noche llovió y vomité.

Estabas en mi cuarto pero no entendía por qué habías venido. Te comportabas amablemente, parecías humano y accesible. Y mientras planchaba el pantalón, entre el dolor de cabeza que se iba haciendo fuerte y pesado, y el frío que aún sentía... ¿por qué tuve que contarte lo que algunos habían adivinado pero mis labios no habían confirmado nunca?

¿Pretendía deshacerme de una pesadilla? Te había querido durante mucho tiempo. Eso te emocionaba, me di cuenta. Orgullo de varón. ¿Cuánto había durado? No esperaba esa pregunta. Algunos años, murmuré. Me contaste que también habías tenido un largo amorío, con una prima. ¡Amorío! Sonaba algo despreciativo en tu boca. Pero aún parecías humano y te conté más.

R. iba al instituto cuando los antiguos amigos del colegio alemán le invitaron a una fiesta de cumpleaños. Siempre habían sido reuniones masculinas, repletas de juegos y concursos, que solían degenerar en explosiones de petardos, bombas fétidas y rotura de cristales cuando los padres del festejado se ausentaban. Pero en esta ocasión también iban a acudir las chicas. Enfebrecido por la perspectiva de volver a verlas, padeció insomnio la noche anterior. Suprimió el pálido vello de sus mejillas con una hoja de afeitar paterna — tres o cuatro cortes— y se puso su primer traje para acudir a la fiesta. Hans le saludó con un toque de burla. No se veían desde el día que, en el pinar de El Saler, R. había supuesto que su amigo mataba escarabajos sólo por herirle. Se sintió humillado: el otro había crecido más y tenía un aspecto altanero, soberbio, enfundado en un traje azul marino de corte impecable. Los demás eran imitaciones de Hans, pero ninguno parecía tan ajeno a dudas, contradicciones y distintos altibajos de la conciencia. En todo caso, más despiertos e integrados que R....

También ellas habían cambiado. Lo mágico consistía en que se diferenciaban de uno —eran lo que yo no era— y entre sí. Diferentes tipos de adolescentes con caderas aún sin asentar, párpados oscuros graduando sensaciones y luces, ojos largos y suaves o nublados o brillantes o interrogadores o expectantes o divertidos, siempre turbadores. Se acordó de Ana al saludarlas: si estuviera viva se hallaría aquí. La rubia Inés se había dejado el cabello largo. Lucían vestidos cortos y escotes modestos, bolsos y tacones, pintura en los labios.

Sonó la música de Elvis y Hans tomó del brazo a una

chica y comenzó a bailar, ágil y perfecto; era obvio que no lo hacía por primera vez. Se alejaba de su pareja con la cabeza erguida y esbozaba rápidos movimientos mientras ella permanecía atenta, con los ojos bajos, acechando sus menores gestos para acompañarle, obedecerle y luego ofrecerle la espalda con pronta media vuelta. Otros y otras se les unieron, danzarines igualmente seguros. Ellas se desplazaban con agrado, zapatos persiguiéndose como gatos negros, y ellos adoptaban una actitud displicente e intercambiaban miradas de complicidad, burlándose un poco de sí mismos. R. era el único muchacho que no bailaba. Sobraban tres chicas, pero ni sabía danzar ni se atrevía a intentarlo, y además temía ofender a las no elegidas. Le hubiera gustado hablar de sus ensoñaciones y proyectos, explicar quién creía ser y cómo se sentía, preferiblemente a cada una por separado. Pero ¿por qué tenía que bailar para acercarse a ellas? ¿Por qué bailaban todos? Le parecía que las chicas le invitaban con la mirada; esa misma insinuación le impedía avanzar. Intercambiaron ellas algunas frases. ¿Se referían a él? ¿Averiguaría alguna vez de qué hablaban las mujeres? ¿Lo sabía alguien? Se petrificó en un sillón y fingió interesarse en la lectura de Proust. Al pasar, algunos bailarines le increpaban. ¡Estás comportándote como un grosero!, comentó Hans. Cambiaron el disco, variaron las parejas. Una chica se ofreció a enseñarle y él accedió; no para acercarse a ella sino para aprender, se justificaba ante sí mismo, pues enterarse de sus propios deseos le asustaba casi tanto como que otros los conocieran. Ensayó posiciones de manos y pies: mal. No se relajaba, se sentía violento y bloqueado cerca del otro cuerpo, podía absorber pero no dar. Se separaron cuando terminó la melodía. Junto al sillón, Inés sonreía con los ojos: acababa de esconder el libro. R. tomó otro, pero al instante se arrepintió. Hans tenía razón, estaba comportándose como un grosero. Lo había estropeado todo. ¿Por qué no intentaba parecerse a los demás?

Pero, tras la merienda, la hermana del festejado le arrastró a la danza. Era mayor, estaba tranquilizándole y acostumbrándole con exquisita paciencia a sus vibraciones.

Aguardó a verle confiado para entregárselo a otra chica. Así fue R. bailando con todas. Bromeó; Inés reía ruidosamente sus ocurrencias. La música se hizo trepidante. R. se movía mucho. Sudoroso, congestionado y feliz, imprimió mayor violencia al baile salvaje. Su pareja le abandonó definitivamente, le hicieron corro, aplaudían con ritmo. Siguió danzando solo mientras pudo, y luego, cuando ya le mermaba la fatiga, tropezó y cayó entre risas. Le ayudaron a incorporarse, pero la caída le había alterado y ahora se sentía como un bufón. No obstante, continuó agitando las caderas hasta que cesó la canción. Fue su último baile.

De regreso al hogar se olisqueaba manos y bocamangas, donde perduraban diferentes fragancias, e intentaba adivinar a qué chica correspondían. No estaba seguro de ninguna.

En la biblioteca de su abuelo, en una vieja y voluminosa enciclopedia francesa, halló dibujos con las posiciones de los pies durante el vals, la polca y la mazurca. Acompañado de discos, resucitó esas danzas inútiles. Giraba sobre sí mismo levantando los brazos, como si bailara con un fantasma.

Fue a otra fiesta de cumpleaños —ya habían llegado los primeros discos de los Beatles—, donde leyó en voz alta algunos de sus cuentos tremendistas. Dobles, espejos, sombras y animales abundaban en ellos. Le aplaudieron, quizá por cortesía, y se mareó al fumar un puro. Como aseguraba haber aprendido a bailar valeses, pusieron uno en el tocadiscos. Le dolían los pies porque las bases de algodón que, a fin de parecer más alto, llevaba en los zapatos, se le habían deslizado y apelonado bajo el arco plantar. Esta vez las chicas no sabían seguirle, y los calambres le trepaban por los tobillos como enredaderas mientras giraba abrazando al fantasma, siempre al fantasma.

—¿Alguna vez te ha gustado bailar?

—Sí, eso es autobiográfico. Aprendí a bailar valeses solo, con un libro.

—¿De veras? Creo que te pareces mucho al joven R. ¿Has tenido alguna vez su problema? La impotencia, el gatillazo, ¿no?

—No, claro que no.

—Entonces no eres el protagonista.

—Sabes que no.

—No puedo imaginarte bailando valeses. ¿Te acuerdas todavía?

—No. Me daría vergüenza.

—Por favor.

Apartaron muebles y se movió agitando los brazos, siguiendo con gravedad marcial una música inaudible. Pero, como el amor, el baile exigía una inhibición absoluta de la autocrítica, y él deseaba bailar pero también se veía desde fuera, con la razón no embriagada por el deseo se sentía ridículo, y aprovechó que se acercaba a ella para caer con un gesto letárgico y hundió la cabeza en su falda. No quería mirar hacia arriba por si acaso ella estaba riéndose en silencio, esa risa le hubiera destrozado.

—Estabas cohibido y temeroso —dijo Inés—. No me importaba que no supieras bailar.

—¿No os extrañaba mi conducta?

—Algunos decían que te fingías loco. Yo no. Todo eso te hacía más interesante. Al menos para mí. Quería que me vieras. Por eso te quité el libro, pero no me sirvió de mucho.

Te interesaba, quizá te divertía. Sonriente, inquiriste: «¿Y ya no queda nada?». No contesté, no me atrevía a negarlo. ¿Qué historia, verdad? Un relato gracioso e inesperado. Y te quería tanto. Me encontraba mal, estaba destemplada y el nerviosismo hizo que quemara la mesa con la plancha. Aquello me abrumó. No era mía y debía pagarla. Tenía que ocurrirme, exclamé desesperada. Intentabas calmarme cuando llegó Juan. Lo sentí porque deseaba oírte hablar y saber cuanto pudiese de ti tras tantos años de ignorancia. Y ya no recuerdo nada, salvo que discutiste con él y os fuisteis juntos.

Por la mañana me entregaron una carta que habías dejado en recepción, un cuento en dos tiempos donde intervenía un personaje llamado R. La inicial de tu nombre:

R. leyó: «Cuando el príncipe Rusmonir llegó a un claro del

bosque vio a una serpiente sobre una roca. Y la serpiente le dijo:

—Bésame y te acompañará la fortuna.

El príncipe accedió y, cuando sus labios se posaron en la cabeza de la serpiente, ésta se transformó en una hermosa doncella. Sus cabellos eran como el mar acariciado por el viento y sus ojos parecían abismos de cristal».

R. cerró el libro, asqueado. ¿Por qué milagros cosas así no sucedían sino en sueños?

R. escalaba la montaña, deteniéndose a veces para observar la distancia recorrida y compararla con la que le faltaba por recorrer. Cuando llegó a la cumbre descubrió con asombro a la muchacha de sus sueños, tendida sobre una roca. Sus orejas eran de nácar y sus labios un arco de coral. Y tanta belleza sólo era posible en un cuento.

Oyó que la doncella le decía:

—Bésame y te acompañará la fortuna.

R. accedió y, cuando sus labios rozaron la mejilla de la muchacha, ésta se convirtió en una serpiente.

Existen otras versiones de esta historia. Una de ellas cuenta que era el príncipe Rusmonir quien leía un cuento donde aparecía R. Otra afirma que R. amaba las serpientes y que el príncipe detestaba a las doncellas. También cuentan que R. no existió nunca, porque no había doncella que quisiera amarle. Hay quien dice que el príncipe y R. eran el mismo, como una eran la doncella y la serpiente. Otros aseguran que esta historia la escribió una serpiente que deseaba ser besada. Nadie sabe si lo consiguió.

Así terminaba tu carta. El día anterior te había dicho que siempre quise tener un cuento tuyo. No podías hacerme un regalo mejor. Te telefoneé, acababas de llegar al hotel. Estuvimos diciendo tonterías los dos, ahora éramos los dos y no yo sola. Y fuimos a la playa.

Sus cuerpos en traje de baño. Inés le deseaba, pero el interés de él era mental. Estaba impregnado del sueño de ella, ese sueño de amor infantil prolongado en la adolescencia, y anhelaba continuarlo y sentirse amado. No le gustaban las historias que pudiesen terminar, decía. Ignoraba

si podía quererla, pero actuaba como si lo supiese, fingía estar seguro y con su seguridad pretendía neutralizar las dudas de Inés, que temía ver realizado y luego decepcionado su gran sueño. Y, además, R. intuía que acabarían acostándose y podría probar su normalidad.

Había pocas mujeres en la playa, pero una era particularmente llamativa: una rubia corpulenta que desbordaba un breve bikini y se agitaba continuamente, arqueando la espalda o levantando las piernas, cambiando de postura sobre la toalla, excitada por su propio poder de atracción. Jóvenes griegos de color tabaco, apostadores a la carne, la rodeaban sin osar acercarse porque junto a la rubia yacía una anciana de impresionantes ojos aguileños y negra túnica. Ambas mujeres gozaban con el deseo de los hombres, y la anciana se carcajeaba de quienes desfilaban una y otra vez tensando músculos. Calmaba la rubia su ardor refrescándose en las duchas próximas, tubos levantados al aire libre, con lentos y provocativos movimientos. Bajo el chorro de agua, su boca se abría y cerraba como en un orgasmo. La anciana —¿su madre, su abuela, su protectora? — la vigilaba de cerca, sin ducharse. En ocasiones, la rubia entraba en una de las tiendas de lona, de franjas verticales y azules, que abundaban en la playa y permanecía en ella unos minutos. Al salir parecía más tranquila.

—¿Te excita a ti también? —le preguntó Inés con una sonrisa.

—No. Me gusta la historia. Es como estar viendo una película.

Y ella le creyó y pensó: si no le excita es que me quiere.

Mientras comían en un merendero continuaron observando a las dos mujeres. La joven seguía exhibiendo las tremendas oscilaciones de sus curvas y cubriéndose de aceite desde los dedos de los pies hasta la cara interna de los muslos, lentamente en torno al negro slip, hacia el vientre y el contorno del sostén. Un pretendiente más atrevido se les acercó, esbelto, elástico, color caoba y ojos de gacela. Inés y R. coincidieron en atribuirle un origen hindú. Habló con la rubia. Sus cuerpos contrastaban violentamente, el de la mujer

se dilataba y el de él era concentrado y menudo. Debió ella decirle algo muy ofensivo, porque se apartó al instante como si le hubiera mordido una serpiente. Se quedó cerca, acechándola. Su vida entera parecía depender de aquella visión. Las siguió a las duchas y luego al mar, donde la anciana también se bañó; moldeaba la túnica sus senos colgantes y reía impúdica mientras nadaba hacia el sol, siguiendo a su pupila. El hindú permaneció indeciso, pero acabó entrando en el agua y fluctuando en la estela solar, tras las mujeres que tiraban de él con hilos invisibles.

R. quería presenciar la continuación de la escena, pero Inés decidió que su blanca piel había enrojecido en exceso y tuvieron que abandonar la playa. Como él se alejaba a disgusto, creyó ella que la opulenta rubia le había impresionado más de lo que confesaba, y su desconfianza renació.

Sabía que no podía durar. Por eso provoqué una crisis. Te dije que no volveríamos a vernos. Porque lo tuyo había de ser para siempre, no un capítulo como el de mis padres. Y tú no me habías dicho que me querías. También te dije que te odiaba para alejarte de mí, pero oponías resistencia y te negabas a ser rechazado. Vi que tus ojos se humedecían y sentí una enorme ternura. Y entonces lo dijiste: te quiero, pero parecía que te lo arrancasen. Y yo también lloré, porque deseaba creerte y no podía. Regresamos a la ciudad y nos sentamos en un banco de Sintagma, donde estuvimos hablando hasta altas horas de la noche sin llegar a nada. Estabas rendido. Te quedaste conmigo hasta que encontré un taxi.

Y por la mañana te llamé al hotel para intentar romper. No quisiste escucharme. Ibas a cambiar el billete de regreso a España, te quedarías unos días más. Estaba agobiada. Juan merecía una explicación que yo iba retrasando. E Isabel, mi mejor amiga, acababa de telefonear para anunciarme que esa misma noche regresaba a España. Y quería verla. Cambiaste tu billete y yo hablé con Juan; no me atreví a darle la explicación que merecía, ni siquiera le hablé de ti. Fue una despedida porque también volvía a España, dos días más

tarde, y, ya que rehusabas no verme, pensaba dedicarte mi tiempo entero. Todos me abandonaban, tú tampoco tardarías mucho. Y nos citamos en Omonia con Isabel. Noté que te interesaba. Luego me contaste que era porque hablaba como una médium. Y el cementerio. ¿Cómo se te ocurrió ir allí?

¿Quién eres, Isabel? Caucásica, cabello azabache con hebras rojizas, frente amplia, cejas altas y espesas, casi rectas, grandes ojos córvidos y rientes, larga nariz de base ancha, labio superior escaso, inferior torneado, cuello ancho, oreja sin lóbulo, hombros estrechos y cuadrados de relieve egipcio, senos menudos, vastas manchas purpúreas como quemaduras en pecho y brazos, cintura angosta, amplia cadera, ombligo prominente, candente sexo, piernas débiles. ¿Sólo eso? Desde el principio me atrajeron la extraña fluidez de tu voz y tu gesto lánguido e intoxicado, desvalido. Así que tú eres E., fue tu primera frase, porque Inés, para disfrazar su amor, me había cambiado el nombre cuando la conociste, y yo había sido E. para ti durante muchos años. Habíais estudiado filosofía juntas, me contaste. Resultaba imposible no sentirse atraído al escuchar el relato de tu pasión por aquel griego con el que habías vivido unas semanas y decías haber roto. Rubio como el oro, le llamabas Helios y era un pájaro que bailaba todo el día y hacía el amor toda la noche. ¿Por qué romper?, me atreví a preguntarte, y respondiste arrobada: «Era demasiado hermoso». Percibí entonces un halo trágico que no te impedía reír. Hablabas continuamente de tu búsqueda de tensión y excesos, con una fruición que rozaba el exhibicionismo. Te contamos la historia de las dos mujeres y el hindú. Muy seria, aseguraste que la anciana era el diablo. ¿El diablo?, repetí imaginando una broma. Pero no, creías firmemente en su existencia y en los poderes de la brujería y de los vampiros. Atenas estaba llena de estos últimos, decías, y nos señalaste a varios que pasaban a nuestro lado. Me reí mucho: era divertido imaginar a sujetos corrientes mordiendo cuellos con avidez. Me recordabas mis terrores infantiles, mi necrofilia adolescente. Por eso propuse que, hasta que se

acercara la hora de tu partida, visitáramos el cementerio. ¡Qué ideal!, exclamó Inés, pero a ti te gustó, y fuimos andando bajo un calor que podía cocer el barro y ahogaba como un pulpo hasta la calle de los lapidarios y los pasteleros de los entierros, y entramos en el Proto Nekrotafio, el cementerio principal de Atenas, por una puerta de fantásticos resplandores. Yo ya había estado. Os mostré el mausoleo de Schliemann, con sus bajorrelieves inspirados en la guerra de Troya, y la blanca figura de una joven acostada sobre su sepulcro, durmiente de frente serena con una rosa de mármol en las manos. Esa refulgente figura llamó tanto tu atención que sacaste un cuaderno del bolso y comenzaste a dibujarla, entre oleadas de calor que hacían estremecer el aire, mientras Inés y yo paseábamos entre las veredas de cipreses, asustando a las auriverdes lagartijas. Luego, cuando pensaba en ti, prefería evocar a la poetisa que dibujaba sepulcros a pleno sol que a la joven asustadiza que temía subir a un avión vespertino; decías que te hubiera gustado poseer alas y que las máquinas eran trampas que tendía la muerte. Nunca había conocido a una poetisa. En realidad uno conoce a un número sorprendentemente reducido de personas, y yo menos que muchos otros.

¿Había sido la similitud de circunstancias —muerta adolescente— o la semejanza de los rostros, una irradiación tierna y cariñosa, congelada apenas por la anatomía de la tumba, lo que había despertado en R., ante la escultura del cementerio, el recuerdo de Ana? Su primera amiga, un afecto tranquilo y asexual a los ocho años. Habían intimado mucho, pero no tanto como para que le contara de qué hablaban las niñas en los recreos, cuando formaban corro. Un día, atravesando una calle, un automóvil se abalanzó sobre ella. R. supo reaccionar y la empujó evitando el atropello. «¡Te salvé la vida, te salvé la vida!», gritaba él luego, y a cambio le pidió que le revelara el secreto, pero ella se negó una vez más. Riñeron y se golpearon inocuamente con las carteras.

Procuraba R. que sus compañeros le viesan poco con ella;

estaban en esa edad en que algunos niños afirman su identidad sexual fingiendo despreciar a las niñas. Hablaban mucho, Ana de sus proyectos de futuro, él de animales. Apenas se tocaban. Ella era más espontánea, curiosa y retozona. Sublimaba él, si había algo que sublimar, mediante la cortesía; insistían los adultos en que, en el trato con niñas, uno debía ser extremadamente educado: abrir las puertas, ceder el paso, llevarles la cartera, no pronunciar palabras malsonantes (¿qué palabras serían?). Por otra parte, no sentía urgencia alguna, ni siquiera imaginaba que alguien pudiera sentirla; quizás era poco observador, demasiado introvertido.

—Me gustaría saber con quién voy a casarme —dijo Ana, como si la boda fuera algo inevitable y relativamente próximo.

—Yo no. Y no quiero casarme —proclamó R. con resolución.

—No tendrás hijos, entonces.

—No quiero tenerlos. Y, además, se pueden tener hijos sin estar casado.

—Eso es mentira —replicó ella, asombrada, y corrió a preguntárselo a una profesora.

R. fue interrogado; se descubrió que había extraído falsas conclusiones de una biografía en donde se mencionaba al padre del protagonista y no a su madre. Tranquilizada, la profesora le aseguró que sólo las personas casadas pueden tener descendencia.

Gradualmente, el rostro de Ana cambió. Uno se impresionaba por su mirada evasiva y la creciente concavidad de unas facciones tradicionalmente convexas. Dejó de asistir a clase. Supo R. que la habían operado y fue a visitarla: llevaba ella un pañuelo en el cuello, sus ojos eran opacos como los de un adulto, su voz singularmente grave. Rehusó despojarse del pañuelo, aunque R. se lo pidió para ver cómo le había quedado la garganta. Exigía noticias, que comentaba alegremente, y eludía hablar de su enfermedad. Monologaba sobre su ansiada vuelta al colegio cuando calló y se le humedeció la mirada. Aturdido, R. le preguntó si quería que llamase a alguien. Por toda respuesta, Ana le atrajo hacia

sí y, rechazando temores, le besó en los labios con sorbos tenues como gotas de lluvia. Al apartarse vio R. que la boca de su amiga parecía transfigurada, contraída como por el efecto de una misteriosa pócima. Temblando, el niño se encaminó hacia la puerta.

—¿Volverás pronto? —inquirió ella en un susurro.

R. asintió con la cabeza, pero la evocación del beso de incomprensibles intenciones e imprevisibles consecuencias le impidió repetir la visita. Dos semanas después, una maestra les informó, en un alarde de teatralidad —crispándose, estremeciéndose y sonriendo como disculpándose— de la reciente muerte de Ana. R. entendió confusamente que se le habían desarrollado unas branquias semejantes a las de los peces. ¿Podía uno morir de eso?, se preguntó antes de que acudiesen las lágrimas. Branquioma, tumor que se origina en un arco branquial; ordinariamente maligno. Desde entonces rehuyó a los padres de Ana, por miedo a que le reprocharan el incumplimiento de su promesa.

Soñó él, envuelto en los hilos hechiceros de una pesadilla, que el roce sin aliento de unos labios exánimes pugnaba por despertarle, y que unas manos descendían lascivas por su vientre con caricias tibias y prolongadas y se demoraban en el vello pubiano. La ansiedad exaltaba y sazónaba el placer del durmiente. Eludiendo el centro, las manos, que parecían aumentar de temperatura, se deslizaron palpando la cara interna de sus muslos, solemne, pausada, litúrgicamente. En actitud supina, enhiesto el pene como un menhir, el durmiente aguardaba. No mucho: una mano sabia ascendió desde sus rodillas y serpenteó violadora entre sus muslos, le masajeó los testículos y luego el jalo con distintas presiones y ritmos, urgentemente y con la palma entera en toda la longitud de la barra, aleteando con dulzura bajo la cabeza del glande. ¿Cómo iba a ocurrir? ¿Sería succionado como por una aspiradora, manoseado hasta el zumbante fin o montado por la amante nocturna, que le espolearía con las rodillas hasta vaciarle de espuma? El lingam vibraba como un pálido gusano que

presintiese, por el tamborileo del suelo, el picotazo del mirlo. Suspendido al borde del orgasmo, aguardaba el tirón postrero cuando le aturdió un fuerte mordisco en el pezón izquierdo. El dolor le hizo abrir los ojos, y creyó ver, inclinado aún sobre él, el rostro del súcubo que se apartaba: era Ana, la muerta, que se había estrechado contra él buscando el calor de la vida, y fue luego una sombra que se desvanecía, flotaba sobre el lecho como un vapor y se perdía entre las restantes sombras del dormitorio.

Desesperado, desamparado, se preguntó por qué Ana había vuelto tantos años después: ¿Habría esperado para presentarse con el cuerpo elástico y carnoso de una mujer adulta? ¿Quería acusarle de algo, hacerle reproches? ¿O, al contrario, agradecerle que la hubiera mencionado en su incipiente libro?

Terminó de despertar y, mientras sus ojos se habituaban a la penumbra, comprendió que había sido víctima de su exaltada imaginación. Un sueño, nada más. Pero la erección había sobrevivido al falso dolor y al susto.

No podía dormir de nuevo. El deseo era tan violento que tuvo que acercarse a su compañera y entrar en ella. Medio dormida, la mujer dejó hacer sin acompañarle, soñando quizá con un estupro inesperado del que era víctima pasiva y complaciente. Su rigidez parecía la rigidez fatal de una muerta. Él se volcó.

Y tu hotel, el Hesperia, donde quise explicarme. Necesitaba justificar a cada uno de mis amantes para comenzar contigo, pero no podías escucharme porque, como la noche anterior, se te cerraban los ojos. Me pediste que me quedara. No te tocaré, sólo dormir, dijiste. Nunca me lo habían pedido así. Dormir contigo. Sabía que no me querías, pero tú sí sabías que te amaba. Me habías forzado a confesar que continuaba queriéndote. Ya no sería el cuento de Zweig. Entraste en la cama, te acercaste. «Es difícil. Ni siquiera nos hemos besado en la boca». Recordaré siempre esa frase tuya. Me habías engañado. No se trataba sólo de dormir. Íbamos a hacer el amor en frío. Y empezaste a besarme, técnicamente, sin deseo. Por primera vez no me excitaban las caricias de un hombre. ¡Y eran tus caricias! El primer beso que me diste en

los labios me repugnó. No sabía nada de tu impotencia. No la adiviné y decidí que me dejaría tomar sin participar. Otras veces lo había hecho, pero ahora resultaba más doloroso porque se trataba de ti. Hablaste y quise creer, como decías, que el cansancio menguaba tu deseo. Y quise ver en tus caricias mecánicas una muestra de soñoliento afecto. Esa interpretación me reconfortó. También yo me encontraba agotada, ¿sabes?

Dedujo R., por la lenta respiración contigua, que Inés dormía. Problemas técnicos, pensó. «Se introduce el pene en la vagina», se leía en los libros, pero ¿cómo? ¿Qué grado de erección era suficiente? Debía ser guiado con la mano, pero ¿cuándo? Antes había tenido una media erección; le había asustado la idea de coger su propio miembro y hundirlo en Inés, y la había perdido. Porque encaminar el pene y fallar por carecer de consistencia suficiente o por no acertar con el orificio —los únicos sexos femeninos que conocía, los entornados de los cadáveres de la facultad o los congestionados de las parturientas, le habían proporcionado escasa confianza—, le parecía más vergonzante que la propia renuncia. Lo razonable, pensó, era que la mujer introdujese el pene. Ella debía conocer el camino mejor que nadie y, en el caso de Inés, con años de libertad auestas, también la urgencia imprescindible. Y su propia excitación. Porque, ¿no podía ocurrir que el pene irritara una vagina escasamente lubricada o que encontrara dificultades para avanzar en un túnel reseco? Reprochó mentalmente a su compañera que no le hubiese ayudado y divagó sobre las consecuencias del aislamiento. Pensó en los monos criados en soledad absoluta, que, colocados con ejemplares sexualmente activos de su propia especie, ignoraban cómo responder y se refugiaban en los rincones de las jaulas. Tanto tiempo sin conocer otro cuerpo, ¿no le habría aislado definitivamente? Un pene solitario, como un obelisco. Ni siquiera eso; envidió la permanente erección de la piedra vertical. A sus años, ¿quién podía creerle virgen? Repasó sus vagos conocimientos sobre

la impotencia: clasificaciones formales, interpretaciones freudianas (prohibiciones de nivel edipiano, angustia de castración, el placer sádico de la retención) y nociones sobre tratamientos largos y de resultados poco duraderos. Irónico que indujese a los sapos parteros a copular cuando él mismo no podía. Fácil hasta para los sapos, incluso para las moscas.

Recordó: de pronto era un adolescente, y de noche leía novelas con una linterna bajo las sábanas, para que sus padres no atisbaran luz a través de la puerta acristalada de su dormitorio, que cerraba siempre. Buscaba en cada libro coincidencias con su propia y breve historia, relatos del pasado, sueños del futuro. Creía tener mucho tiempo por delante, las personas de veinte años le parecían viejas; a esa edad, creía, ya habría hecho cuanto deseaba hacer. Las novelas le informaban: Balzac sobre el matrimonio. Maupassant sobre la prostitución y Zola sobre el adulterio.

Durante mucho tiempo, largos períodos de abstinencia sexual alternaron con fases de masturbación casi cotidiana. Si se sometía a la disciplina no era por motivos de salud; le gustaba el simple ejercicio de la voluntad. Sin embargo, recaía con liberalidad, acusándose de desperdiciar su autodomínio en nimiedades, y arguyendo, además, que la masturbación aliviaba tensiones. ¿Para qué luchar contra algo intrascendente, quizá psicológicamente beneficioso? Ya no creía que aquello pudiera perjudicarle. En el diario que había comenzado recientemente, señalaba con cruces las pérdidas seminales. Había leído que Rousseau se masturbaba hasta el fin de sus días.

Cuando disponía de tiempo aún se disfrazaba de rajá, anudándose en torno a la cintura un pañuelo de seda de su madre y enlazándolo a otro que, pasando entre sus nalgas, le cubría el sexo. A veces se pintaba bigote y barba muy poblada, con acuarela. Para masturbarse se sentaba en una silla ante el espejo de cuerpo entero; poco antes del desfogue procuraba desprenderse de uno de los pañuelos, para no mancharlo, y cerraba los ojos.

¿Cómo se besaban los amantes? En su casa había una jardinera modernista de terracota en forma de busto de

mujer. Era una ninfa ideal, un rostro delicado de cabellos ondulantes al viento. Tenía la frente lisa, los ojos entornados, la pupila hueca y unos labios de voluptuoso relieve que R. besaba cuando sus padres se hallaban ausentes. La miraba con ternura antes de inclinar la cabeza y unir a los suyos los fríos labios; inventaba sondeos y ondulaciones, cómicos cloqueos, ruidosas aspiraciones. En la cumbre de la pasión frotaba furiosamente boca de carne contra boca de terracota, quitando el polvo.

Así comenzó a interesarse por las figuras de bulto, cerámicas, mármoles o bronces; a veces su contemplación le provocaba el mismo calor que las fotos de modelos, con el aliciente del volumen.

¿Amor o sexo? El amor entre sus padres le había parecido asexual durante tantos años que le costaba concebirlo de otra manera. El sexo le parecía narcisista, no así el amor.

Para poder entregarse con mayor facilidad a la lectura, trasladó su cama a la biblioteca. Fue allí donde se le ocurrió componer una mujer artificial. Colocó la jardinera sobre uno de los extremos de la almohada y añadió a ésta un sostén. La almohada era de espuma de goma y tenía cremallera. R. la abrió, practicó un orificio en la goma e introdujo en él su pene semierecto. Vana hazaña; tras varias acometidas inútiles, lo retiró flácido y arañado por el roce con la cremallera. Decepcionado, apartó la cabeza sin atreverse a besarla.

En la mujer, imaginaba ahora, había una parte superior virginal, de sublime delicadeza, y una parte inferior de carácter elemental, estático, la región del alumbramiento y de la cópula. Curiosamente, era la primera la que más le atraía.

No tenía trato con chicas y los amigos de sus padres —el rígido y perfecto círculo de los vencidos— carecían de hijas de su edad. No había vecinas adolescentes. Caso de haberlas, quizá tampoco se hubiera atrevido a manifestar interés.

Entre los azande de Zandelandia (África central), cuando un

joven encuentra a una joven en la selva, y se hallan solos, él le dice que va a morir de deseo por ella, y ella dice que conoce un claro del bosque, y lo buscan temblando como árboles enredados, y cuando lo encuentran ella se resiste un poco, y él la coge de la mano y la acuesta sobre la hierba, para entonces él se ha quitado su falda de corteza y su pene está erguido como una aparición, ella ríe nerviosamente y se desprende del taparrabos, apoya él la cabeza entre los senos de ella, y luego la descansa en cada parte del cuerpo adonde ella dirige la mirada, y con un bufido de búfalo coloca su nervio entre los muslos, pero sin entrar, y ella, al excitarse, le rodea con sus piernas y guía el pene hacia el nido con su negra mano, y él empuja como si nadara, pero con más emoción, hermano mío, le dice ella moviéndose locamente, qué gusto produce tu pene ahí, hazlo despacio, y cuando ha obtenido gran placer sopla al oído de él para que eyacule, babean las entrañas de ambos, y cuando él también se ha satisfecho retira el miembro y ella le limpia con su taparrabos y le besa en la punta, hablan con susurros sobre los asuntos de los jóvenes y así aguardan a que en él ceda el reflujo de la pasión y repiten la cópula, todas las cópulas se parecen como se parecen todas las muertes, son repeticiones de otras cópulas y de otras muertes, después de copular hasta hartarse él le da algo a ella, un pequeño regalo en conchas o dinero. Ella no lo ha hecho por eso, pero se sentiría ofendida si no recibiese nada a cambio del placer que le ha dado, sería como si ese placer no valiese nada.

Cuando uno quería individualizarse, ser distinto, destacar por sus ambiciones y trabajos, ¿no parecía una burla feroz que la naturaleza se empeñara en someterle al más corriente de los deseos? Uno se sentía utilizado para propagar la especie, el placer era una aña-gaza.

Obviamente, los animales no podían elegir. Al alargarse los días en primavera —precisamente acababa de leerlo a los trece años— los rayos solares estimulaban la secreción de una hormona en el canario macho, forzándole a cantar y a exhibirse. Ese galanteo inducía la producción de otra hormona en la hembra. Todo regulado, todo determinado. No

eran simples máquinas. Los animales deliraban, se hacían ilusiones y tenían deseos, pero desvaríos, ilusiones y deseos obedecían al medio interno y al ambiente, no podían eludirse. ¿Sucedía lo mismo con los humanos?

Buscar una mujer para copular le parecía reconocer la evidencia de la derrota. Y, además, ¿qué mujer iba a aceptarle, tan joven? ¿Qué podía él ofrecer? No creía, por otra parte, que ellas disfrutasen con el acto sexual, al que seguramente se sometían a disgusto. (Había leído el libro de un tal Nemilow, «La tragedia biológica de la mujer», y llegado a la conclusión de que, para ésta, la sexualidad era esencialmente dolorosa). Sentía algo vagamente turbador, sucio, escuchando el crudo lenguaje de sus compañeros de instituto. Pensaba que no había mujer verdaderamente fea o grosera, como tampoco existía animal verdaderamente desagradable o agresivo.

Como no osaba acercarse a las hembras, se las apropió algunas tardes, identificándose con ellas mediante lo que juzgaba más representativo: el vestido. Se disfrazaba con ropa de su madre y asumía ante el espejo las sugestivas poses de la modelo de sus ensueños. No se convertía en objeto para otro hombre, el rajá, su otro yo, sino para sí mismo, para el muchacho que se escondía bajo las telas, joyas y pintura. Era un juego cerrado, como cuando, siendo muy pequeño, jugaba consigo, intentaba atrapar sus propios brazos, se perdía y se encontraba, golpeaba y se golpeaba. A veces, la música de «Scherezade» contribuía a forjar la ilusión oriental. Realmente creía, por unos minutos, estar poseyendo aquellos labios agrandados y enrojecidos que siempre habían sido los suyos.

A menudo se observaba críticamente, y llegó a temer que aquel gusto por el disfraz femenino constituyera una forma, siquiera leve, de inversión. Se tranquilizó consultando una vieja edición de las obras completas de Freud: la pulsión erótica estaba auténticamente orientada hacia la hembra, que era deseada pero se mantenía a distancia, al otro lado del espejo.

Podía uno plasmar la mujer que quisiera utilizando ovillos

de lana de color paja o negros, sostenidos por un pañuelo de cabeza, para simular pelo, rellenando un sostén con otros ovillos, disimulando con medias el incipiente vello de las piernas. A veces se entretenía en esta decoración; oía el ruido del ascensor al detenerse y, adivinando el retorno de sus padres, se precipitaba hacia el cuarto de baño, cuya puerta cerraba con pestillo, para despojarse de aquellas prendas y lavarse la pintura; lo más difícil era quitarse el rímel, que se acumulaba en las comisuras de los ojos. Devuelto a su aspecto masculino, raramente consumaba la actividad erótica tan minuciosamente iniciada y recién interrumpida: no pudiendo ya poseer a la apetecida modelo del espejo, solía contenerse en espera de un nuevo ritual.

Al regresar del instituto, una mujer de unos treinta años le abordó para pedirle que la ayudara a bajar unas maletas, que guardaba en un piso. Tengo prisa, objetó él, y ella replicó que sólo le llevaría un momento. No queriendo parecer descortés, R. la siguió hasta una pensión, en cuyo vestíbulo había un hombre tras el mostrador, más bien una cabeza que parecía cortada al nivel del cuello y depositada allí como un macabro pisapapeles. Subieron una alta escalera con pomos dorados y llegaron a una larga sala donde tejían dos mujeres, que interrumpieron su labor al verles, y luego a un sombrío dormitorio en cuyo suelo se alineaban cinco maletas. Déjalas abajo, ¿quieres?, le pidió ella. R. hizo dos viajes con una maleta en cada mano; llevaba una chaqueta de cuero que se le enganchaba en los pomos dorados. La mujer le seguía con las manos desocupadas, a continuación ascendía ante él; la cabeza tras el mostrador no hacía signo alguno, la jardinera de terracota daba más sensación de vida. Subió R. a por la última valija, la más voluminosa, y ya se hallaba en el dormitorio cuando le pareció que la mujer hacía ademán de entornar la puerta. Un breve instante, seguramente producto de su imaginación. Pero ¿no estaba ahora la puerta casi cerrada, no tuvo que empujarla para salir con la maleta? Descendió, ya sudoroso, y abandonó el equipaje. La mujer le dio una palmada en un brazo, afirmó que se había portado bien —parecía hablar para que el rostro inexpresivo la oyera

—, y le acompañó hasta la esquina donde se habían conocido. Toma, le dijo ofreciéndole una moneda de cinco duros, te los has ganado. R. rió nerviosamente y murmuró que no había ayudado por dinero. Anda, cógelo, insistió ella. No, no, murmuró él, gracias de todas formas, y se alejó apresuradamente. En casa reconstruyó la escena una y otra vez, procurando entenderla, intuyendo que ocultaba un trasfondo. No lo encontró, ni siquiera pudo recordar los rasgos de la mujer, veía antes su propia chaqueta enganchándose en los pomos dorados.

Durante los días siguientes regresó a casa por otra acera, rehuyendo la esquina, pero luego la buscaba e incluso se demoraba al cruzarla, ansiando actualizar el encuentro. Pasaba alguna vez por delante de la pensión: no había maletas en el centro del vestíbulo, el mostrador no era visible desde la calle.

Engrosó la aventura con detalles ficticios, para suplir los que no recordaba, e incluso le proporcionó un final que sólo había atisbado: la mujer cerraba la puerta desde dentro cuando él iba a recoger la última maleta, se desnudaba en la penumbra —el silbido de la falda al deslizarse por las caderas— y le pedía que tocara sus senos. Y él los acariciaba, senos combinados de muchas lecturas, cargados en sus manos de dulzuras y de blandos perfumes, lunas y reflejos de lunas sobre el agua, aún no verdadera carne, mamilas, pezones. La mujer le desnudaba, le rozaba con la extremidad de sus dedos y propagaba por todo su cuerpo una red de contracciones espasmódicas que nunca se agotaban. Nunca porque, en la imaginación, aquellos instantes podían repetirse indefinidamente, proyectarse a una velocidad distinta, encuadrarse con nueva sutileza, acompañarse del tacto (se acariciaba cerrando los ojos al soñar que ella le acariciaba) o del olfato (un perfume de su madre, derramado poco antes, podía sustituir al perfume ignorado). Y lo mismo para el primer abrazo o la contemplación de unos ojos próximos que también parecían más reales al cerrar los propios, o el beso inagotable, o el acto sexual. Era éste lo más difícil de imaginar: podía sustituir un placer por otro, pero le costaba

salvar con el pensamiento pequeñas dificultades técnicas (había leído, por ejemplo, que los tiempos de excitación eran distintos, y también que en ocasiones convenía que la mujer se sentara en un almohadón para que el hombre alcanzase la vagina). ¿Era pernicioso, oportuno o imprescindible el orgasmo simultáneo? Saber a medias nada, solucionaba. Los novelistas que conocía eran poco precisos al respecto, abusaban de las metáforas o dejaban correr el tupido velo característico. Y los textos científicos que tenía a su alcance se extendían preferentemente sobre los pormenores del embarazo y el alumbramiento, partes de la vida sexual femenina que ni eran necesarias ni en aquel momento le interesaban demasiado.

Contó la historia en clase. Muchos dudaron, pero la acumulación de detalles convenció a casi todos. R. sabía administrar el relato, prolongando o apresurando los pasajes, no en vano se lo había contado a sí mismo muchas veces. «Al principio sentí miedo. Pensé (con un tono burlón) que quería asesinarme». «¿Y luego, cómo te sentiste luego?». «Muy fuerte, tremendamente fuerte. (Envalentonado, pareciéndose a sus compañeros). La mojé toda». (Los compañeros se miran entre sí, aparentemente orgullosos, como si hubieran participado).

Muchos años después, pasando por la esquina con algún amigo, todavía contaba casualmente: «Aquí me violaron».

Un compañero de curso le presentó a dos chicas a la salida del instituto. Les habló de ti, querían conocerte. Era en invierno, había anochecido. Estrechó ceremoniosamente las manos femeninas, la voz de una parecía cálida, apenas veía sus rostros. Se alegró de contar con una excusa: tenía clase particular de matemáticas (era cierto) inmediatamente después. Se despidió con tímida brusquedad. Luego se arrepintió y oyó aquella voz toda la noche, hizo que le hablara casi hasta el alba.

Puesto que las relaciones epistolares le resultaban menos difíciles, buscaba en las revistas direcciones de jóvenes extranjeras que pidiesen correspondencia. Recibió cartas de una holandesa, una húngara, una japonesa, una neozelandesa y

una cubana; contestó en inglés a las cuatro primeras; era un buen corresponsal, pero insincero: alteraba detalles para hacer amenas las historias. Le alegraba recibir cartas, aunque éstas no le revelaban mucho sobre las intimidades de las mujeres: no se le confesaban, parecían tener siempre presente que se dirigían a alguien de otro sexo y dedicaban más espacio a explicar las características de su país que a revelar sus propios sentimientos.

Como era incapaz de imaginar un baile en su casa, continuaba celebrando sus cumpleaños a la antigua usanza del colegio alemán, sólo varones. Leía en voz alta alguno de sus propios cuentos, escuchaban discos, comían pasteles y terminaban buscando ansiosamente mujeres desnudas en las revistas extranjeras de fotos o excavando en la vieja versión de «Las mil y una noches» de editorial Prometeo, en busca de los pasajes más estimulantes.

La posesión de textos eróticos, heredados del abuelo, le proporcionaba entre sus amigos fama de conocedor, opinión que contrastaba con su aparente indiferencia hacia las mujeres de carne y hueso. Un personaje contradictorio, disfrutaba pareciéndolo y arropándose en misterios.

Poco a poco, creyendo que le aburrían —le llamaban burlonamente «el incorruptible», como a Robespierre—, fueron dejando de invitarle a los cumpleaños de los demás y a los bailes que ahora celebraban cada sábado. Para evitar que sus padres le sospechasen sin amigos, fingía citas: Transcurría la tarde sabática mientras recorría la ciudad apresuradamente, yendo a la playa desierta o al puerto, embriagado por un confuso sentimiento, como un mensajero obligado a entregar un paquete de contenido desconocido en un lugar ignorado, o una abeja que no sabe dónde posarse. La contemplación del mar le calmaba. Una oscura tarde, un marinero le gritó desde un barco, como en una película de Antonioni, en un idioma que no pudo entender. Le atraían las iglesias por su tranquilidad; entraba en ellas y se sentaba, pero huía tan pronto se le acercaba un cura. Desfilaba ante las casas de sus amigos sin decidirse a llamar. O irreflexivamente, como impulsado por un fuerte viento, se

dirigía al cementerio y deambulaba junto a los nichos imaginando a la manera romántica que sólo los muertos sabían hacerle compañía. Se creía muy desilusionado, como alguien a quien nada queda por conocer. A menudo llevaba un libro de poemas: Poe, Keats, Puschkin, Schiller; repetía determinados versos ante las lápidas. El nicho de su abuelo paterno, muerto antes de que él naciese, el de su abuela paterna. No encontró el de Ana, quizás era de los más altos. Abandonaba el cementerio al anochecer, de nuevo caminaba con prisa, su mente iba de una ensoñación a otra. Pensaba en los demás transeúntes como seres insensibles al sentimiento y a la lógica. Le hubiera gustado conmoverles. Cuando se cruzaba con la pobreza, desviaba los ojos. Se sabía muy vulnerable, gimnasia y duchas frías endurecían su cuerpo, pero no su sensibilidad. Regresaba a casa exultante y lleno de imágenes captadas al pasar, con los pies doloridos.

Los domingos, sus padres iban al pinar o a la playa de El Saler, y él se quedaba solo en casa, con el pretexto de que debía estudiar, hasta que regresaban. Y estudiaba, pero no las asignaturas del bachillerato, sino —excéntricamente— el japonés, mediante los muchos textos que su abuelo había adquirido en un viaje al Japón, poco antes de la guerra civil. Tras aprender el alfabeto, leía en voz alta sin preocuparse de la traducción, fijándose al principio en la pronunciación figurada y luego prescindiendo de ella, recitando algunas páginas hasta aprenderlas de memoria. Llegó a componer listas de vocablos con los que formaba frases, cada semana hacía una lista, memorizaba los vocablos y construía oraciones cada vez más largas y complicadas. Aprendía sin objeto determinado, en parte porque el saber desinteresado le hacía sentirse distinto de los demás y creerse mejor. Algunas noches dominicales, excitado aún por sonidos armoniosos, flexiones, sufijos e insólitas caligrafías ejercitadas durante el día, se resistía al sueño o bien lo inundaba de elegantes figuras negras. Con paciencia y orgullo, la corresponsal japonesa le aclaraba dudas y le alentaba.

Le aclaraba dudas y le alentaba, y le alentaba, alentaba. Los recuerdos se dilataron hasta desaparecer, y quedó

dormido junto a Inés.

No hubo erección matutina.

La mañana fue diferente. Había perdido mi pasividad, mi frigidez. No estaba excitada, pero sentía una inmensa ternura, como una madre arrullando a un niño, protegiéndolo, envolviéndolo, abriéndose. Aunque tus caricias eran algo torpes, besabas bien. Y te disculpabas continuamente. «No sé qué me ocurre», decías. «Es natural. No me quieres», te dije. Casi te enfadaste: «No, no tiene nada que ver contigo». Tu misma torpeza acabó excitándome. Tuve un orgasmo frotándome contra tu cuerpo. Y te pedí perdón, porque me hubiera gustado que el tuyo fuese antes, pero no llegaba. Nunca te había ocurrido antes, me dijiste, y cuando te pregunté si habías tenido muchas amantes me respondiste que sí, pero que llevabas tres años sin hacer el amor. «Es difícil», comentaste, «tres años de Platón, y de pronto Aristóteles», y me reí y te pregunté por qué, y me explicaste que últimamente trabajabas mucho y el sexo te interesaba menos. Parecía demasiado simple, pero me gustó la idea de significar un cambio. Y también, en cierta manera, me alegraba que el fiasco te hubiera ocurrido conmigo. Así te acordarías de mí, pensé. Y te di ánimos. Fue brusca la salida del hotel, pero necesitaban la habitación antes del mediodía y tuviste que hacer las maletas y mudarte. ¿Sabes?, hubiese querido entrar contigo en el Titania e inscribirme a tu lado. Pero no tuve valor. Te esperé. Te esperé tanto. Pensé que no querías salir. Tal vez por tu impotencia. Eso se me ocurrió cuando ya me iba. Y me quedé. Te había querido asexualmente, no estaba decepcionada.

Y de pronto me pareció verte entrar. No podía ser. No habías salido. Pero a los cinco minutos volvías a estar allí. Miraste apenas a un lado y otro y empezaste a caminar, casi corriendo. Me desconcertó tu determinación. ¿Tan pronto te habías olvidado de mí? Me apresuré, pero no podía alcanzarte. Te llamé y no te volviste. En la calle Korai tuve miedo. «Si dobla la esquina lo he perdido». Entonces miraste

atrás. Me emocionó tu abrazo, y creí que empezabas a amarme. Pero contabas no sé qué historia de mi residencia, de una carta. Me costó entenderlo. Al parecer, no me habías visto al salir del hotel por vez primera y, creyéndote abandonado, habías tomado un taxi para buscarme en la residencia y otro para regresar. Comprendí que acababas de sufrir por mí. Y me dejé envolver por el nerviosismo de tu amor recién nacido. Y fui feliz de nuevo. Por eso quise que me gustase aquella horrible habitación del monstruoso Titania cuando nos acostamos después de comer, y tampoco pudiste y te desesperaste. Porque a la puerta de aquel hotel habías creído perderme.

Y en mi residencia estaba tu nerviosa declaración de amor. Y me pedías incluso que me casara contigo. Porque me necesitabas, decías. Si hubiese acabado entonces, el sueño habría sido hermosísimo.

Pero hubo aún varios días de angustia y amor, de dudas y de presentimientos. Te creí en el hotel cuando te vi llorar. Y te di mi anillo. Un anillo que encontré en el baúl de mi abuela, y que me puse hace diez años, cuando empecé a necesitar que me quisieras, cuando te inventé en E. Un anillo que no me he quitado jamás. Que nunca me quitaría porque sólo podría ser tuyo, y para entregártelo tenías que amarme, y para amarme necesitabas tener conciencia de mí, y para eso era necesario un milagro. Ese anillo intrigó y molestó a muchos, incluso a Juan. «No es un anillo, sino un símbolo», contestaba cuando me preguntaban. Y al quitármelo sentí una liberación, como si terminase algo que, de no venir tú a Grecia, hubiese podido durar siempre.

Cuando dijiste que me regalarías otro anillo, temblé. No sabías, no podías imaginar cuánto suponía para mí. Tenía miedo de aceptar, pero lo hice. «Sabré que fue cierto, tendré un recuerdo suyo aunque me olvide», pensé. Y me regalaste un anillo de serpiente. Siempre había querido llevar una serpiente en torno al anular. Y eras tú quien me la ofrecía.

Cambiamos otra vez tu billete y fuimos al Ira, junto a la playa: un hotel encantador, atendido por gente amable. Y el mar. Fue nuestra luna de miel, aunque no la consumaras.

Tuve la debilidad de preguntarte por tus amores anteriores. Quería resucitarlos para anularlos. «No hace falta», me dijiste, «están bien muertos». Me impresionó que hubieras tenido tantas amantes.

Una mañana, tras mucha insistencia, R. consiguió eyacular en el vientre de Inés. Sin orgasmo, se derramó como si mease. Creían estar cerca del éxito, pero esa tarde, al regresar de la playa e intentarlo de nuevo, ni siquiera lograron la erección. En un momento de soledad —ella había ido a comprar pasteles—, R. acarició, presionó y estimuló sus genitales, pero sin resultado. Se vio en un espejo, sosteniendo melancólicamente el pene, y a punto estuvo de llorar.

En su última noche, ella se puso un camisón blanco y trajinó por el dormitorio mientras R. aguardaba en la cama. «Quieres averiguar si la vista consigue lo que no consigue el tacto», dijo R., y ella replicó que cómo iba a curarse siendo tan consciente. Tras infructuosos intentos, Inés durmió, y él permaneció largas horas escrutando el cuerpo enrojecido que yacía a su lado, tan cerca y tan lejos, las depresiones y exuberancias que podía conmover pero no inundar. Ya casi amanecía cuando la desesperación le hizo despertarla para nuevos ensayos, pero ella estaba agotada, la vagina no lubricaba y le dolía al tacto, y R. se resignó a verla dormir otra vez entre sus brazos, hasta que el sol entró a raudales en la habitación y ella hizo aletear sus párpados y le pidió perdón por no haber resistido al sueño.

Regresaron a Atenas y, como aún les sobraba tiempo, fueron a visitar el pequeño zoo del parque Zapaión, unos cuantos recintos alambrados con animales dóciles y quietos, puros, nobles, resignados. Se detuvieron ante la instalación de los ciervos, donde un joven macho, adelantándose a la estación de celo, intentaba copular con una hembra de mayor tamaño. A cada aproximación, la cierva se apartaba y el pene y las patas delanteras del macho arañaban el aire.

—¿Ves? Ya estás casi curado —comentó Inés riendo.

Siguió R. la mirada femenina y se fijó en sus propios

tejanos, abultados a la altura de los genitales.

—Lástima que te vayas ahora —dijo ella—. Estoy segura de que podrías. ¡Oye! ¿No te excitará ver a los animales? ¿Y si lo que necesitas es una cierva?

—Si él no lo consigue... —murmuró R., señalando al astado, que parecía repetir un paso de *ballet*.

Curioso: debía reconocer que, al acercarse a una jaula o una vitrina —en cualquier zoo o en el oscuro laboratorio de genética de la facultad, donde criaba los sapos parteros— sentía una excitación semejante a la que le insuflaban estatuas y fotos femeninas; enrojecía y respiraba más rápido, se acaloraba. Estatuas y fotografías, no carne. ¿Entonces?

Habían decidido que Inés no le acompañaría al aeropuerto. Se despidieron allí mismo, junto al Zapaión. Se besaron abundantemente —kissas tiernas y kissones furibundos en su lenguaje privado— y ella le advirtió, mientras se alejaba, que no perdiera el libro del toro. ¿El libro del toro?, se preguntaba R. subiendo al autobús que le conduciría al aeropuerto. Se sentó y lo buscó en la bolsa de mano: era un libro sobre Creta que había adquirido en Heraklion; la portada mostraba un ritón con la testa de un toro. Al pasar las hojas, un papel cayó en su regazo. Leyó: «te amo», y se supo falso.

—Voy a confesarte todo —dijo él—. A los once años me enteré de que, según algunos intérpretes rabínicos, Adán había mantenido relaciones sexuales con cada animal del paraíso terrenal, antes de que a Dios se le ocurriera crear a Eva; a los trece años leí una esclarecedora historia de Roma, y supe que en el Coliseo se entrenaba a jabalíes, cebras, jirafas, caballos, toros, leopardos, guepardos, monos para copular con mujeres y que luego se ofrecían espectáculos de bestialismo sobre la arena, recuerdo que Juvenal cita al cocodrilo, que posee dos penes (diphallus), y al oso como amantes de las damas romanas; a los quince me informé de que, entre algunos pueblos africanos, el coito con la primera pieza cobrada es obligatorio, una reliquia de ideas totémicas, así se apacigua el espíritu del mal; a los diecisiete

contemplé dibujos obscenos: un pulpo mordiendo con su pico de loro el sexo de una japonesa, un caballo fornicando con una dama hindú, otra mujer mamando el pene de un canguro; a los diecinueve un árabe me insinuó, con voz acariciante, que el peregrinaje a La Meca no era perfecto si uno no se ayuntaba en el camino con el camello que le llevaba, ¡pero Allah sabe más!; fue a los veintiuno cuando descubrí que la zarina Catalina II había muerto al sentarse sobre ella el caballo que la estaba jodiendo; a los veintitrés me sorprendió averiguar que, de cerca de seis mil mujeres estadounidenses, sólo veinticinco preferían animales, generalmente perros, a sus maridos; a los veinticinco estaba dormido, desnudo cerca de la ventana por donde entraba el sol, escucha ahora atentamente, cuando me despertó un espasmo dulce y solitario, y vi al perro de unos vecinos, que había quedado a mi cuidado durante sus vacaciones, lamiéndome el pene erecto como un hueso, lo aparté, pero ya me había derramado, no me desprecies; la luz vespéral inundaba la bañera cuando, a los veintisiete años, corté las alas a una mosca y la dejé girar sobre la isla de mi glándula erecta, cercado de agua caliente, el chorro la proyectó como al hombre cañón de un circo; escucha, a los veintinueve aprendí un truco oriental: penetré a una oca y, en el momento de la eyaculación, la decapité para aprovechar las últimas constricciones del esfínter y el aumento de temperatura que se produce en los decapitados, avisodomía lo llaman.

—Creo que es en Argentina y en Chile, tú me lo contaste, donde la policía entrena perros, ¿no?, para violar a las mujeres presas, y a veces les introducen ratas en la vagina.

—¿Por qué me atormentas? Tengo treinta y un años.

—Eres un embustero y un imbécil.

Soñó ella, seguramente influida por las obsesiones de su compañero, que tenía a un caballo por amante. Nunca había disfrutado tanto: se colocaba la barra entre los muslos y arqueaba las pomposas caderas hasta el orgasmo; cuando el semental eyaculaba, la leche tibia le llegaba hasta los pies, trazando regueros en torno a los maléolos o, si se hallaba de puntillas, bañando los espacios interdigitales como leves sandalias plateadas. Ocurría también que lo abrazara entre sus senos como a un ídolo fálico y que elaborase la voluptuosidad del animal con los labios. Recordaba a sus anteriores amantes y a su marido lejano, y se asombraba de haber podido gozar con ellos. No obstante, no rompía con el escritor, por el que sentía amor. Cuando él la besaba, evocaba al animal, incapacitado para las caricias manuales pero infinitamente más potente. Un día, hallándose en casa abrazada al escritor, la puerta se abrió y apareció el caballo. La situación era dramática, muy embarazosa, porque hasta ese momento ambos amantes ignoraban la existencia del otro. Pero el hombre, no reconociendo en el caballo a un rival, dominó su asombro y continuó su tarea, rimando lentas caricias en mis senos. Ya nos tambaleábamos por el efecto de la excitación cuando el animal dijo algo, creo que preguntó al escritor si sus intenciones para conmigo eran serias, si pensaba casarse o sólo me consideraba una aventura. Entonces, al percatarse de que el caballo hablaba, el escritor aflojó su abrazo y, con nervioso pavor, se deslizó hasta la puerta y huyó corriendo escaleras abajo. Y el caballo relinchó como Tarzán y vino hacia mí y su pene creció, goloso de mi breva, y me empujó como hierro candente, alzándome como la trompa de un elefante. Le ayudé. Pudo entrar unos centímetros, era como ser montada

por un volcán, y su lava me ungía las piernas y bañaba mis pies, rociando los espacios interdigitales como leves sandalias de plata. Ese día y los siguientes fueron una orgía, siempre le recibía con la boca abierta y el sexo húmedo. El escritor no volvió. Me dejó muchos libros, entre ellos el «Curso de zootecnia, de Samson, donde hay por lo menos nueve páginas que tratan de la cubrición de caballos. Cosas así únicamente ocurren en sueños.

La primera razón era que a un niño los animales le parecían más libres: vivían donde a uno le hubiera gustado vivir y hacían lo que deseaban, o al menos eso creían los niños. Y los hombres envidiaban su independencia y esa libertad y organizaban cacerías sin sentido, atropellaban perros, clavaban espuelas en caballos, asesinaban palomas, se divertían reventando ranas o cegando murciélagos. O torturando toros en el ruedo. Y eran bellos, poseían la belleza de la gratuidad y también la de la funcionalidad. Como lombriz, una lombriz era perfecta. Y la diversidad del animal resultaba más amena que la de las plantas y minerales, había algo dentro de uno mismo que era como ellos, quizá lo mejor, y ésa constituía otra de las razones. Y también que parecían fuertes y, de niño, uno se sentía muy débil. Incluso en una mosca latía una especie de fuerza, porque, ¿qué humano podía volar agitando los brazos? Mitología sólo. Y uno sabía que, en proporción, una pulga saltaba mucho más que un hombre y una hormiga arrastraba mayores pesos. Y un gato sobrevivía a una larga caída, y los camellos aguantaban sequías, y algunas aves sobrevolaban océanos y los corales levantaban islas y los pulpos regeneraban brazos. Todo hazañas. Vanas hazañas, porque a la larga ganaban los hombres, pensaba R. mientras el avión despegaba del aeropuerto de Atenas. Y de mayor uno los amaba porque exigían menos que los humanos, las relaciones con los animales eran más fáciles y distendidas, sustituían a otros afectos. Y continuaban siendo hermosos, siempre lo eran.

Recordó: a los ocho años había ido a Madrid con sus padres, y visitado el zoo que entonces estaba en el Retiro. Allí

vio por primera vez muchos animales de los que sólo tenía referencias librescas. Nunca, ni siquiera en el circo, había estado tan cerca de un elefante: el húmedo extremo rosado de la trompa se adhirió brevemente a su mano. Fijos los ojos y con la boca abierta, se detuvo ante su primera jirafa, sus primeras cebras auténticas. Y se tornó reverente al contemplar un oso de aspecto apacible que, según rezaba el rótulo contigo, había matado y devorado, años antes, a su cuidador. Mientras sus padres descansaban en un banco, se dirigió en voz baja a una hiena moteada que recorría obsesivamente un estrecho recinto, alucinada por la esclavitud:

—¡No te preocupes! Algún día te ayudaré a escapar.

Algunas desilusiones: no había puntiagudos rinocerontes ni orondos hipopótamos, y en cambio se exhibían demasiadas gallinas; por entonces prefería los animales grandes, junto a ellos se sentía protegido. Juzgó las jaulas sombrías, pequeñas, sucias.

Ese otoño había abandonado el colegio alemán, porque iba adelantando y se negaba a repetir curso, e ingresado en la academia particular que dirigía un amigo de sus padres, un solterón de ojos picassianos con vocación pedagógica. Allí encontró a Elena, prima lejana, niña de rostro pecoso y anchos pómulos.

Para adoptar los hábitos adultos de pensamiento es necesario olvidar la propia infancia, perder el don de hablar con plantas y animales, empequeñecer terrores, oscurecer prodigios. En la época de su ingreso en la academia «Agora», R. ya comenzaba a intuir que con sus fieles rebaños y manadas nunca dominaría el mundo.

Aunque la alegre y extrovertida Elena era dos años mayor, asistían a la misma clase. Charlando y caminando con ella como antaño con Ana, R. se reacostumbró al trato femenino y llegó a sentir un fuerte deseo de sociabilidad. Cambiaba, a veces parecía extrovertido. Regresaban juntos a casa hasta que sus itinerarios se separaban y, cuando había feria, hacían un alto para montar a los caballos de sube y baja. A R. le gustaba un canelo que tenía la cabellera revuelta como una

medusa, el morro hacia abajo y el nombre «Leal» pintado en la silla. El favorito de su prima se llamaba «Veloz»; trotaba ante el suyo a escasa distancia. Como Elena llevaba el cabello corto y pantalones, vista desde atrás parecía un chico. Mientras giraban, ascendían y descendían, R. gritaba fingiendo alcanzarla.

La ficción de que algo pudiera haber ocurrido simplemente así.

—La ficción de que algo pudiera haber ocurrido simplemente así —leyó ella—. ¿Qué significa?

—La ficción de toda formulación. Nada es tan simple como uno lo cuenta, ocurren demasiadas cosas simultáneamente y los tiempos de lo que ocurre y lo que uno escribe son también distintos.

—Me parece una pedantería. Ya se sabe.

—Es que soy pedante. Tienes razón, ya se sabe. En los sueños se nota mucho. O durante el orgasmo. Cuando se describe un orgasmo suelen utilizarse palabras que, leídas, duran más que el orgasmo mismo.

—Por cierto...

—¿Quieres?

—¿No quieres tú?

—Tengo miedo de dejarme lo mejor en la cama.

—Eso me gustaría. Un acto sexual suntuoso. Como si lo estuvieras escribiendo. Pero si no te apetece...

—Claro que sí.

—(Entre risas). Nunca he leído un orgasmo tuyo. Será la primera vez. ¡Qué excitante!

Cuando ella regresaba a su casa en tranvía, R. pretendía deslumbrarla adelantándola por atajos, tan rápido como le permitían piernas y pulmones, y saludándola con falsa indiferencia al cruzarse con el vehículo. Pero a veces ella no le veía y R. sentía como si parte de él se desprendiera y continuara corriendo tras el obús amarillo.

Elena entraba en la adolescencia: adiós al flequillo, bienvenidos senos de manzana, un talle mudable, leotardos de colores, zapatos con algo de tacón, la hembra triunfante. R. la miraba alejarse sin entender. Tenía ella nuevos amigos, buscaba la aprobación masculina en otra parte, de modo que él dejó de perseguir tranvías y se hizo solitario. Su tristeza era ahora casi coqueta. La infancia se perdía y había muchas energías sin encauzar. Bajo la influencia de un relato de Poe, «El hombre de la multitud», seguía a transeúntes, casi siempre hombres maduros, hasta que desaparecían en algún portal. Descubrió así que muchos adultos hablan solos, dan vueltas inexplicables en torno a las manzanas de sus casas, describen itinerarios caprichosos y aceleran o disminuyen sin motivo aparente la velocidad de sus pasos. Cuando a su vez se consideraba perseguido, se detenía ante un escaparate para captar un reflejo que creía ávido, o echaba a correr al torcer una esquina, no para huir, pretendía, sino para desorientar.

Cuando ella yacía ni dormida ni despierta soñó que él sonreía como había hecho antes, levantando el labio superior, y que tomaba su sombrero, granate de una percha y se lo colocaba, pero era demasiado serio y no sabía ladearlo de manera graciosa. Luego él la descalzó y, con movimientos deliberadamente lentos, introdujo una mano bajo su vestido y la subió por la pierna hasta alcanzar el cálido rescoldo de la liga. Otra mano se acercó a la primera. Enrollándose sobre sí misma, la media fue recorriendo la longitud del muslo, luego la pequeña elevación de la rodilla, donde los dedos masculinos se demoraron un instante, y se deslizó, vaina brillante y suave como el raso, por la pantorrilla, ese delicioso conjunto orgánico al que tantos músculos prestan su cojín de carne. Quedó entonces detenida en torno al tobillo, como una ajorca de seda, antes de resbalar por la curva del empeine y desprenderse con la suavidad de una lengua.

Tras quitarle la otra media y dejarlas juntas sobre el respaldo de una silla, pieles de serpiente enlazadas en un sensual abrazo, le pidió que le ayudara a desnudarse. Se incorporó ella y le quitó la chaqueta en silencio. Se movían despacio, de común acuerdo y

como cumpliendo un extraño rito. Alzó ella los brazos y él le quitó el vestido dejando atrás una ligerísima y breve combinación de color carne, sostenida por unos tirantes muy delgados y con numerosos botones en los costados. Ella le desprendió de la camisa. Pantalones y slips cayeron al suelo. Abrazó la mujer los muslos masculinos, presionando senos contra rodillas, y miró de cerca el pene erguido, con ojos triunfantes y rientes. Él la levantó y despojó de la combinación y de las bragas, que le entregó. Poco a poco, con repentinas excitaciones y risas, ella le fue vistiendo con sus propias prendas, redujo bajo las bragas el pene palpitante y le abrochó la combinación hasta donde pudo. Con similar lentitud iba él enfundándola en su slip y sus pantalones. Para ponerle las medias, ella le hizo sentarse. Ambos se sentían emocionados y confusos, y se animaban con amplias sonrisas. Los ojos les brillaban como si acabaran de despertar. Por fin, él le anudó la corbata y ella le maquilló ojos y labios y le peinó de forma que su cabello, que en los últimos meses se había dejado crecer, pareciese más largo y femenino. Luego se inspeccionaron mutuamente, divertidos, y de pronto se quedaron serios e inmóviles como si les costase imaginar que aquel cambio hubiera afectado sólo a sus ropas. Y fue ella quien le empujó al lecho y se arrojó como un hombre contra él, tratando de darse placer por fricción contra un cuerpo que, en aquel momento de intensa excitación, confundía con el suyo. Su orgasmo sobrevino como un exquisito tormento, gozaba tanto que le brotaban las lágrimas. Él, sin embargo, necesitó levantarse la falda y penetrarla. En los espejos se veía a sí mismo ondulando el cuerpo bajo el de la mujer, y ella podía contemplarle como a menudo se había visto reflejada, pero nunca tan cerca, como si estuviera haciéndose el amor a sí misma, acelerando los movimientos para lograr el clímax, y pudo sentir por primera vez el orgasmo ajeno como propio, y ambos se miraron en el otro, transfigurados por el goce, como en un espejo, y casi creyeron ser el mismo cuando se derrumbaron en todos los cristales que rodeaban el lecho. Poco después él la apartó y se fue y ella yacía ni dormida ni despierta y soñó que él sonreía como había hecho antes, levantando el labio superior, y que tomaba su sombrero granate de una percha.

¿Qué sé yo de ti? Suele hacerse: dejar que nos abracen y que

crean que somos nosotros, abrazar creyendo que es ella, cuando somos alguien que ninguno de los dos conoce.

En el verano del 59, sus padres le llevaron a París, donde vio a una esbelta modelo, en todo semejante a las de las revistas, saliendo de una *boutique* y, tras dar breves pasos, sin doblar ni separar apenas las rodillas, flotando casi, introducirse en un automóvil que conducía ella misma: alta, hermética, independiente, adulta, lejana. Veneró aquellas pantorrillas fugaces. Creía que el amor era eso, venerarlas.

Fue en los reptilarios e insectarios del Jardin des Plantes, junto a románticos pabellones que imitaban ruinas, donde descubrió que ahora le atraían más los animales pequeños que los grandes, y sobre todo aquellos que muchos despreciaban: murciélagos, roedores menudos, serpientes, arañas.

La formación que proporcionaba la academia «Agora» era fundamentalmente humanista. Como cada curso, al llegar los exámenes finales, suspendía inevitablemente en matemáticas, le inscribieron en un instituto de enseñanza media como alumno oficial. Poco después supo que también Elena había dejado la academia. Eso le halagó: quiso atribuir el traslado a su ausencia. En aquella época ningún instituto de segunda enseñanza era mixto, y R. se asustó un poco al verse rodeado de tantos alumnos —había estudiado siempre en clases reducidas, quince niños como mucho— y sin compañía femenina. Lloró un poco, algunos le tranquilizaron, pronto tuvo amigos a los que pedantemente llamaba condiscípulos.

Transcurrió el tiempo, siempre lo hace aunque no lo digamos, y R. se encontró en una edad propicia al amor. Era simple, su educación le marcaba los pasos: enamorarse, cortejar, declararse, continuar cortejando, casarse, tener hijos. La relación de sus padres servía de ejemplo, bastaba repasar los álbumes de fotos familiares para darse cuenta: de novios, paseando junto a los pretilos del río, sobre un tándem, con un balón en la playa, las muchas fotos que su padre hizo de su madre, erguida mirando al mar o acostada

en el pinar, no parecía española, los brazos doblados bajo la cabeza y siempre aquella sonrisa que infundía paz y aquellos ojos soñadores donde R. hallaba un eco de los suyos. En la foto nupcial, a ambos novios les brillaban los labios.

Ella estaba aprendiendo a pintar y quiso hacerse un retrato mirando al espejo, pero él se ofreció para fotografiarla; le resultaría más fácil copiar de las fotos, adujo.

Examinaron un libro con los cuadros árabes de Matisse, colocaron en la pared una alfombra oriental, sembraron un sofá de cojines y, mientras él estudiaba la iluminación, ella se maquilló. Sugirió él prendas y adornos: el collar afgano, un chaleco calado y con lentejuelas, los negros calzones bombachos de un pijama de raso, joyas por doquier. Se recostó ella en el sofá y adoptó posturas ingenuas mientras su compañero hacía fotos con flash, subiéndose a sillas, sentándose en el suelo, desde distintos ángulos. El rostro masculino parecía impasible, pero el slip revelaba una fuerte tensión. Se movía ella con la soltura de una bayadera hindú. Se despojó del chaleco y los calzones y se envolvió en un chal negro con lentejuelas. Suave y tentador, el cuerpo femenino se retorció y ondulaba, como si un amante invisible persiguiera sus líneas. Cambió él de máquina. Revelado instantáneo, el sexo erecto y la forma lujuriosa de la mujer irguiendo los senos, arqueando el torso, agitando las caderas, cruzando las piernas o curvando el pie de danzarina sin abandonar el sofá. Se convirtió en una desconocida al desprenderse del velo, entreabrir las piernas, quitarse el collar y colocárselo sobre el delta, a la par que dirigía a su compañero una mirada seria y exigente. Hizo él la última foto y fue hacia ella, que liberó su pene y lo rodeó delicadamente con las manos, como una experta araña atenta a las tensiones de su red. Le pareció que nunca la había deseado tanto, y el collar cayó al suelo mientras él le separaba las piernas con violencia, como si quisiera romperla, y se arrodillaba y le mordía los pezones y el vientre, las aletas de la nariz de ella eran los nasales dilatados de un animal corredor, su cabellera la crin de una yegua, su grupa redonda y pesada se agitaba como la de una yegua de finos

corvejones. Se deslizaron hasta la moqueta y ella le pidió que la penetrara. Cabalgaba él al ritmo lúbrico de sus recuerdos, cada movimiento evocando una foto. Gritaron simultáneamente y cayeron desmalazados, rendidos.

Contemplaron luego las fotografías, que habían ido revelándose mientras se amaban. Elogiaba él las más atrevidas, pero su compañera se sentía avergonzada. Privadas de la emoción del momento, aquellas imágenes se le antojaban tan vulgares como las de muchas revistas.

—Mira lo que tienes aquí —dijo él, divertido, señalando pequeños destellos en el delta.

—Tú también tienes.

Parecían monos despiojándose mientras buscaban en sus pubis las lentejuelas desprendidas del chal.

Amor monogámico.

Un relato alemán, «El lago de Immen», de Theodor Storm, le impresionó por su romanticismo. Al acabar de leerlo ya había decidido, mediante un acto de fe, que estaba enamorado de su prima Elena. Cristalizó sus risas, los cambiantes tonos de su voz. ¡Qué alegre era!, pensaba. Seguramente compensaría su predisposición a la tristeza, su innato pesimismo. Le atribuyó todas las perfecciones.

Llevaban dos años sin verse (no había trato familiar continuo) cuando se encontraron en la boda de un primo común. Juzgó R. sus ojos especialmente atractivos, color nido con reflejos de paja. Era tan alta como él, lo que le acomplejaba un poco, y huesuda, pero no en exceso. Hablaron poco, a ella le divertía la seriedad de R. Estaba escribiendo una novela y le gustaría leérsela, dijo él; no, en casa no, prefiero que salgamos, manifestó admirado de su propia audacia; con ninguna se hubiera atrevido, ventajas de ser primos. Quedaron en verse al día siguiente.

Prima, en japonés, es *hokenryo*; amar es *aisu*; languidecer de amor, *nayamashi*. Hay un verbo que significa amarse mutuamente, pero el diccionario del abuelo lo ignoraba. Aborrecedor de las mujeres, *onna-girai*; apasionado de las

mujeres,
onna-zuki

Llegó a la cita con mucha antelación. Sí, Elena se había acordado, reía R. casi a pesar suyo mientras se adelantaba al encuentro de su prima. Llevaba ella un vestido blanco, era primavera, rayado horizontalmente de azul, y sandalias de tipo japonés, de goma. Las dos crenchas de su negro cabello, separadas por una fina línea, se unían atrás en un moño apretado. Iba él con el pelo muy corto, encorbatado y con chaqueta a pesar del calor.

—¿Por qué no te vistes como todos? —R. se encogió de hombros, creía que ésa era su identidad. Tomó la mano femenina e hizo una reverencia. Soltó ella un gritito, como un pájaro—. Bien, ¿dónde has pensado que vayamos?

Quería divertirse, había olvidado la novela. Pero R. estaba decidido a seducirla a través de su obra. ¿Una cafetería? No, debía ser al aire libre y en la naturaleza. Imaginaba él que todo era posible mientras caminaban por el puente color miel inundado de sol; llevaba la carpeta bajo el brazo, sudaba. Entraron en el jardín de los Viveros por una puerta enrejada y se sentaron en un banco cercano a la rosaleda, frente a una palmera de cinco brazos. Elena abrió mucho los ojos al escuchar la dedicatoria.

—¿Por qué a mí?

—¿No quieres?

—Sí, sí, pero no lo entiendo.

—Nadie mejor que tú. (Sin mirarla).

A ella le costó seguir la lectura. Su primo vocalizaba mal, leía atropellada y monótonamente, confundía las palabras, y el texto contenía excesivas repeticiones y juegos verbales y filosóficos. No entendía que aquella novela tuviese tres prólogos. ¿Y por qué era tan trágica? No había esperado escuchar algo así, lo consideraba una extravagancia. ¿Para eso la había citado? ¡Si ni siquiera la miraba!

Ya llevaba R. más de una hora leyendo cuando fue interrumpido.

—Tengo que irme. En casa cenamos temprano.

—Ah, bien. ¿Tan pronto? ¡Qué corta se me ha hecho la tarde! Muy corta... ¿Te gusta mi novela?

—Es un poco rara. Hubiera preferido leerla sola. Lees muy aprisa, ¿sabes?

Lo tomó como un cumplido. Regresaron andando. ¿Tenía él amigas? ¿No? Necesitaba tenerlas. R. le confesó dos temores inconfesables: se creía bajo y temía quedarse calvo, como su padre y su abuelo. ¡Tonterías! A veces pareces tan inteligente y a veces tan bobo... Aún puedes crecer y de todos modos no eres tan pequeño, y... R. rebosaba de agradecimiento.

Por la noche, acostado en su cama, repitió cada frase de Elena, procurando recordar cuándo había sido pronunciada y preguntándose con qué intención. Como si pudieran modificarse, perfeccionaba los diálogos: debía haberle dicho esto, respondido lo otro. Y al día siguiente volvió junto a la palmera de cinco brazos con la esperanza de recuperar instantes perdidos; rescató alguno. Y la evocación de aquella breve cita continuó ocupándole. Preferentemente al despertar, pero también en pleno estudio, se decía: «Hoy hace cinco días, una semana, diez días han pasado desde que nos vimos, y parece tan próximo».

Aún no se había desvanecido la añoranza cuando se cruzó en la calle con Elena y su madre. Caminaba aprisa y no supo detenerse, quiso decir algo, pero la emoción le impidió articular palabra y sólo consiguió mover la boca como un pez que se ahoga sin agua. Después, al torcer una esquina, decidió regresar sobre sus pasos: todavía divisaba las espaldas femeninas, llevaba Elena una falda rosa y una blusa blanca, su moño era un gigantesco escarabajo de azabache. Las espió, escudándose tras los automóviles y cambiando de aceras — estaba persuadido de que los movimientos de las personas se controlan mejor desde la acera opuesta— hasta que llegaron a su casa.

Fue la primera de muchas veces. Adivinó qué itinerario seguía al regresar del instituto y se apostaba en él para verla pasar. A menudo, la aparición de Elena le cogía de sorpresa; entonces se ocultaba precipitadamente y se torturaba

preguntándose si habría sido reconocido. Poco después abandonaba su escondite e iba tras ella, o se adelantaba corriendo en torno a las manzanas y planeando nuevas emboscadas. Solía Elena ir acompañada por una o dos amigas, a las que R. también seguía a veces. Cuando su prima tardaba o no aparecía, imaginaba que le había descubierto y le evitaba. Algunas mañanas se apostaba temprano para sorprenderla saliendo de su casa, y luego tenía que correr para llegar a tiempo a su propio instituto. Apenas consideraba el aspecto físico de su amada. Le bastaba saber que existía, el día comenzaba mejor si atisbaba su rostro. Tampoco necesitaba hablar con ella. El homenaje, presumía, debía ser silencioso e invisible.

Ya no se masturbaba con disfraz; también había prescindido del espejo. Cuando, tras un período de abstinencia, la presión seminal o el ambiente le incitaban — la inquietud crecía, ésa era la señal—, se masturbaba en ausencia de imágenes, forzando la excitación. Le asombraba entonces que el placer fuese menor que en prácticas anteriores.

Nunca se le ocurrió invocarla.

Algunas noches inventaba una excusa para salir y se instalaba frente a la casa de Elena, mirando anhelante, como un marino rastreando faros en la niebla, la pálida luz de su dormitorio hasta que se apagaba.

La sorprendió despidiéndose de un chico que llevaba gafas oscuras. Le pareció que se inclinaban el uno hacia el otro y se besaban, pero quizá no. Humillado, se retiró entre las sombras. Cuando regresó, decidido a ir tras su rival, ya no estaban. Besar, *seppunsuru*.

El curso iba a terminar con función teatral. R. acudió a las pruebas, pero se retiró tras discutir con el director, que le parecía excesivamente autoritario. Hasta pocos días antes de la representación no supo que intervenía el instituto femenino. Confiaba distinguir a Elena entre el público que abarrotaba el salón de actos. Se apagaron las luces. No consiguió interesarse por la obra de Moliere; se distraía continuamente y escrutaba los peinados que se alineaban

ante él en busca del moño. Una voz conocida le atrajo desde las tablas: era Zerbinette, es decir Elena, rodeado el cuello de encaje y realzado el busto por un corpiño verde. Dos o tres veces le pareció que abría mucho los ojos al distinguirlo, y otras tantas que hablaba dirigiéndose a él, eligiéndole. La espera de nuevas epifanías continuó distrayéndole de la marcha de la representación, y tanto le asombró que se corriesen las cortinas y sonaran los aplausos que no se sumó a éstos. Se encendieron las luces, refluieron las cortinas y algunos alumnos subieron al escenario y distribuyeron entre las actrices ramos de rosas rojas. Quiso acercarse, pero el numeroso público se lo impidió, y además le molestaba ser uno de tantos. Los responsables de la función iban a cenar juntos. Si no hubiera discutido con el director, se recriminaba, estaría con ella. Abandonó entristecido el instituto, pasó por su calle y vigiló la ventana a sabiendas de que Elena estaba ausente. Qué raro, había luz, sus padres o sus hermanos se hallaban en el cuarto. Esa noche se resistió a masturbarse; acabó cediendo. Sentado al borde de la cama, agitaba las piernas como un poseso pero no eyaculaba. Le costó porque a intervalos surgía en su mente la imagen de la amada. Suspendido al borde del orgasmo, volvió a verla. No pudo retenerse. El rostro de Elena se proyectaba ante él, sobre las estanterías, con la intermitencia de las emisiones, como un caleidoscopio en el que figuras de amor y sexo se alternaban rapidísimamente, mientras eyaculaba sin ganas y con ganas.

Coincidieron en los exámenes de preuniversitario. Apenas intercambiaron unas palabras, porque estaban pendientes de que les llamaran, pero R. se enteró de que su prima veranearía en el pueblo de G. Si quería visitarla, comentó ella, se alegraría mucho; le dio la dirección de la casa que sus padres habían alquilado. R. hizo los exámenes en trance y fue suspendido.

Casualmente, la familia de un antiguo amigo tenía un chalet en las afueras de G. R. mintió a sus padres, contándoles que se hospedaría allí, para que no sospechasen que iba tras Elena. Creía que la ocultación y el misterio

hacían su pasión más romántica.

Al bajar del tren en T. se enteró de que, por ser domingo, no había autobús al pueblo de G. hasta el día siguiente. Treinta y nueve kilómetros en pleno julio, echó a andar. El calor derretía el asfalto e impedía el vuelo de los pájaros. En los campos próximos, campesinos de barro se movían lentamente, como felinos aproximándose a sus presas. Uno de ellos, la nuca surcada de profundas arrugas, le ofreció agua fresca. R. derramó algo: no sabía beber en botijo.

La suela de los zapatos se adhería a la carretera como si pisara un terreno pantanoso. Pero la idea de encontrarse con Elena le alentaba. Tenía ampollas en las manos cuando alcanzó una zona boscosa; extrajo un pañuelo de la maleta y lo enrolló en torno al asa. El terreno se elevaba, los árboles no protegían el camino y le dolían los brazos. Las curvas se hicieron más frecuentes; los primeros trechos con sombra, el sol rozando las cumbres, un halcón precediéndole, la noche estrellada, la emocionante posibilidad de encontrar lobos. Había luna; nuevamente abrió la maleta y se colocó un cuchillo en el cinturón; el perfil de un indio con plumas adornaba la vaina de piel. Los lobos no atacarían a su amigo, pero el hambre podía obligarles.

Los samoanos trataban los amoríos ligeros, polvos casuales o regulados por la costumbre, con benevolencia, pero condenaban las grandes pasiones y cuanto las acompaña: palmeras, noches de luna, sueños imposibles, arrebatos, desafíos e histerias, y repudiaban a quienes, no obstante las experiencias sociales adversas, continuaban prefiriendo una mujer o un hombre exaltados a otro compañero socialmente más adaptable. La rareza de tales uniones románticas sugiere que no son sino anomalías psicológicas a las que nuestra cultura ha concedido gran valor. ¿Para qué muchachas de vestidos de seda, cuentos de princesas, frentes blancas y flores en los pechos? ¡Qué extraña debe parecer, a aquellos grupos que carecen de tradición romántica, nuestra creencia común, selectiva voracidad, de que una mujer, y sólo una, será satisfactoria como compañera!

No hubo lobos, pero sí lechuzas.

A medianoche se unió a un río, el Guadalaviar, primer nombre del Turia, que avanzaba rápidamente en sentido contrario, y al amanecer descubrió, a la vuelta de un recodo, el pueblo encaramado sobre la montaña, amarillento y minucioso como una vieja talla de marfil. Pensaba declararse. Sería algo trovadoresco: juraría fidelidad con una rodilla en tierra, y Elena le daría un beso, un anillo y, con suerte, un hermoso papagayo. Perdería el anillo, pero el papagayo se lo devolvería. Encontró la casa, aguardó a que se levantaran.

Primera decepción: ella se sorprendió, seguramente le había olvidado, no le besó y sólo comentó con un qué loco estás la agotadora peregrinación de su primo. El hermano menor de Elena, diez años a la sazón, parecía comprender mejor el esfuerzo y no cesaba de repetir admirativamente: «¡Toda la noche andando!».

Le prepararon la habitación, pero no quiso descansar. Elena se quedó en casa ayudando a su madre. Pasó R. la mañana inspeccionando los alrededores con su primo, escalando montañas y buscando fósiles en las canteras de jaspe. El pueblo era el escenario ideal para un idilio. Por la tarde se bañaron todos en el río de curvadas muñecas, el agua estaba fría, ella en bañador negro de una pieza, largas piernas de vítrea blancura, nadar era más bien arrastrarse sobre las piedras del fondo. Pasearon hasta el puente romano. Vencejos, murciélagos. Les demostró que, si uno gritaba, los murciélagos hacían un quiebro para eludir el grito.

No quiso ella salir por la noche y R. se acostó, pero la excitación de saberse junto al ser amado superaba aún a la fatiga, y se entretuvo comparando su situación con la de Werther, obra que leía en alemán y que había llevado como un signo de reconocimiento, ignorando deliberadamente que Elena no entendía ese idioma y que despreciaba a los románticos. Era ya muy tarde cuando apagó la luz.

Los días siguientes imitaron al anterior: desgranaba la mañana con su primo, correteando y contándole historias obscenas de «Las mil y una noches», para ganar su favor y admiración, y no veía a Elena, que nunca madrugaba, hasta

la hora del almuerzo. Trepó a una montaña y, cerca de la cima, grabó trabajosamente con el cuchillo del piel roja «R. ama a Elena», en una roca a medias sobrevolada por otra. Avergonzado, regresó poco después y arañó la inscripción, salvo el nombre femenino. Consiguió subir con ella, la emoción de tenderle una mano, señaló con fingido asombro el nombre grabado y Elena le miró burlona. A veces parecía enfadada. R. se preguntó si la aburría, no podía reproducir la camaradería de antaño, la alegría desbordante de la feria, cuando montaban a «Leal» y a «Veloz».

Un escrito desfigurado a medias, quizás esté todavía en un ángulo perdido entre rocas.

No había entendimiento. Imaginó que deseaba suicidarse, como Werther, y ocultó el cuchillo bajo una piedra para evitar la improbable tentación. No se decidía a tirarlo a un barranco porque lo estimaba. Dijo que lo había perdido.

El pinar de G. Un día completo en él, solo con ella, descubriendo pinturas rupestres del paleolítico superior. Elena tenía pecas en todo el rostro, incluso inmediatamente bajo los ojos. Se colocó sobre una roca, vestido floreado de manga corta y zapatillas de tenis, con tres pifias alineadas entre las piernas, y la fotografié mirando a la cámara. Como ya había imaginado aquello, encontré con facilidad la fuente que buscábamos. Comimos algo, cuánto me gustan las manzanas, enterré una semilla y proclamé: aquí nacerá un árbol, nos tendimos en una plataforma de granito. Ése, si es que hubo alguno, fue el momento indicado para que R. manifestase sus sentimientos con algún balbuceante discurso. O mejor aún, con caricias; pero cómo osar. Vaciló entre la contemplación sin impedimentos y la posibilidad de crear una situación violenta. Sintió miedo, tal vez, de romper el hechizo de una tarde de julio. O, simplemente, ningún estado interno le forzó a hablar.

Regresaron entre olas de trigo al pueblo brillante. Junto al cementerio, el viento hacía estremecer los cabellos de Elena, sueltos por una vez, como algas en un mar picado. Escalaron el muro, la tomó de la cintura para ayudarle a saltar, y se entretuvieron leyendo las fechas grabadas en las lápidas y

calculando las edades de los difuntos, sus años de vida y sus años de muertos, crecían moras junto a una de las tumbas, el cándido atrevimiento de rozarle el talle. Anocheceía y las montañas expulsaban una luna en forma de burbuja cuando decidieron volver a casa. Quizá podía quedarse un día más, sugirió ella, y él estaba intoxicado de agradecimiento, pero todo se hallaba dispuesto y tenía que preparar los próximos exámenes, de modo que se resignó. El paseo final: R. insinuó que aquel día había sido el mejor de su vida y que no lo olvidaría. Fingiendo quitarle importancia pero atento a la reacción femenina, reveló detalles de su secreto galanteo. Elena aseguró no haberle visto durante la representación teatral, le informó de que su ventana no daba a la calle — había cambiado de dormitorio años antes— y le pidió que dejara de espiarla: es una tontería y, además, ¿para qué? Calló R., convencido de que las palabras resultaban innecesarias y su amor evidente. Elena le besó en una mejilla. Me levantaré temprano para despedirte, dijo, pero no cumplió, y R. rescató el cuchillo, subió al autobús y vio desaparecer el pueblo. Ya en T. le escribió ocho postales, y en Valencia largas cartas diarias en las que maldecía su falta de audacia y declaraba la intensidad de su amor. Platónico, sí, pues estaba convencido de que cualquier amor verdadero podía prescindir de la aventura carnal, y de que una pasión satisfecha era, por comparación, despreciable y vulgar. Pero, incluso en dichas cartas, buscó una coraza y la encontró en un estilo a medias humorístico, hostil al rechazo; si no me toman en serio, que parezca que también sé burlarme de mí.

Su amigo, el que veraneaba en G., estaba allí ahora. Inquieto porque Elena no contestaba, R. padecía sospechas y celos. Contemplaba el río pensando: ella lo ha visto antes. Estudiaba. Se masturbaba a menudo, sin ritual y con urgencia.

Finalmente, Elena le telefoneó para informarle de que había vuelto. «No envíes más cartas». Su voz sonaba neutra. R. estaba desmoralizado, deseaba colgar el teléfono y olvidar.

Semanas más tarde, su amigo regresó también y le contó que sus cartas habían constituido la diversión de mucha

gente, y que ella las leía en voz alta a una pandilla de veraneantes, salpicándolas de crueles comentarios (pedante, sentencioso, cursi), y luego circulaban de mano en mano, entre risotadas. Que a él, a su amigo, aquellas escenas le habían avergonzado, sobre todo sabiendo lo que R. sentía por Elena.

No le creyó al principio, pero terminó admitiendo que conocía las cartas.

Las mujeres, afirmó su amigo, generalizando para que la experiencia fuese más rotunda, nos engañan siempre.

R. no protestó. Aún la quería, se obstinaba en quererla y en mantener alta la divisa de la pasión romántica: «Si te amo, ¿qué te importa?».

—Ahora sé que no eres R. Nunca podrías mostrarte tan romántico. Demasiado egoísta y demasiado frío. Nada te importa salvo tus libros, tampoco yo. Estoy segura de que no te importa si existo o dejo de existir.

—Sabes que no es cierto. Me importas mucho.

—Para hacer el amor. Es cómodo para ti tenerme a mano. Conmigo sientes que estás vivo. Pero no quieres tomarte por mí un interés inteligente y recibir a cambio una inteligente respuesta. Como persona, me subestimas. Siempre dices: ¡Pero qué cuerpo tienes! Eso es lo único que te interesa de mí, mi cuerpo. Lo demás lo encuentras en los libros.

—Eres injusta.

—A veces pienso que el sexo es una limitación. Al menos ahora. De pequeña me parecía capaz de inflamar el mundo, pero ahora pienso que es una limitación. Anda, dime algo.

—¿Qué quieres que te diga?

Ella le miró sonriendo, invitándole con los labios.

¡Qué extraña es!, meditó él, y se inclinó para besarla.

—Te quiero —murmuró ella con los ojos cerrados.

Él no dijo nada, pero la abrazó fuertemente.

—Te necesito —susurró la mujer dejándose besar, y se mordió los labios apenada, pues aquella confesión era casi una agonía.

La abrazó él con más fuerza aún, como si quisiera asfixiarla

para que callase.

Y tantas cosas, mientras sobrevolaban el Jónico o el Adriático: con cuánta ilusión se había acercado a la facultad, qué lástima, ni Pasteur ni Koch, cada profesor un pequeño caudillo. Quiso limitarse al estudio de la medicina, pero tenía la impresión de que se hacía mediocre y la complejidad de la vida se le escapaba. Intentando compensar, escribía cuentos también mediocres. A veces atravesaba fases de hastío: encontraba un placer masoquista en perder una tarde escudriñando las molduras y otros ornamentos del techo, las baldosas jaspeadas con bandas, manchas o llamaradas o las hebras de una alfombra; se complacía yendo a hacer algo y absteniéndose, negándose satisfacciones, decepcionándose, acariciaba el deseo de extinguirse. Entre tantos alumnos, muchos más que en el instituto, se sentía perdido y rehusaba la competencia. Había sido una lumbrera, siempre adelantado para su edad, pero en la facultad perdió la ambición de tener buenas notas. Las matrículas de honor y los sobresalientes le parecían sospechosos, como si fueran la prueba de una corrupción, de un cinismo. Pretendió abandonar, pero sus padres no lo consintieron y prosiguió, la costa italiana acercándose, sin esperanza, pesimismo histórico y pesimismo erótico, automarginándose, dejando que su fantasía discurriera por senderos propios, cada vez más angostos.

Encontró a Elena en la calle. Por un instante le pareció que su rostro era menos atractivo que la huella mental acariciada durante meses, y eso le ayudó a declararse repentinamente, con tímida brusquedad.

—¡R.! Yo te quiero como primo. No comprendo.

Se contrajo él como un animal herido y murmuró que necesitaba decirlo, atreverse a hacerlo.

—¿No es una broma?

—¡Desde hace cinco años! Nadie llevaría una broma tan lejos.

Se sintió más ligero al separarse de ella. Pero luego comenzó a dormir mal y recurrió a un psiquiatra. Caso

frecuente a su edad, sentenció el experto, resentimiento de los jóvenes respecto a los adultos, que todo lo poseen y determinan, inseguridad biológica, depresión endógena.

Escribió, influido por Hauptmann y Wedekind, una obra de teatro donde el protagonista, que llevaba el truculento nombre de Eduardo Morbo, se declaraba a su prima, era rechazado y moría, inexplicablemente para un hipotético lector, entre oscuras parrafadas retóricas. Exorcizando, castigando, buscando admiración, envió el manuscrito a Elena. De alguna manera, reconocía en el avión, eso le ayudó a curarse.

Ahora, cuando la veía casualmente, se extrañaba de aquel amor antiguo.

Las mujeres que le atraían nunca adivinaban su interés. Como decía Inés, «tu cara engaña».

Pensó en Margriet, su corresponsal holandesa. Le había visitado en verano con una amiga; les enseñó la ciudad, especialmente los museos, siempre con exagerada cortesía, y luego las invitó al apartamento que sus padres acababan de comprar en el viejo poblado de El Saler, junto al canal que conducía a la Albufera. Siempre los tres juntos. A los pocos días comprendió que no podía mantener con firmeza el trato galante: cuando Margriet —rubia menuda, mirada franca, venilla bajo un ojo, delgada nariz— se le acercaba, los objetos se le caían de las manos y sufría trastornos de lenguaje: confundía vocales, transponía sílabas, casi siempre las iniciales, y adulteraba idiomas. Se asustaron al verle cortar el pan; estaba tan nervioso que se hizo sangre. Enfermó la amiga, un simple resfriado, y Margriet y él fueron al bosque y pasearon entre pinos, brezos, encinas y jóvenes eucaliptus. Quiso ella descansar y se tendió en la pinocha mirando el cielo entre las copas de los árboles. R. estaba harto de hablar, llevaba días haciendo acopio de valor. Se acostó a su lado y se estremeció impaciente, imitando un amor inventado, antes de comenzar a besarla con rara sutileza, como había besado el busto de terracota, no con rudeza o de manera sumaria, sino ósculos en párpados, sienes, barbilla, antes de rozar la boca, conteniéndose como

un amante maduro pero temeroso, siempre muy cerca para no sentir el juicio de los ojos femeninos, demorándose como si meditase la ubicación del beso siguiente, inhalando, rozando labios y deslizándose, pero ella no respondía, o no la había excitado suficientemente o era insensible o, mucho más probable, no entraba en consonancia porque, pese a tanta palabra, no había oído ninguna de admiración o afecto o amor o deseo, y él sintió como si estuviera aprovechándose, pillado en falta, y gimió interiormente y luego exteriormente, refugiándose en la concavidad del hombro mientras ella le acariciaba la nuca como si calmara a un niño. Esas caricias le hicieron llorar. Ya más tranquilo, permaneció abrazado porque temía su mirada tierna o indiferente, hasta que ella le indujo a incorporarse, encendió un cigarrillo y comenzó a fumar en silencio, observándole a intervalos. Incapaz de soportar la tensión, R. echó a correr hacia el mar, sorteando arbustos con zancadas vacilantes.

Cuando regresó al apartamento, horas después, las holandesas hacían el equipaje con gesto hosco. En vano les pidió que se quedaran, al menos hasta que la amiga de Margriet mejorase. No le escucharon, y a los tormentos de la culpa se unió el malhumor y luego, cuando ya estaba solo, la idea agonizante de que sus besos no gustaban.

Pero Margriet volvió sin su amiga al año siguiente, y coincidió con Hans, que pasaba unos días en El Saler. Los tres convivieron agradablemente hasta el día en que, al regresar R. de la compra —se turnaban en las tareas domésticas—, no los encontró en el apartamento y, pensando que se hallarían en la playa, atajó por el pinar y a punto estuvo de caer sobre ellos al rodear un matorral. No quería creerlo, su corresponsal holandesa y su mejor amigo fornicando, las nalgas de él al sol y las cabezas en sombra. Entregados a sus primitivos pasatiempos, no le vieron. Con una intensa punzada, furioso contra sí mismo por su ridícula inocencia, soberana ignorancia, regresó al apartamento, recogió algunos objetos y tornó a Valencia.

Ni Hans ni él comentaron el episodio, Margriet dejó de escribirle.

Como sus padres la visitaban raramente —último piso y sin ascensor—, la casa de El Saler se convirtió en un refugio ocasional. Los fines de semana iba al poblado, se abastecía y se recluía, salvo para deambular por el pinar o bañarse en el mar con cualquier tiempo y en cualquier estación. Por las tardes disfrutaba como un anciano, sentándose en el balcón y contemplando el declinar del sol, más rápido conforme se aproximaba al horizonte, y su reflejo o simple irradiación sobre los campos de arroz inundados, verdes o secos como polvo. En verano salía menos, le acomplejaban las tribus de veraneantes, la tibieza del agua y los cuerpos morenos de las mujeres.

¿Córcega? Aprobando sin brillantez, escribiendo mal —«No construyes una novela, te construyes a ti mismo en una novela»—, rechazando ocasiones —algo había creado en él un estado de perpetua defensa contra las posibilidades de experiencia—, aburriéndose —«Estás malgastando tu juventud como nosotros malgastamos la nuestra»—, tristes cambios: la parcelación de El Saler, edificación abusiva con subsiguiente deterioro del pinar, fin de muchos insectos, nunca más las libélulas de la infancia o los alegres saltamontes o las dunas cuajadas de lirios, la muerte del cocodrilo mascota de la tienda de bolsos —ahora disecado en el mismo recinto— escepticismo, escapismo, masturbación como recurso.

En la facultad, ningún incentivo amoroso: mujeres con bata hurgando en cadáveres, triviales, masculinas, lejos, muy lejos de las modelos de las fotos, imposible.

Y la biología, y la afición por los animales a punto de extinguirse, y el servicio militar que siempre se retrasa pero al final llega. Un regimiento duro, casi disciplinario, la forzada inutilidad. La granja del cuartel y la noche en que le despertaron para que viese cómo algunos se ayuntaban con una cerda rosada, la lechona, mientras otros la sostenían, ojos irritados, morro sucio, gruñidos amenazadores, los pantalones color tierra, enfangadas botas de lona, penes entrevistados a la luz de una vela. Aquella gente silenciosa, ruda, tosca sólo abandonaba el cuartel cada tres meses, y la cerda era su

expansión, su novia. Siempre sustituyendo algo, pobres, pobres hombres, yendo, huyendo y quedándose.

De Ana a Diana, dos Anas. Conoció a la segunda en una academia de idiomas, por entonces él daba clases de zoología. Había leído artículos sobre un marsupial australiano supuestamente extinto, y ese animal le apasionaba tanto que le dio fuerzas, sabiendo que ella era australiana, para indagar. Diana ignoraba todo acerca del «tigre» de Tasmania. Estaba recorriendo el viejo continente y enseñaba inglés. Un perfil clásico en un rostro moderno, trigüeña, piel tostada, una joven deportiva. La cortejó con remota amabilidad, siempre dispuesto, casi como un guía profesional. Se acercaban las vacaciones de pascua y ella quería viajar por Andalucía y Portugal. Como R. tenía menos días, quedaron en que Diana se anticipase; coincidirían en un hotel de Córdoba. Una serie de malentendidos les impidió encontrarse, ella nunca llegó al lugar de la cita y él rastreó su pista en Sevilla, con una jornada de retraso, y en Lisboa, guiado por falsas deducciones. Un viaje loco, porque confiaba vislumbrar su rostro a la vuelta de cada esquina y se iba enamorando a medida que la buscaba, indagando en fondas, pensiones, hoteles, puestos fronterizos e incluso en comisarías. Finalmente regresó a Valencia, donde Diana ya estaba, y rieron la agitada odisea. Siguieron días buenos, aunque platónicos, pero ella tenía prisa por ir a Alemania; no pensaba volver. Declaró él su amor a destiempo, comprendiendo que se le escapaba, y otra vez la sorpresa y la protesta: que ella le creía un amigo —«¡Todavía lo soy!», se quejó R.—, que no la quería realmente, una impresión falsa, caracteres distintos, demasiadas coincidencias. Temía ser sólo una parte de las obsesiones de un solitario.

Se despidieron en una parada de autobús.

—Es mejor que no volvamos a encontrarnos. Creo que es lo mejor —dijo ella.

Dudó: no se decidía a besarle; era lo natural, pues hasta entonces habían realzado con besos asépticos despedidas menos significativas. Pero temía flaquear si se acercaban sus rostros. Le tendió la mano con la buena disposición de quien

ha jugado limpio.

—Adiós, R.

—Adiós, Diana —dijo él sonriendo a medias, y la vio desaparecer en el autobús y luego fue a escribir poemas, sus primeros poemas y en inglés, una imitación patética de Yeats y Dylan Thomas, y quiso enviárselos. Descubrió entonces que la única dirección suya que conocía completa era la de Valencia, ahora inútil, y nadie pudo proporcionarle otra. Un año después aún creía amarla e imaginó que iba a Australia, buscaba su casa en Adelaida y deslizaba en su buzón el grueso sobre con los poemas ya viejos, antes de regresar a Valencia, feliz por haber rozado un sueño deliberadamente creado sólo para el roce o mejor el atisbo.

Y lo conmemoraba, todos los años regresaba a Lisboa y recorría la ciudad que ella no había pisado, como si aún pudiera encontrarla en el zoo o en un parque arbolado o en una callejuela empinada. Estaba allí cuando comenzó la última enfermedad del dictador, pero no sucumbía y regresó a sus clases, las alumnas le llamaban viejo profesor porque a veces se quedaba absorto, como si perdiera la memoria, y tenía el rostro severo y grave y el gesto ceñudo de quienes temen que los demás lean sus pensamientos. Celebró con sus padres el día de la muerte y aprovechó la ocasión para reflexionar sobre su propia vida, sus medios fracasos y sus medios éxitos. Al año siguiente leyó muchos diarios, todos leyeron muchos diarios aquel año en España y aún leerían más los años siguientes y ese verano visitó Grecia, y fue cuando descubrió que no podía masturbarse y se supo impotente en Creta, Inés, Isabel y una voz melosa anunciando que faltaba poco para aterrizar.

Fue entonces cuando pusieron un disco de jazz y ella estaba buscando algo que se había deslizado bajo un sillón, con las manos apoyadas en el suelo como un animal, desnuda porque hacía calor de húmeda selva, cuando él sintió la tentación de morderla en la nuca como haría un león para evitar que la leona se revolviera en el momento decisivo y le diese un zarpazo en el

hocico. Acabó cubriéndola y hundiendo los dientes con ternura, un solo de piano, como una gata trasladando a sus crías, mientras acariciaba un seno, aunque era incómodo, y empujaba, coqueteando con la melodía, retirándose una y otra vez, describiendo círculos, era una pareja de leones escuchando un solo de trombón, punzantes acordes de guitarra y el piano acudiendo de nuevo, más decidido aunque no del todo, pronosticando un emocionante estribillo. Respondió el saxo: canto vaginal. Y entonces sí: el piano atacó, y él separó los dientes para no herirla, cada poro escuchando, perdiendo el equilibrio, sincronizando al mismo tiempo que la música estallaba, inundando bruscamente, cesando y escapando de un brinco poderoso antes de que se volviera y le castigara con un zarpazo o sonara la siguiente canción. Fue entonces cuando de la boca entreabierta de ella surgió un extraño sonido, y era que la leona le arrullaba antes de devorarlo.

R. llegó a Valencia cuando la estación nupcial de los sapos parteros aún no había terminado, y tuvo tiempo de observar alguna noche, solitario investigador en la facultad desierta, cómo los pequeños anfibios se apareaban, a pesar del cambio ambiental, con la efectividad de un acto reflejo. Vigiló la puesta.

Inés, para mayor misterio, le escribía a la lista de correos: «Nunca he estado tan vacía y tan absorta en una sola, única idea como mientras esperaba que arrancara aquel autobús. Hubo un momento en que deseé que me vieras, quizá siempre que te volvías. Tu mirada se perdió en el tráfico, en el parque, cuatro o cinco veces, y retornó a algo sobre tus rodillas. ¿Tan pronto empezaste a leer? Me defraudó un poco, era demasiado feliz. Y regresé a la residencia y me acosté repitiendo gracias, gracias; era un gracias inmenso con ecos de pasado, que llevaba risas de niño y color de lirios, que rebrotaba de año en año en cada sonrojo y en cada admiración adolescente, un gracias a la liberación de tantos años de amor oculto, un gracias como el rugido del mar, mil veces furioso por la mentira de un nombre, un gracias por la

sangre que hervía preparando el salto, un gracias por el olvido, por la libertad ganada tras tantos años y perdida de un zarpazo de animal, una noche loca, en una plaza redonda. Un deseo enfermizo de llenarme de ti, noche tras noche, inmenso como el terror a amarte, ahora que no dormías y tenías conciencia de mí. Terror a que me amases dentro de mi propio sueño. Prolongué la luna de miel hasta ayer. Pero, de pronto, mi alegría se hizo grito de angustia. Estaba en el balcón cuando sopló un viento fuerte. Me dolieron los oídos y corrí a refugiarme tras el cristal. Tenía frío, mucho frío dentro. Todo era hielo. Ya no reía la muerte del sueño, la lloraba. Había perdido algo más que la tranquilidad, había perdido el rastro de aquel bus. Fumé tanto... Tu cuento era realmente un cuento. La serpiente estaba fría. Y llegó la carta de Juan, no la tuya. Una carta toda suavidad y ternura. Un amor tímidamente expresado, tejido en tristeza y soledad. Lloré porque no podía amarle y porque odiaba mi sueño y tu intromisión. Casi no dormí anoche y hoy todo ha sido sopor. Tres duchas no han podido con el embotamiento ni con la fiebre. Tendré que dar vía libre a los somníferos. Tampoco has llegado hoy y he seguido en mi cárcel. No me debilites más, no me des tiempo a pensar que has hecho ya cuanto querías hacer. No me dejes descubrir que soy un adorno, un bibelot, un cuerpo que se toma, el eco de un “hola” en una casa, un cerebro de mujer para estudiar».

Otras veces era más festiva: «¿Cómo compaginarás tu seguridad y tu deseada tranquilidad con el loco helicóptero de mi feria? Tendré que seducirte cada día para que no me abandones en una playa como a una Ariadna cualquiera, para que no me estrangules besándome en el mar. Esa impotencia, ¿cómo va? No te atrevas, no oses, tu recuperación es sólo mía. Si la intentas con otra, tu guardiana me morderá. Ya está nerviosa y su lengua bífida me hace cosquillas».

R. le escribía cartas elusivas, de artificiosa ingeniosidad. Cómo le intrigaba que Inés cambiase tanto de una a otra epístola, hizo una observación, y ella le contestó: «No juego a nada. Si parece recibir una de cal y otra de arena, débese únicamente a la femineidad del momento».

Isabel, la poetisa, le buscó. Se veía llegar. Peligrosa magia la suya. R. tenía en El Saler una barca desmontable de goma, con suelo de madera, que usaba para espiar a los patos de la Albufera. Le propuso una excursión, fueron al lago. Ella estaba ojerosa y pálida, llevaba pendientes griegos de plata, un collar de piedras ovaladas, una túnica negra y botas, y se arrinconaba en la proa como un vampiro temeroso del sol, que caía de pleno y se reflejaba abrumadoramente en el agua. Saltaban los peces al paso de la barca, uno cayó dentro y R. lo devolvió. Remaba de frente porque era su costumbre. Las gaviotas chirriaban como los mástiles de un viejo velero.

La calidez de aquella voz. Y un lenguaje desconocido, algo de extremado y lúgubre, una mujer que todo lo dramatizaba y poetizaba y mezclaba con la emoción. Creía ser la sacerdotisa de un culto satánico del que se mostraba remisa a hablar. El diablo era a veces uno mismo: decía ella que su rostro cambiaba y no le pertenecía, repentinamente se convertía en el rostro de otra. R. se burlaba, lógico, razonable, científico. Quería destruir todos los misterios y ella resucitaba misterios antiguos; ese enfrentamiento iba uniéndoles. Navegaron todo el día. Avistaron pocos patos, de un año a otro disminuía su número. Por la tarde tuvieron el viento en contra; si R. dejaba de remar, el bote retrocedía rápidamente. Ya era de noche cuando volvieron al canal, que recorrieron escoltados por ratas de pies ligeros. En el apartamento, ella le mostró algunos poemas donde abundaban las palabras cuerpo, ojos, piel, carne, desnudo, presencia, ausencia, espacio, figura, trazos, deseo, imposible, interminable, inmenso, escindido, y algunas aliteraciones como ciego cielo. Poemas casi físicos en los que se mimaba el lenguaje y, a pesar de la constante atestiguación de la muerte, el tema primordial era el deseo. Eso y el que constantemente aludiera a sus amantes pasados hizo que R. le atribuyese un intenso erotismo. Recordó un comentario de Inés, seguramente pronunciado para animarle: «Isabel me ha dicho que le gustas. Ella entiende de hombres».

Le contó varias historias: que de pequeña había jugado a ser otra, que había llamado al diablo y blasfemado delante de

su abuelo sordo, que de joven había alternado cuatro amantes sin que cada uno supiera de los otros y luego los había reunido para reírse de ellos, que le gustaba visitar los confesionarios para escandalizar a los curas con el relato de sus perversiones, que en Atenas se había acostado con un hombre y había permitido que le pagara para sentirse como una prostituta. Más le conmovía a R. el afán masoquista que se desprendía de aquellos relatos que su contenido.

Querían tomar el último autobús hacia Valencia, pero lo perdieron; dormirían allí. Cenaron en un restaurante, y ella volcó el vaso de vino para profanar la blancura del mantel; esa infantil provocación intranquilizó a R. Leyó él luego, en voz alta, pasajes de una novela muy larga que no sabía acabar. Había llegado a un falso virtuosismo en la construcción de personajes femeninos, a base de acumular contradicciones y abismos ocultos, que consiguió engañarla.

—Debes conocer a muchas mujeres —le dijo, y el farsante asintió.

No se acostaron juntos —ella le explicaría luego que no había querido engañar a Inés, él tenía miedo de un nuevo fallo—, pero a medianoche R. se despertó y vio la luz del cuarto donde dormía Isabel. Estaba acurrucada en la cama, la sábana velando la barbilla, mirando la lámpara del techo con ojos extraviados. El viento le hablaba con la voz del diablo, decía, y era cierto que el viento levantaba ecos en el patio interior, pero siempre había sido así desde que conocía aquella casa, y R. recordaba lejanas pesadillas, cuando de niño, en Valencia, creía notar el apretón de un brazo frío en torno al cuello, y el aliento y el ritmo de una respiración próxima, y no abría los ojos por temor a vislumbrar algo demasiado terrible, no gritaba por miedo a que el brazo apretase más, pero uno ya no era un niño, ni ella una niña. Le leyó más de su novela inacabable y de pronto ella le interrumpió gritando:

—¡Está ahí!

El diablo, claro. Juraba haberle visto, mientras R. recitaba, atravesando el pasillo vela en mano, acercándose y luego alejándose. ¿Bromeaba? En su absurda fantasía vibraba

una siniestra histeria. Después, con un sonido silbante, comenzó a quejarse, dijo que tenía sueño pero el diablo no la dejaba dormir, que iba a destrozarla. R. intentó calmarla, le aconsejó que cerrara los ojos y respirara profundamente, imitando el ritmo del sueño, hasta conseguirlo, y ella le obedeció, quedó dormida mientras él vigilaba su letargo convulso. Por la mañana regresaron a Valencia.

Inés le escribió desde Atenas: «Pero ¡qué horrible noche! No quiero volver a dormir sola. Nunca más. No creo haber sentido tanto miedo en mi vida. Era terror... TERROR. Soñé que estaba sola en mi casa de Valencia. Era de noche y esperaba a Isabel; llegó muy tarde. En la habitación-reliquia de mi abuela, separó los brazos y dijo un “te quiero” triste. Acudí a llenar el hueco, feliz como tantas veces. Todo su tórax era un gran corazón y sus manos en mi espalda carecían de palmas, sólo dedos fríos apretaban mis costillas. “Soy lesbiana”, dijo. Su abrazo gélido me repugnaba un poco desde hacía unos instantes, pero la confesión, que creí inmediatamente, me asqueó más. Su piel era cirio, ligera ventosa amarillenta. Con tenaz esfuerzo, arrastrándola, logré sentarme en un sillón. Comenzó la lucha, una lucha por mantener la frontera entre lo creíble y lo innombrable. No había dolor ni lujuria, sólo miedo. Su brazo derecho pasó cerca de mis ojos, cubierto de manchas casi negras y oscilantes. Puse mi talón en su garganta, pero únicamente me soltó al perder el conocimiento. Cuando lo recobré me propuse quererla de nuevo. “También yo te quiero”, le dije. “No mientas”, se quejó. Reinaba una tregua engañosa. Logré acercarme y la abracé sin convicción. Se revolvió y me atacó, mordió mi hombro con saña. Vi entonces sus ojos y nació el TERROR. Sus párpados estaban quemados y del inferior goteaba carne ennegrecida. Sólo había pupila. Quise huir, pero me alcanzó. Su mirada absorbía mi seguridad, dientes y dedos de aguja me arrancaban piel y cabellos. Irrumpió una fuente de luz e Isabel pareció empequeñecerse. La llevé hacia el enrejado del balcón, la empujé contra las barras, quería matarla y entonces te vi abajo, ojos azules en la calle, y gritaste: “¡No!”. Pero ya ella se deslizaba entre mis manos y

caía y se ordenaba, muerta, a mis pies. Bajé a la calle y me aplasté en tu pecho —seguridad— amor. Y desperté, quieta en mi temblor. La cama era una gran pastilla de cera en la que mi cuerpo marcaba la forma pero no se hundía. Encendí la luz. ¡Cómo te necesitaba! Y aún te necesito. Y tengo miedo. Cariño, resistiré pero ¡vuelve!».

Quería que fuera a Grecia a pasar las navidades, en otra carta insinuaba que podían casarse el año siguiente, cuando se le acabara la beca.

R. leyó a Isabel el sueño de Inés, y ese fin de semana se acostó en la cama contigua para preservarla del miedo, desnudo porque siempre dormía así, y a medianoche ella gimió y él encendió la lámpara y se acercó. Isabel se estremecía con rodillas y codos a la defensiva. Dijo R. que iba a cambiar de cama y levantó la sábana. El cuerpo femenino estaba frío aunque llevaba una blusa. La besó en la frente para tranquilizarla y ella le abrazó. Pasaron la noche enlazados. Isabel le tocaba el pene como por accidente y él la besaba y el cuerpo de ella se helaba y calentaba repentinamente.

Al amanecer, dormida la hechicera, R. se levantó y paseó por la casa preguntándose por qué no había sentido deseo.

Fueron al mar y él se bañó, aunque ya hacía frío, mientras ella recogía piedras y las alineaba en la arena. Parecía desvalida pero no se atrevía a tocarla de nuevo; ansias y miedo a resolver la incógnita. Ya en Valencia, R. escribió a Inés y le contó, para desanimarla, que tenía una afección vírica de dudosa curación y seguramente era estéril además de incapaz. «No tendré problemas», vaticinaba hipócritamente. «He prescindido del sexo en los últimos años y el tiempo hará impotentes a todos. Me consolaría que me olvidaras —ya sé, pienso con vanidad, que te va a costar—, y que fueras feliz y te sintieras segura. Cuando ames a otro, bórrame de tu mente. Pero no lo ames para anular mi recuerdo sino por sus cualidades. Tengo que vivir solo». Ella le telefoneó al momento de recibir la carta y le aseguró que la esterilidad no alteraba sus sentimientos, sonaba heroica a través del cable, y él estaba tan avergonzado que no se

atrevió a romper. Vaticinó Inés que inventarían su propia sexualidad y le envió epístolas dolorosamente largas y sentidas.

Pero hubo nuevos embustes. Inés descubrió contradicciones, quiso presionarle y él mintió más, era el falso R. y comenzaba a odiarla porque de alguna manera le obligaba a mentir, y el intercambio epistolar fue debilitándose y él acabó por no responder y dejó de retirar las cartas de Inés, que le recordaban su propia falsedad. Y ella se cansó de preguntar, continuaba queriéndole pero el sueño de adolescencia se desmoronaba y debía buscar firmeza en otra parte.

Llevaba R. varias semanas sin saber de Isabel cuando ésta le escribió, con letra cambiante y saltarina:

«¿Por qué aguardar espacios del sueño para encontrarte? Haces de luz deshaciéndose en la alameda de álamos. Triste otoño donde tu rostro desaparece, pájaro prendido en un ruido de hojas cayendo, y helado. Rostro de nieve y azul en habitaciones en las que jamás viví pero que conozco paso a paso. Se trata siempre del oficio de la noche y de las voces. Hermoso era sin duda el vaticinio de los tiempos primeros y guiarse por las aves y su vuelo. Desde entonces escindida: suerte de transgresión de los espejos: dividida hasta el fin recorro las estancias que tiemblan y el viento infinitamente silencio: el rumor de las voces perdiéndose: inasible y gozosa cena perdida en la tormenta: rostro de lluvia estriado en tardes grises y ya apenas: rozo el cero que celebra bailes de fuego: desapareces».

La telefonéo, fueron a El Saler otro fin de semana, intercambiaron regalos: R. le ofreció una talla africana, una mujer de brillante ébano y senos colgantes, y ella le dio un pequeño ángel de madera pintada porque decía que acariciaba como un ángel. «Los ángeles son para mí como las voces del viento: terribles», añadió.

Recogían fragmentos del pasado para avivar sus relaciones, evitar que se anonadasen en la costumbre.

—Me llevaste a la playa, de noche. Te bañaste desnudo. Me impresionó mucho porque era invierno.

—Me diste la toalla al salir. Me había enfriado tanto que sentía calor fuera del agua. Te acostaste en la arena. Me eché a un lado y hubo un silencio teatral. Te pregunté si te importaba que te besase.

—No, te dije. Corregí: quiero decir sí.

—Te besé.

—Nunca olvidaré ese beso.

—¿No he vuelto a besarte así?

—No. Estuvimos acariciándonos durante mucho tiempo. Me gustabas porque parecías sentir lo que hacías y estabas pendiente de mí, no te apresurabas. Luego me llevaste a tu casa, íbamos abrazados por el camino y tenía la cabeza sumida en niebla. Todo el día siguiente besándonos. Nunca había besado tanto a alguien. No hemos vuelto a besarnos tanto. Al principio hacíamos el amor a menudo, dos veces al día cuando menos. Me sentía como una adolescente. No recuerdo por qué, seguramente en un momento de euforia, afirmaste que siempre sería como entonces. Dije que lo dudaba y te enfadaste.

—Tenías razón.

—Muchas veces hemos pensado quedamos un fin de semana entero en la cama, como entonces hacíamos.

—Nos quedaremos, te prometo que lo haremos.

R. se bañó desnudo en el mar aquella noche, en la estela temblorosa que dejaba la luna, pero involuntariamente se desvió e Isabel le perdió de vista y cuando salió estaba asustada, había creído que no regresaría o lo haría convertido en otro, y al atravesar el pinar se cruzaron con un hombre que, según ella, carecía de rostro, y en el dormitorio R. se arriesgó, se sentía ridículo con la cápsula rosa del preservativo, quiso forzar el deseo pero cuando Isabel no hablaba era una mujer común, salvo por sus ojos intensos y rientes, sólo le inspiraba miedo a su propia torpeza; temía, una vez despertado en ella el fuego volcánico, no poder satisfacerla. Había controlado celosamente su impulso sexual, acaso demasiado bien, y por eso dudaba ahora de su capacidad y el impulso se vengaba traicionándole. Ella ya no le dijo acaricias como un ángel sino como una mujer, quizás era un elogio pero qué extraño. Cuanto más se esmeraba R. y prolongaba el roce de las pieles, más se alejaba de Isabel, y finalmente ella se impacientó y su boca entreabierta dejó de responder a los besos, y él se acordó de Margriet pero continuó besando sin ganas hasta que ella le pidió que apagara la luz y él no pudo dormir pero no por eso dejó de abrazarla, necesitaba permanecer a su lado porque después de aquella experiencia ella se alejaría y quién sabe cuándo volvería a presentársele la oportunidad de estar en la cama con una mujer, y a medianoche ella le preguntó si era el número setenta y siete. Calló R., humillado, creyendo que Isabel se refería a sus amantes, pero aludía a los diablos del mundo, se preguntaba si él sería uno y temblaba a pesar de él o por su causa.

Vagando por el pinar, a la mañana siguiente, R. le mostró algunas de las mariposas llamadas zígenas, rojinegras

voladoras indolentes, milagrosas supervivientes a la devastación de El Saler y a lo tardío de la estación, y le contó —mentira— que en un solo día conocían nacimiento, cópula y muerte. «¡Qué bonito!», dijo ella, y las miró con envidia: batían las alas rápidamente, pero parecían dejarse arrastrar por el viento.

Tenían los nervios de punta, estaban airados. Mientras él se bañaba, Isabel vio a un hombre que corría por la playa y se emocionó pensando que llegaba desde muy lejos sólo para encontrarla, pero pasó de largo.

Al anochecer encontró un árbol pulido, inclinado como si hubiera crecido con una losa apoyada contra él, y, levantándose la falda, montó en un repliegue del tronco. Apretaba las piernas cuando el viento pasaba a través de la copa y juntaba sus labios a la madera. R. se había distanciado cuando ella le llamó. Decía que el viento y los árboles ennegrecidos pronunciaban su nombre.

En la cama, él encontró su concha y la lamió; con Inés nunca había osado. El olor le desagradaba y creyó que iba a vomitar, pero persistió acariciando los labios y el clítoris con la lengua, boca e incluso nariz mientras extendía los brazos para acariciar los senos, nadando en el lecho movedizo y sintiendo la humedad creciente. Le costó mucho proporcionarle un orgasmo, y aún insistió hasta que ella le tocó un hombro para que se detuviera. Fue al cuarto de baño, se refrescó y vació de pelos rizados su boca. Luego la abrazó de nuevo, satisfecho porque aquello le excusaba de más intentos, siquiera temporalmente. Al amanecer tanteó ella su pene y quiso provocarlo, pero a R. le incomodó la idea de que se esforzara en vano, tan inútil se sentía, y le pidió que lo dejara. «¿Desde cuándo te ocurre?», le preguntó Isabel, y él respondió que con Inés ya había tenido dificultades y que antes no le sucedía. ¿Le inhibían los preservativos? Los desecharon: nada.

—Y yo que creía que eras dulce. Debías haberme advertido.

Lo intentaron otras veces, en fines de semana distintos. Como no podían saciarse, y ninguno se embebía del cuerpo

del otro, iban enamorándose fatal y desesperadamente. En el lecho permanecían juntos, incapaces de hacer lo que para un insecto resultaba fácil. Detestaba él excitarla y no saciarla, y ella sufría porque la imposibilidad fortalecía su obsesión. Había pensado al principio que sus relaciones serían breves, pero le costaba renunciar a algo antes de tenerlo. A menudo interpretaba la impotencia de R. como un castigo por haber ido con muchos hombres: quizá el cuerpo de él lo notaba, era mística y prostituta como afirmaban sus poemas, pecaba y se arrepentía y ahora el diablo o quien fuera la condenaba a un gran infierno, el amor mezclado con grandes sufrimientos y obstáculos.

Un día se negó a volver a la casa de El Saler.

—Me hace daño —decía—. Y, además, él está allí.

Pero R. nunca había tenido una amiga tan interesante, en realidad no había tenido amigas de tipo alguno, y la necesitaba. Así que buscó un nido de amor y encontró y alquiló una pequeña buhardilla en un barrio viejo, siete pisos sin ascensor, con acceso directo a la terraza comunal, y compró algunos muebles y llevó una pizarra y algunos adornos, la cabeza de un toro en mimbre, el machete argentino de su abuelo, la jardinera modernista de sus primeros ensayos osculatorios y varios de sus malos cuadros, porque de vez en cuando pintaba pero sin fortuna, e invitó a su frustrada amante, le mostró la cama ruidosa y las vigas de madera y la terraza, pero ella tuvo miedo de encerrarse allí y de que él le contagiara su impotencia y acabaran viviendo como alimañas en una madriguera y, aprovechando que R. estaba distraído, huyó. No la encontró él en las calles cercanas. Dejó una nota en casa de los padres de Isabel: «Si la cama es tan importante, pido una última oportunidad. Pareces resbalar entre mis dedos. Si sale mal, ya no exigiré nada». Y al día siguiente tomó un tren, temprano, y bajó en el pueblo donde Isabel enseñaba francés, la buscó en el instituto, aún no había llegado, pasó frío aguardándola en la calle y ella se enfadó al verle pero luego se suavizó y prometió que una noche iría a la buhardilla. Y él abandonó la casa de sus padres, veintiocho años durmiendo allí, y se

dedicó a esperarla. Le compró un camisón, arregló las goteras y comenzó a hablar solo.

Tardó Isabel en cumplir su promesa. Cuando lo hizo, su aliento olía a alcohol y tenía fuertes trazos negros en torno a los ojos, como si acabara de salir de un fresco egipcio. Cenaron en un restaurante y hablaron de literatura, porque él no se atrevía a encarar la prueba, y ya estaba cansado cuando arribaron al lecho, cómo era posible que le atrajera tanto su conversación y tan poco su cuerpo, falló de nuevo y se resignó a no volver a verla. Por la mañana se despidieron largamente, pero ella regresó la noche siguiente, repitiendo con vehemencia que le hubiera gustado ser su hermana, y se hicieron cortes en las muñecas, juntaron las heridas modo dos niños, y R. le mostró sus fotos de infancia, la mirada soñadora y su madre levantándole en brazos, ofreciéndole al sol. Y le enseñó también su colección fotográfica de animales copulando, una idea divertida que había tenido recientemente, y ella le contó más historias terribles.

A partir de entonces, Isabel aparecía inesperadamente, incluso a las dos o a las tres de la madrugada, y le hablaba con voz fantasmal, casi siempre quejándose, y luego dormían juntos, tocándose apenas; él se conformaba con eso. Releía continuamente los poemas de Isabel, se esforzaba por interpretarlos como si fueran tablillas cretenses, pensaba en ella todo el tiempo y se iba cerrando para el resto del mundo y descuidando sus deberes.

Le dijo ella que en la época de El Saler no había hecho el amor con más hombres, pero ahora lo hacía a menudo; afirmaba que uno de sus egos se sentía malherido por la sociedad e intentaba vengarse siendo prostituta, y el otro, el místico, necesitaba conocer o más bien no conocer a través de la experiencia de la muerte, y sólo ansiaba morir. Ambos egos se unían en el orgasmo, o al menos eso pretendía, y también en sus poemas, con los que mantenía una relación avasalladora. Cuando R. objetaba que el orgasmo nada tenía en común con la muerte y que el hecho de escribir le parecía muy poco erótico, ella le miraba con impaciencia y exclamaba: «¡Qué sabrás tú!».

En la feria de atracciones vieron a una enana, envuelta en piel de serpiente, que se anunciaba como la criatura más horrible del universo. Esa imagen deprimió mucho a Isabel. Habían planeado hacer un viaje juntos en navidad, pero ahora que se acercaban las vacaciones rehusó su compañía y anunció que iría sola a París. R. no protestó.

Acudió a la estación a despedirla; pese a sus esfuerzos, Isabel no pudo ocultar que viajaba con otro. Fingiendo indiferencia, R. le recomendó que se abrigara y que visitara el museo Rodin, que había conocido de niño: morbideces del mármol. Corrió a lo largo del andén mientras el tren partía, pero ella no le vio y él llegó hasta el borde y contempló, triste, las vías que se alejaban hacia el norte.

Deseoso de sorprenderla, empapeló las paredes de la buhardilla, pintó puertas y ventanas y colocó moqueta en el suelo. Comenzó a tomar afrodisíacos: yohimbina y analépticos. Pero, al volver, Isabel le rehuía como amante, y de todas formas los afrodisíacos sólo preparaban una débil tensión que ni era inmune a los desfallecimientos ni liberaba el orgasmo.

Disfrutaba ella relatándole, con creciente sadismo, cómo uno de sus amigos bisexuales la penetraba analmente —«Sientes como si te quemara», decía— o una de sus amigas le hacía el amor —«Es más intenso que con un hombre»—. Quería atormentarle, pero R. no conocía mayor tormento que el que se desarrollaba dentro de sí mismo: frente a su impotencia, los celos constituían una elucubración anodina y el lesbianismo una curiosidad.

En la facultad, las instalaciones que controlaban la temperatura y la humedad de los terrarios se estropearon por falta de cuidados, y la última generación de sapos parteros desarrolló unos edemas que se ulceraron rápidamente y les provocaron la muerte. Por otra parte, los alumnos se quejaron del desinterés de R. y el catedrático le amonestó. Incapaz de concentrarse o de continuar un esfuerzo, pidió la excedencia, La obtuvo.

Días enteros sin abandonar la buhardilla, desaseado, sin afeitarse, vegetariano como un asceta, permitiendo que su

cuerpo se amoldase a las cosas. Cuando llevaba mucho tiempo sentado, moverse le resultaba difícil, porque iba perdiendo toda señal distintiva, todo límite. Los brazos del sillón se convertían en los suyos, las piernas parecían perderse en la gruesa moqueta o se confundían con las patas de una mesa, su cabeza podía transmutarse en la jardinera modernista o el busto de Blake o el enorme retrato de Lenin; sólo sus ojos indagaban en la lánguida penumbra de la habitación tonalidad de acuario, repasando imaginarias estelas de finas líneas o buscando fallas en el pasado, y a veces sus oídos hiperestesiados creían percibir los roces lejanos, sigilosos, de unos pies desnudos. Al anochecer, las habitaciones se convertían en un mar oscuro hasta que se le ocurría encender una lámpara, pero también abusaba del gesto de ir a encenderla y detenerse, impotente y sin esperanza.

Creía haber defraudado los ideales de su infancia y se entristecía pensando que le hubiera gustado ser un famoso explorador o arqueólogo o investigador y ya no podría porque hasta de su masculinidad dudaba.

Cuando le asaltaba un ramalazo de actividad, escribía poemas que imitaban los de Isabel, o bien analizaba los textos en Lineal A e intentaba deducir los significados de las palabras o fórmulas, preparaba casilleros para confrontar los valores hasta que la misma inutilidad de su esfuerzo le histerizaba e intentaba provocarse una erección.

Fue al hospital provincial para que un médico amigo le examinara los genitales y los reflejos: bien. Le recetó pastillas antidepresivas y le aconsejó que no forzara nada; el éxito se produciría naturalmente. Cuando, al cabo de un mes, volvieron a verse, R. no había mejorado.

—Lo que te ocurre es que no deseas entrar —le amonestó el médico.

—No pienso en otra cosa.

—Si realmente quisieras, entrarías.

Le insinuaron que cambiara de mujer, pero cuál. Se sentía incapaz de seducir y de afrontar relaciones nuevas. En cuanto tenía oportunidad, mencionaba su impotencia, indagaba si

había ocurrido a otros y cómo habían recuperado la virtud; lo corriente era un desfallecimiento pasajero, los casos más largos se habían prolongado un mes. Lamentable récord el suyo.

Una noche, Isabel se presentó como una aparición y le refirió sus angustias, su insomnio, las heridas que le infligía la sociedad. Ansiaba la muerte, explicaba, porque era el regreso a la perfección, donde nada podía ser violado. «Todo eso me parece ridículo», la interrumpió él. «Yo sí tengo un problema real». Ella se enfureció, tomó la jardinera modernista y la arrojó al suelo. Buscó él entre los pedazos, pero la belleza había quedado mal fragmentada, no pudo salvar los ojos entornados ni los labios relucientes, si acaso una guedeja de escayola. Viendo su dolor, Isabel pareció apiadarse. Le abrazó, le pidió perdón y se acostaron. Quería él penetrarla y herirla como ella le había herido, pero no. Pasaron mala noche.

Por la mañana, en la terraza comunal, tuvo una erección que le hizo concebir esperanzas. La abrazó y ella rió al sentir la tensión. Quiso él intentarlo allí mismo, a plena luz, pero Isabel rehusó por temor, decía, a que los vecinos les sorprendieran. Cuando entraron en la buhardilla, R. ya se había amansado. Iba ella a acariciarle el pene con la boca pero se detuvo a un palmo de distancia, como si no lo mereciera, y él acusó el desprecio y, ya histérico, enarboló el machete argentino y dijo que, como no podía mostrarle su esperma, le enseñaría su sangre. Se asustó ella de veras y se abalanzó sobre él, que fingía intentar hundirse el machete en el vientre. Forcejearon. «No importa, lo haré cuando te vayas», anunció R. cediendo repentinamente. «Iré junto al mar y me suicidaré en la playa». «Te acompañaré», dijo Isabel —era lo que él quería—, y tomaron un autobús y fueron a El Saler con el machete en una bolsa, pero ante el mar R. reconoció que el suicidio no podía tentarle: se acercaba la primavera y el sol comenzaba a calentar y los peces brincaban sobre las olas. Se volvió hacia Isabel y le entregó el machete. «Te lo devolveré cuando estés más sereno», prometió ella. Se negó a subir al apartamento y regresaron a

Valencia. Quedaron en verse al día siguiente, pero ella no acudió y esa noche él reunió los objetos de Isabel: sábanas, el camisón y unos libros, y los empaquetó junto con el ángel que ella le había regalado en El Saler. Escribió en la pizarra una despedida: «Siento haberos decepcionado. Gracias, mamá, por enseñarme a nadar», pero era melodramático y ficticio, no quería llegar al fin. Llevó el envoltorio a casa de Isabel, que no estaba; sus padres ignoraban si volvería a dormir; casi nunca lo hacía, se lamentaron, y esa queja le hizo pensar en sus propios padres: fue a visitarles y durmió en su cuarto de niño. No pisó al día siguiente la buhardilla —quería olvidar aquel mal sueño—, pero sí salió a pasear, y en una callejuela del barrio chino un borracho le gritó: «¿Qué, hombre, cuándo te mueres?». Nunca se había acercado a las prostitutas, aquella vez tampoco lo haría. Se aproximaba a casa de sus padres cuando distinguió a Isabel y a su madre en el portal. Se asustó, ¿qué harían allí? Casi gritaron al verle.

Ocurrió así: intrigada por la devolución de sus pertenencias, Isabel había ido a la buhardilla y encontrado en la pizarra el texto de despedida. La vaga percepción de un objeto blanco en el suelo del dormitorio —la almohada, caída al recoger las sábanas— le había impedido encender la luz por temor a descubrir un cadáver. Regresó a su casa, las piernas le temblaban. Volvió a la buhardilla con su madre y rieron nerviosamente al ver la almohada, pero el temor persistía: Isabel estaba convencida de que R. se había suicidado. Telefonaron a los padres de él, ausentes esa tarde, y fueron a El Saler con más gente, llamaron a la puerta del apartamento vacío y un hermano de Isabel saltó desde la terraza de la vivienda contigua y rompió un cristal para entrar por la ventana. Desfile peregrinación al pinar, gritando su nombre, un grupo rastreando inútilmente hacia la playa en pos de un cuerpo en posición fetal.

Querían hablar con los padres de R. para prepararles, porque Isabel seguía convencida de que él estaba muerto aunque no le hallasen, ahogado tal vez (¿no sugería eso la pizarra?) y les esperaban en el portal cuando apareció él simulando inocencia. Porque, ¿acaso no había podido

preverlo, no había contribuido al malentendido? «Cuídala, hoy ha llorado mucho», le pidió la madre de Isabel tras resumir los pormenores banales y fatales, y se retiró discretamente. Contempló R., emocionado y con oculta satisfacción, el rígido rostro de su amante imposible. De común acuerdo, sin decir nada, caminaron hasta un bar cercano y se sentaron. Quiso él hablar, pero sólo se le ocurrían falsedades.

—Me hubiera vuelto loca si te hubieses suicidado — reflexionó ella ante una copa de anís, y al momento le miró con rabia—: Has muerto, ahora estás muerto. Eres una de esas personas que viven muertas. Por mí, puedes morir mil veces más y no te lloraré porque estás muerto. Al muerto le quería... A ti no.

—Pero soy el muerto, dices.

—No eres nadie. Mi cuerpo no puede llorarte más de lo que te ha llorado hoy. Hacía tiempo que no lloraba y no quiero volver a llorar nunca. Derramaba lágrimas por un muerto y estás vivo, pero parte de ti ha muerto, sin que lo supieras, al jugar con la muerte. Ya no puedo darte nada, nada. No me quedan lágrimas, estoy vacía. Nunca volveré a sentir un orgasmo.

Le pidió él que fueran a la buhardilla, pero ella no quería regresar a aquel escenario de crueldad mental, y cenaron en un restaurante. Pensando que la afanosa búsqueda en El Saler era la mejor prueba de que Isabel aún le amaba, se atrevió, viéndola más tranquila, a pedirle una última oportunidad.

—Tantas veces ha sido la última... —murmuró ella con desmayada sonrisa.

Pero se la dio: le citó en una casa del barrio del Carmen donde ella solía ir cuando no dormía en casa de sus padres. No estaba cuando él llegó, y en su lugar le recibió un hombre joven, de pelo rizado, con quien, al parecer, Isabel compartía el alquiler: otro poeta. En una habitación atestada de imágenes religiosas, le mostró una antología que incluía sus versos; el prólogo era de Isabel. R. hojeó el libro: todos los poemas sugerían un erotismo esencial. Según el joven, ella inspiraba aquel movimiento. «Eso de tener hijos y un hogar

no va con Isabel», dijo mirando a R. detenidamente (una mirada cargada de equívoca intención). «No ha sido hecha para encontrar pareja». Y de pronto: «Te sentaría mejor el pelo corto». «¿Cómo?», preguntó R., creyendo haber oído mal, y el otro repitió el comentario (¿estaría burlándose?) y entonces apareció ella, devastada y avasalladora, y se dirigió al joven en un lenguaje que excluía a R., falaces conspiradores hablando de Nietzsche y de psicoanálisis con inoportunidad y frívolo apasionamiento, dos diletantes prolongando la velada, retrasando la prueba, e Isabel que se vuelve y le pregunta, en un susurro, si prefiere acostarse con ella o con el joven. «Contigo, claro». «¿Conmigo? ¿Para qué?», y él, humillado, queriendo irse, pero también quedarse, incapaz de renunciar al último intento.

Cuando la vio desnudarse, ya en el dormitorio —blanco y con crucifijo, como la celda de un convento— R. supo inmediatamente que tampoco podría. Isabel debió notarlo, porque le pidió con una mueca doliente que no la hiriera más y que se fuera, pero él deseaba apurar el fracaso. Se acostó ella y le acusó de haber fingido el suicidio para enloquecerla. Le odiaba, decía, y sentía aquel odio como una lucha de clases. «¿Como una lucha de clases?», repitió R., extrañado de que ella se conceptuara de una clase distinta, e Isabel replicó que era una intelectual revolucionaria y él un burgués, y que su amor, el que R. había querido darle, era un amor burgués, encerrarla en la buhardilla llena de objetos y hacerle regalos para obligarla y retenerla, pero no había podido comprarla porque ella era cien mil veces mejor, y prefería hacer el amor con el borracho más harapiento y sucio que pudiera encontrar que con él, porque en el fondo el borracho estaría limpio como él nunca podría estar, y sería un hombre, no como él, cerdo impotente, jugando con los sentimientos ajenos. Confiaba que algún día desaparecieran todos los de su clase. Hasta su modo de escribir era burgués, anticuado. En lugar de defenderse, R. se introdujo en el lecho para captar los detalles del rostro desfigurado por la emoción y sufrir la ira de cerca. Llamó ella a su amigo y le pidió una biblia, donde leyó algo en voz alta acerca de los hombres falsos y de

su ruindad. «¡Tú sí que me quieres!», dijo abrazando al joven, que sonreía sentado en la cama; cuando se fue, atacó a R. de nuevo. Asentía éste dándole la razón en todo y ella se sorprendía de no encontrar resistencia. Contagiado por aquel repentino afán de decir la verdad, confesó él que nunca había eyaculado dentro de una mujer, que era virgen. Isabel no quería creerle. Toda su agresividad se desvaneció de golpe. «Si lo hubieras dicho al principio, te hubiera ayudado». Pero entonces él parecía tan firme y le había dado con la boca un orgasmo engañosamente hábil. «Nunca volviste a hacerlo», se quejó ella, y él se introdujo bajo las sábanas e intentó repetir aquel acto lejano, aunque ya era tarde. Esta vez el olor no le desagradó pero ella no se podía concentrar y al cabo de un rato le pidió que se detuviera, porque era inútil, y él se vistió, último beso apócrifo, y salió a la calle recién amanecida.

Acababan de hacer el amor, y él estaba bebiendo un vaso de leche fría con canela y azúcar —siempre tomaba lo mismo después— cuando sonó el timbre. Apresuradamente se puso un pantalón y una camisa, pero el cartero ya estaba bajando. Le dio el telegrama: para ella.

Aún yacía en la cama, vientre argentado y delta rojizo como las barbas de las mazorcas. Al leer levantó la cabeza y adelantó el mentón: su marido acababa de morir en París. Llevaban tres años separados.

—¿Ocurre algo?

—Ahora me tienes que querer —advirtió ella, tendiéndole el telegrama y mirándose en uno de los espejos que rodeaban la cama para observar su rostro de viuda.

Se acostó él y la besó con gravedad. No había conocido al marido de su compañera y su muerte no podía entristecerle, pero le preocupaba el cambio que pudieran sufrir sus relaciones, esa nueva responsabilidad a la que ella ya había aludido.

—¿Querrás ir conmigo?

—Sabes que no puedo. Me gustaría, pero no puedo.

Se fue en avión al día siguiente. Esa noche, él curioseó entre los papeles de su amante y encontró algunas fotos de la boda.

Ella se había casado muy joven, parecía una nínfula a quien la solemnidad de la situación confiriese un fulgor de expectación y viveza. Se masturbó mirando el rostro de antaño que el otro había poseído.

Hicieron el amor cuando regresó. A ella le costaba excitarse, se acariciaba el sexo mientras él rumiaba pechos y vientre. Finalmente la penetró y ella tuvo un orgasmo y él aceleró sus embestidas, pero le fallaron los nervios. Aunque la erección se mantenía, no lograba eyacular y se agotaba en vano. Para evitar que a ella le extrañara su tardanza, fingió haber llegado y lanzó gemidos de placer y queja. No se retiró. Pretendiendo que no tenía bastante, volvió a atacar; su propia mentira le tranquilizó y logró el primer orgasmo cuando ella le creía en el segundo.

Necesitaba alejarse. Pensó en diferentes posibilidades y optó por reunirse con Hans, a quien no veía desde un año antes. Le telefoneó. Esa misma mañana tomó el tren y por la tarde se encontraron en la facultad de medicina de Barcelona. Su amigo había perdido arrogancia. Y la conversación, que en otro tiempo siempre tomaba entre ellos un ponderado tono abstracto, distante a pesar de la antigüedad del trato, fluyó cordial y directa. Cuando R. le contó sus problemas, Hans se preguntó si no serían imaginarios, porque conocía su tendencia a la tabulación, pero acabó creyéndole; nunca le había Visto tan afectuoso, transparente, susceptible.

Fueron a Valldoreix. R. se emocionó al conocer a Eva y al ser aceptado en aquel ambiente doméstico; le hubiera gustado tener un hogar así: fresco, limpio y de colores vivos, cerca de un bosque.

Al día siguiente, mientras Hans impartía sus clases, Eva procuró que R. se sintiera a gusto. Recelaba él un poco, quería iniciar la relación con cautela. Pero no pudo porque en la voz y las palabras de ella latía una corriente de decidida lealtad. Un sentimiento antiguo, Ana quizá; de nada servía esconderse, negarse a confiar. Eva estaba dispuesta a escucharle, y además le relataba despaciosamente sus propias experiencias, le hablaba con serenidad y sin amargura de su

triste infancia, su impaciente adolescencia y su temprano y desdichado matrimonio, y también de su equilibrada relación con Hans: «Me da amor en la medida en que se lo pido». De modo que desplegó ante ella su historia íntima. Juntos interpretaron el sublimado derrotismo de R. y buscaron sus causas. En aquellas conversaciones recuperó él algo de su propia estimación y creyó aprender mucho sobre la mujer, y, por extensión, sobre las mujeres. ¿De qué hablaban las niñas? Eva le reveló cuanto recordaba; tampoco le gustaban los misterios. «De ser mujer, hubiera querido parecerme a ti», le dijo él. Y ella: «Nunca he conocido a alguien como tú».

Durante la cena se producía un rico intercambio de ideas donde solían coincidir enfrentándose a Hans, que con mucho era el más racional y metódico. Eva coqueteaba a pesar suyo desde el lado opuesto de la mesa, posando bajo la luz, toda rosa y oro. Una vez miró a R. fija, intensamente, y él tuvo miedo de responder de igual forma y desvió sus ojos; aquella noche le costó dormir. Y otro día comenzó a sufrir alteraciones de lenguaje, como cuando Margriet, y dijo «dame un beso» en lugar de «dame un vaso», y corrigió en seguida, «un vaso, quería decir», sonrojado y confuso.

—*¡Pobre R.! Pero ¿crees de veras que son necesarios todos esos detalles insulsos? ¡No te enfades!*

—*No me enfado, sé que tienes razón, nunca he escrito algo realmente bueno.*

—*No quiero que te deprimas. Relájate, ven. ¿Estás cansado? ¿No? No te preocupes, te ayudaré como si fueras R.*

Repetir el acto intensamente histórico, imitando todas las veces que se habían amado, copiando anteriores vaivenes genitales, entre sí y con otros, las primeras fornicaciones, el orgasmo original, persiguiendo a través de tiempo y espacio un comienzo que no llegaba, o quizá sólo una descarga por acumulación, como un estornudo.

Hicieron una excursión al delta del Ebro con un

heterogéneo grupo de amigos, entre los que figuraba una mujer de rasgos claros y delicados. R. la convenció para que durmiese con él —4ras advertirle de su impotencia, más que nada para tranquilizarse a sí mismo; Hans diría luego, bromeando, que ése era un recurso para acostarse con todas, porque, ¿qué mujer se negaría a ayudarle?—, y ella se desnudó a oscuras, y él la abrazó, pelo tibio, un cuerpo suave y firme que le devolvió un abrazo más fuerte, como el de una boa, y R. rió feliz y la acarició, se iba convirtiendo en un experto con la lengua, pero no pudo penetrarla porque su músculo desmayaba aunque estuvieron la noche entera haciendo el amor. Como le dolía perder la esperanza en un cuerpo distinto, forcejeó con la espiral de su incapacidad y procuró desoir las horas que marcaba el cercano reloj de una iglesia, luchando por igual contra el tiempo y sus propios temores. Inquietud que la impotencia eternizaba. Cloquearon, al amanecer y ella le dijo que le echaría de menos cuando terminara la excursión y que los días le parecerían más fríos después. Aún se acostaron juntos otras noches, pero comprendió que ella comenzaba a quererle y, como temía que se repitiera la historia de Inés —a veces uno hacía daño por no pensar bastante—, le contó cuidadosamente que no podía amarla porque era inestable e inmaduro y quién sabe si su frustrado deseo le volvería medio loco, y ella le creyó y le quiso más porque no percibía en sus palabras huellas de egoísmo, pero rehusó volver a hacer el amor sabiendo que no era correspondida de la misma forma, «porque luego sentiría más que te fueses». Siempre había una descompensación, no se trataba de querer o no querer sino de cómo poder, y dónde iba uno a equilibrarse sino en Eva. Continuaban haciéndose confidencias. Ella le dejó leer su diario, que escribía desde los once años, pero él no quiso mostrarle el cuaderno donde anotaba sus conversaciones.

Llevaba ella jersey rojo y pantalón azul, acababa de lavarse el pelo y estaba sentada como Buda en el diván del salón, envueltos los pies en una chaqueta de punto. Le preguntó si de pequeño se succionaba el pulgar —de ese tipo eran las nimiedades que compartían—; R. no podía

recordarlo, quién puede. A los trece, Eva aún dormía, contó, con un dedo en la boca y la otra mano tocando una parte fría del cuerpo. En el gramófono sonaba un disco con voces de pájaros, estorninos imitando a gorriones. Fuera, en el bosque que rozaba la casa, cantaban gorriones auténticos. «Me duele la cabeza», murmuró ella. Se puso la chaqueta sobre el jersey y ese adormeció ofreciendo el perfil. Desviaba él a intervalos la atención de un libro y trataba de sondear, por el ritmo de la respiración femenina, la profundidad del sueño, cuando le invadió el urgente temor de contaminarla con un amor incierto. Debía apartarse, decidió, y guardó a que despertara para anunciarle que regresaría a Valencia el día siguiente. Le pidió Eva que se quedara, pero él insistió. «¡Qué duro te has vuelto mientras dormía!», exclamó ella.

En Valencia se reintegró a las clases. No le permitieron reanudar sus experimentos con sapos. Añorante.

Poco después, en semana santa, Eva y Hans le visitaron y llevaron consigo a Nadeshda, una mujer hindú de ojos profundos, con un matiz rojizo. Les gustó mucho la pintoresca buhardilla. Eva pretendía quedarse allí a dormir, pero Hans se impacientó y se fue, solo, a pasar la noche en casa de sus padres. Cuando ella reaccionó y quiso seguirle, vieron desde la terraza el coche alejándose. Eva durmió con Nadeshda, R. en la otra habitación.

Se despertó sudando. A su lado, ella emitía intermitentemente una nota sibilante. Se incorporó despacio, cerró la puerta del dormitorio, abrió la nevera y, yogurt en mano, se sentó a reflexionar. ¿Acaso puede un hombre con vocación de escritor, se preguntaba, trabajar cabalmente en una novela y, al mismo tiempo, mantener unas relaciones sexuales plenamente satisfactorias? Quizá, pero no con su debilitada capacidad creativa o su menguante sexualidad. Mente y cuerpo, división arbitraria, pero con cuánta firmeza se oponen a veces.

Está matando mi inspiración, pensó.

El chasquido de la nevera la había despertado. Estiró un brazo y comprobó que él no estaba a su lado. Rememoró: Al

principio, se acostaba conmigo sin decirme que le gustaba. Estuve varios días sin venir y entonces él me buscó y le pregunté qué deseaba. Se puso lívido, creo que leforcé a decírmelo, te quiero dijo sonriendo como disculpándose por pronunciar una frase solemne, odia lo solemne o le avergüenza, y lo dijo mal, eso no me agradó, pero ya le quería o había decidido quererle, aquel primer beso en la playa y cómo hacía el amor, me quedé a vivir con él y entonces aún le dominaba pero ahora es más fuerte, quizá porque es menos sensible. Soy tonta, estas reflexiones me debilitan. Me encuentro tan cansada que quisiera dormir día y noche. Siempre está alternándome con esa insensata novela, haciendo el amor para escribir más tranquilo, pero sin excederse, porque eso le restaría energías para continuar escribiendo. Me contó que en Tahití los hombres creen que, si practican la abstinencia sexual unos meses antes de su muerte, serán más afortunados en el más allá. ¿Lo diría para consolarme? Pero no voy a morir tan pronto. Supongo que a los veinte años dejarán de hacer el amor por miedo a fallecer en plena efusión. No amar para morir mejor, qué locura, como no amar para escribir. Ahora lo hacemos tan de tarde en tarde que ninguno de los dos se encuentra en forma, ya no hay días de esos en los que los dedos ven mejor y la sensibilidad para el placer es más aguda, sólo roces y caricias mal calculados, cuerpos sin afinar. De verdad quisiera dormir día y noche y quizá al despertar encontraría algo distinto.

Por la mañana, Hans acudió temprano, fueron ellas de compras y ellos hablaron. Sintió R. que debía explicarse, pero dudaba de su propia sinceridad mientras aseguraba a su amigo que no estaba enamorado de Eva. Y luego Hans se quedó con sus padres y R. enseñó los monumentos de la ciudad a las mujeres, tenía un aire taciturno siguiendo la gira rutinaria, y esa noche Eva durmió con Hans y Nadeshda le preguntó en la buhardilla si amaba a su amiga y él repitió no con los rasgos crispados, pero continuaba sin saberlo, y ella le dijo que, en su opinión, Eva sí estaba enamorada de él, o al menos llevaba camino de estarlo, e insinuó que la noche

anterior había querido dormir allí para impedir que ellos dos, Nadeshda y R., se quedaran solos, quizá había sido algo inconsciente, pero celos de alguna manera, y R. perdió la calma ante aquella revelación, que inmediatamente creyó cierta, y se abrió a Nadeshda más de lo que se había abierto nunca, le confesó entre vibrantes gemidos su intolerable virginidad, que Eva ignoraba, su testaruda impotencia y su atormentada relación con Isabel, y ella, la mujer hindú de ojos rojizos, se acercó con gesto narcotizado y le besó en los labios con suavidad y refinada lentitud, y al apartarse dijo que no conocía a nadie tan veraz, y le condujo a la cama, él temblaba y ella reía con anticipado júbilo porque él besaba bien y creía haberle curado, pero la clave del problema era genital, había una erección insuficiente y transitoria que se desmoronaba al intuir la penetración, y Nadeshda usó baldíamente su lengua inquisidora y sus gruesos labios y él le proporcionó orgasmos con la boca, ella rugía cada vez como un tigre después de cazar.

R. se había convertido, por obra y gracia del demiurgo, en un quejumbroso y experimentado impotente, y su creador también conocía la duda. Acababa de leer la inconclusa novela y aún no había asimilado la variedad de sus defectos. Otra vez engañado, creyendo volar alto y cayendo. Comenzaría nuevamente de no saber con certeza que una segunda versión acarrearía más complicaciones que mejoras. Frigidez literaria, escritura castradora, ridículo. Era preferible consumir un acto imperfecto a retroceder hasta el principio y volver a perseguir un improbable logro absoluto, hipotética exaltación ideal, el mayor orgasmo de todos los tiempos, como un anuncio: esperma en pos del destino o un arroyo en tu suave piel o limpie sus poros con mis viscosas burbujas. Si al menos ella me hubiese dicho que le gusta...

Eva le había asegurado a Hans que, aunque se sentía atraída por R., era a él a quien prefería como compañero. Hans, radiante, se lo contó a su amigo. Y esa verdad

tranquilizó a R. y le decepcionó a un tiempo. Y otra noche imposible y Nadeshda que regresaba a Ginebra, un prolongado beso en la estación del Norte, exótica oportunidad que se alejaba. Y Eva, Hans y R. yendo hacia Calanda a escuchar los tambores y él contándole a Eva, junto a un río de tibios tintes, mientras Hans se zambullía entre grandes salpicaduras, que había creído amarla y luego había comprendido que no, diciéndolo más que nada para convencerse a sí mismo, y perdiéndose y encontrándose en la noche tamborilera, en medio del martilleante estruendo, ella enseñándole a marcar el ritmo con las palmas, Hans luchando aún por racionalizar los celos.

Al volver del viaje, era temprano por la mañana cuando llegó a la buhardilla, sorprendió a Isabel acostada con un hombre desconocido, moreno. «Vine a verte dos veces. Creí que no te importaría», dijo, como si nada hubiera ocurrido entre ellos, a lo más un encuentro casual e insípido en una tarde lluviosa. R. no replicó y se fue, agonizante, y al regresar leyó en la pizarra: «Vendré una noche», pero no lo hizo, y él continuaba dando clases, se acercaban los exámenes y las elecciones y procuraba no pensar en ella y a veces dormía en casa de sus padres porque no soportaba la ansiedad de esperarla.

Junio del 77. R. asistía a todos los mítines de izquierda que se celebraban en la plaza de toros. Estaba sentado aguardando el inicio del de la CNT, cuando distinguió en el ruedo al joven de pelo rizado que había presenciado su noche más triste. Saltó y habló con él. Isabel estaba por allí, en las gradas, junto a aquella entrada, cerca de la barandilla. La buscó desde el ruedo, pero no la diferenciaba entre tantos bustos. Algunos gritaban: «¡Franco, Franco, Franco!»; no era gracioso. Por fin la descubrió, gesticulando y vociferando tal vez su nombre, no se oía, hizo ella el saludo comunista y luego el anarquista y él, alentado por su dinamismo, le pidió mediante señas un encuentro para después del mitin, y ella se negó con inflexible ademán de César y R. separó los brazos con las manos abiertas —sintética resignación— y le mostró la espalda mientras avanzaba entre la gente para acercarse a

la tribuna y escuchar mejor. Después, aburrido por los discursos, miraba disimuladamente hacia atrás, pero había vuelto a perderla y comenzaba a odiarla, detestaba su dependencia y la crueldad de Isabel.

Aún le escribió una larga carta, pretenciosa y reiterativa, que incluía paráfrasis del diario de Amiel y una interpretación historicista de su impotencia: «De niño no era fuerte, y esa debilidad me predispuso a las reacciones de timidez ante los trances más o menos ásperos de la vida. Como tantos, compensé la limitación de mi experiencia con una tendencia exagerada a la fantasía y al ensueño heroico. Al fin me hice fuerte para sobrevivir, o mejor oculté mi sensibilidad excesiva bajo una máscara de normalidad, afanosamente fingida, de apariencia serena e ímpetu sobrante, que te engañó como a muchos...».

«He creído durante tanto tiempo que era un vencido en un mundo de vencedores que he llegado a identificar algunos de los actos más comunes con el fascismo. Quizá, en mi subconsciente, la erección como símbolo de dominio, de descarga agresiva sobre un objeto exterior, se haya convertido también en fascista. ¿Es una casualidad que porras, pistolas y espadas tengan una forma fálica...?».

En esa misma carta le pedía que le devolviera las llaves y anteriores misivas.

Una mañana de domingo se hallaba R. en la penumbra de la buhardilla, meditando en las soleadas ruinas de Knossos, cuando llamaron brusca y repetidamente a la puerta. No quiso abrir, pero los golpes arreciaban y luego sonó el castañeteo de una llave y aparecieron Isabel y una amiga. «Vengo a devolverte esto», anunció con énfasis, depositando un llavero en la mesa. «He quemado todas tus cartas, como me pediste, salvo una. No te diré cuál». Isabel tenía mal aspecto, sus labios parecían encogidos y enseñaba los dientes como un animal con hambre; la amiga hablaba con artificial cordialidad. Cuando se iban, R. no pudo evitar rogarle a Isabel que se quedara. Al negarse, el rostro de ella se avivó.

Ese verano fue con Eva, Hans y amigos de éstos a Dinamarca, donde alquilaron unas bicicletas y partieron

desde Viborg hacia el norte por caminos suaves y amenos, de *camping* en *camping*, tiendas a cuestras, eludiendo pueblos grandes y anchas carreteras. Pasaban junto a muchas vacas de la variedad frisona, negra manchada, y otras de la pardo alpina; a veces, cuando hacían un alto, descansaban junto a ellas sobre la fragante hierba. No eran tímidas; en una foto, R. aparece de perfil, arrodillado ante una curiosa vaca y el rostro a escasos centímetros del hocico husmeante. Atisbaron también toros de pelaje largo y abundante, rojizo como el del uro primigenio, y caballos. En la excursión iba una joven canadiense que acabó durmiendo en la tienda de R. Era pequeña y delgada, llevaba siempre un sombrero de paja con una cinta y pantalones, sonreía mostrando las encías y chillaba en los descensos, cuando dejaban la bicicleta libre. Una noche, ya cerca del mar, arrió su saco al de R. y movió su rostro hasta que él la besó sin deseo. Se desnudaron reteniendo el aliento, parecían estar en una cueva. Llevaba ella la iniciativa; logró introducirse el pene semierecto, pero no supo evitar que saliera al moverse, y R. le pidió que tuviera paciencia y ella tomó el pene y, muy cerca, como si hablara a un micrófono, dijo: «Te daremos dos semanas», que era el tiempo que les quedaba de excursión. A los dos días de frustrados intentos, R. no podía soportar la quemante tensión, y cada noche fingía dormir en poderosa inconsciencia cuando ella entraba en la tienda después de hacer sus abluciones — era extraordinariamente pulcra—, y se levantaba temprano para evitar un despertar conjunto e iba a bañarse en el frío mar colmado de medusas. No le atraía, tan blanca como Inés, y le desagradaban sus difusas payasadas. En el extremo norte de la península, el viento era tan fuerte que inmovilizaba a las vacas; costaba mucho avanzar cuando soplaban en contra. Un día R. bajó de su bicicleta y comenzó a perseguir dos cisnes salvajes en la vastedad de un fiordo pantanoso, cada vez más aprisa para no hundirse, hasta que las aves alzaron el vuelo, y en conjunto fue un viaje estupendo, Eva pedaleaba con todo el cuerpo, oscilante como un flan, y a R. le gustaba ir tras ella en extasiado silencio.

Al regreso encontró una nota en el buzón de la buhardilla:

«Quizá no estés aquí ni leas nunca mi billete, pero si lo lees (por un azar que para mí sería más que un juego de dados) y vives (aunque pienso que tu vida habrá cambiado y así lo deseo y que quizás estés feliz y sereno, más calmo que en otros tiempos), tengas a bien comunicarte conmigo».

No contestó, pero meses después, estando en casa de sus padres, ella le telefoneó; aunque temía recaer, R. aceptó una cita. Supo al verla que era inmune: su delgadez y sus ojeras ya no le conmovían, ni siquiera los embelesos de su lúgubre voz de espiritista. Fueron al jardín botánico y a un restaurante, hablaban mucho: tenía él un sentido de responsabilidad en cuanto a las verdades científicas, e incluso respecto al bienestar de la sociedad, que Isabel rechazaba, pero no era un enfrentamiento como en otro tiempo, sino una afirmación de diferencias; parecía ella incapaz de oponérsele. Aún así, el orgullo subsistía, y un comentario o un gesto revelaban que ella concebía a su ser íntimo más brioso que el de sus contemporáneos, mucho más que el de R., y también más capaz. Al final del almuerzo —que ella no agotó: siempre solía pedir alimentos caros que dejaba en el plato casi intactos—, vertió el vino bravuconamente, como al inicio de sus relaciones. Se despidieron con sentimientos encontrados y al día siguiente él recibió una carta:

«Es difícil esto que trato de escribirte, un poco como si tratara de dar escritura al sueño que tiene su propio espacio y no se deja captar más que a través de lo que omite. Parece que por una suerte de amor por lo imposible me he dejado arrastrar tras deseos inalcanzables. Ningún esfuerzo puede apartarme de esta avidez por volver al principio, de esta rabia y pasión por lo perdido que domina mi vida. Volver a ver la luz con todo su destello, rehacer el alba primera y renacer en brazos del fuego. Mi vida es lo que no me deja vivir: la carencia, la falta de mí misma, la extrema ausencia de mi cuerpo. Todo se escapa velozmente dejando en mis manos la sensación de un roce ligerísimo, la iluminación fugaz e inasible del rayo en mis ojos. Hoy estábamos en el jardín envueltos por las gasas de la niebla y sobre nuestras cabezas un estallido de pájaros ha roto el agua del

nacimiento que era también el liviano cielo de la muerte. Sólo eso he vivido, apenas nada importaba de lo que hablábamos. Mi deseo anidaba en la niebla que abrazaba los árboles, mi lenguaje en lo que callaba. Atrás, siempre atrás remontando el curso del río. Hubiera querido pedirte que vinieras conmigo, que entráramos en el arca del tiempo, que buscáramos juntos la ausencia de nosotros mismos en la noche interminable. Tenía en efecto que llegar a este punto, donde veo ahora que se ha repetido la historia (la nuestra, claro) pero al revés. Pienso no sin cierta ironía que me he castigado, como Sísifo, a llevar la piedra hasta la cumbre para ver luego cómo escapa a mis esfuerzos. Pero lo que intento con este escrito es exorcizar mis demonios, y tú eres uno de ellos, si no el más fuerte. Todo lo que me sucede, toda mi vida exterior es anecdótica y ya está dibujado el tapiz que ha de seguir mi intrincado e inútil laberinto; lo único que sucede y que tiene realidad es lo interior, mi búsqueda tenaz e imposible del origen (del fin). No creas con ello que quiero decirte grandes palabras, eso ya da igual. Y quizá no sea cierto que yo te ame, y quizá lo único que quise en ti fue la conciencia clara de que nunca podríamos vivir juntos. Todo esto son divagaciones. Si alguna vez te amé o si aún puedo creer que te amo, he comprendido hoy que no tiene gran cosa que ver contigo, tú estás al margen. Y el amor es engañoso, se oculta en mil rostros y en mil paisajes: imposible intento de incorporarnos a la eterna corriente de nuestra fugacidad, o quizá dar forma a la ausencia de uno. Juego de escondite. Mucha suerte siempre. Isabel».

No volvió a verla.

El padre de R. falleció inesperadamente ese invierno. R. estaba en la buhardilla, su madre se lo contó: un temblor muy fuerte y el brazo rígido sobre el pecho, ella intentó ayudar pero no podía, no me duele, dijo, suspiró y cerró los ojos. Así de breve puede ser el final.

Se asombraba R. de que el cementerio le hubiera parecido alguna vez un lugar romántico.

Resignadamente se reintegró a la casa familiar.

Y al año siguiente, al regresar de la calle, encontró a su

madre tendida en el suelo y sin conocimiento; tardó en recobrarlo. Preguntaba por su marido y confundía a R. con un hermano. Mejoró luego, pero todavía ignoraba su viudez. Cuando R. le informó, se sintió engañada por su propia historia y quiso destruirla para vivir de nuevo; olvidó casi toda la etapa posterior a la adolescencia, sólo ésta y la infancia regresaban nítidas. Pero a veces la realidad se hacía tan evidente que no superaba la contradicción y mostraba una expresión desconsoladora, impotente. Fueron a un sanatorio, donde recibió un tratamiento que anuló la depresión pero consolidó la amnesia. Apenas podía llevar la casa, entraba en una habitación y ya había olvidado para qué, y no podía leer porque no relacionaba líneas alejadas, no ligaba escenas, lo cual era lamentable porque hasta entonces había leído mucho y tenía perfecta conciencia de su disminución, y tampoco comprendía las películas porque tenía problemas con el tiempo. A menudo él creía perder años al acariciar su cabello, ahora gris, al ensortijarlo entre sus dedos, y se adormecía a su lado hasta que un brusco temblor le despertaba; alertaba entonces a su madre y se retiraban a sus habitaciones. Un día sintió ella que comenzaba a recordar, sólo tenía despistes, poco más que todos, pero añoraba la época anterior, cuando la amnesia era grave, porque se había sentido protegida, y en ocasiones coqueteaba con el olvido.

En verano visitaron Lisboa. Cada mañana acudían al parque zoológico, donde R. se extasiaba ante el «tigrón», un híbrido de tigre y leona, producto ocasional de la cautividad, cabeza pequeña con melena raquítica y mueca permanente, ceño fruncido; el cuerpo era estrecho, deforme, y el pelo le colgaba en guedejas aparentemente húmedas. No daba señales de ser desdichado. Sus ojos amarillos reflejaban tranquilidad, apenas un pequeño interés por los asombrados espectadores. Quizá se sentía a gusto en la jaula, tal vez no ignoraba que su cuerpo deficitario hubiera soportado mal la competencia en la selva. Por las tardes paseaban plácidamente junto al río manchado de sol, idéntico gesto de admiración difusa.

Al volver a Valencia, R. continuó trabajando en la facultad. Le agradaba la regularidad de la vida académica. Nunca salía por la noche, procuraba no alterarse; sus hábitos se parecían a los de un viejo, la misma regularidad y lentitud. Persistía en las elucubraciones lingüísticas. Apenas pensaba en el sexo: cuando se le ocurría masturbarse conseguía débiles orgasmos; tenía poluciones nocturnas durante los períodos de abstinencia; ya ni siquiera coleccionaba fotos de animales copulando. La vida ha pasado a mi lado, se decía para justificar su prematura pasividad, una nueva defensa.

A finales de agosto del 79, R. quiso comprobar sobre el terreno la exactitud de las transcripciones de Lineal A que había estudiado. Intuyendo el extremado calor, su madre decidió permanecer en Valencia.

Llegó a Atenas una tarde resplandeciente y se hospedó en el Hesperia. Desde la Acrópolis sembrada de turistas, donde dos niños ciegos tanteaban las columnas del Erecteion, vigiló el declinar del sol, miel cada vez más oscura en las antiguas piedras. La cena: al pedir moussaká se dio cuenta. Estaba en el restaurante donde Inés le había llevado la primera vez, la máscara de Agamenón guiñando un ojo a los comensales, la reproducción del fresco con el salto del toro, quizá los mismos camareros, seguro, y la historia que retornaba, fiel en cada bocado y cada trago de retsina, aunque no había peligro por ese lado —Inés se había casado y vivía en Madrid—, un vago malestar y después cada detalle, piezas de mosaico que se juntaban primero al azar y luego ordenadamente, y el espectro de la impotencia al fondo. Nunca debí haber vuelto, pensó.

Procedía el uro de países cálidos y era pariente lejano de los bóvidos del sur de Asia, del gaur negro de las junglas indias, del gigantesco gayal de Birmania y del bello banteng rojo de Malaya. Durante los períodos interglaciares, el uro salvaje, un alto cornúpeto de buenos músculos, astas agudas y carácter irascible, extendió sus dominios por Asia menor y Europa. Lascaux: tras algunos trazos accidentales, el dedo manchado de ocre o de arcilla esboza sobre una superficie rocosa un perfil de animal, una doble cornamenta de frente, una línea dorsal, y varios meandros que evocan las extremidades de un bóvido. Es el doble

del uro, la fijación de su presencia. El cazador, el brujo, hiere la imagen con su lanza o inventa ceremonias para la multiplicación, dibuja rojas vacas grávidas y terneros o se viste con un auténtico despojo, imita el paso del animal, sus gestos más característicos, y busca a una mujer de sexo amplificado que acceda a actuar como el doble de la vaca, o bien esculpe en un bloque calcáreo la vulva profunda de la hembra del bóvido y penetra en ella en un desesperado ayuntamiento parietal, carne contra piedra, buscando la preñez del animal abatido, que debe ser reencarnado pronto para evitar el hambre. Brillo mineral en rocas permeables, fisuradas y solubles al agua, calizas, dolomitas, yesos, regueros de disolución excavados por el semen de generaciones de brujos, y ese mismo semen acumulándose e irguiéndose en estalagmitas, toda la gruta como una inmensa vagina, pornotopía cárstica: canales, depresiones cerradas, valles, simas y sumideros, lagos producidos por intensas y repetidas eyaculaciones o por la obstrucción momentánea que materiales invisibles pueden provocar en los recovecos del útero, ríos subterráneos de piedra líquida.

En Çatal Hüyük, actual Turquía, las estatuillas de la Gran Madre, diosa de la fecundidad (6500 a. de C.), la representaban pariendo un uro. Era éste un animal de caza en la época del antiguo imperio egipcio. Significaba la luna, que todo lo inundaba y sobre la que el faraón ejercía su dominio mediante la cacería. A veces se capturaba al uro y se le conservaba en un corral para ser admirado y, finalmente, sacrificado. Aprendieron a criarlos, siguieron sus cópulas con delectación. El fiero uro se convirtió en el toro, más apacible, sin perder el carácter de divinidad. En Sumeria, el cielo era un espejo donde los dioses araban como los hombres en tierra. Y al dios sol se le llamaba toro de luz. El rey llevaba cuernos de toro en las batallas y él y el dios toro Enlil recibían el apodo de «Toro Salvaje. Para hacer la interrelación más completa, a las imágenes de los astados se añadieron pétreas barbas rizadas. El rey creía ser toro, hubo monarcas que mugían y embestían y en ritos de sexual abandono se ayuntaban con vacas. También Baal, el dios semítico del cielo y el clima, tenía un toro como símbolo. Estrechamente relacionada con él estaba la diosa Astarté, en Babilonia Istar, la amante de todos los dioses,

la divinidad de la prostitución sagrada. En Egipto, la diosa Hathor tenía figura de vaca. Personificaba al cielo, amamantaba al faraón, guiaba a los muertos en el viaje al submundo. En la civilización del valle del Indo, toros y vacas eran sagrados, como hoy en la India. Mithras, dios persa, cazó al toro y lo sacrificó en una gruta; cuando el animal sucumbió, comenzó el mundo: el manto de Mithras se convirtió en globo celestial y el semen del toro originó a los demás animales.

Y mientras el culto se extendía y conocía su mayor auge en la antigua Creta, los ganaderos conseguían bóvidos pequeños, manejables, de cuernos cortos, cada vez más alejados del primitivo uro salvaje. Conoció éste tiempos históricos y sobrevivió en Polonia hasta 1627. Ese año, los monteros del coto de Jaktarowka encontraron muerto al último uro del mundo, una vaca vieja.

Y en el hotel, ¿era aquella la misma habitación donde, tres años antes, había intentado en vano masturbarse tantas y tantas veces, y donde se había acostado con Inés? Si no, se parecía.

Sueño: la única corrida que había presenciado, siendo niño, en Barcelona. El toro causaba admiración por el modo batallador y heroico con que se enfrentaba a la muerte, hasta en el último estertor. Pelambrera humeante. Antes, los caballos carecían de peto, le contó su padre. ¡Pobres jamelgos de picador, desahuciados y desnutridos! Uno pronto los olvidaba para admirar al toro, el tótem donde se acumulaban todas las energías. Quería que el animal venciera al hombre torturador. Manchas rojas en el pantalón ceñido, aproximación a los cuernos, roce. Imágenes del mismo documental: Elena y él caminando hacia el pinar de G. y pasando junto a un rebaño de cornúpetas. «No hay peligro, ¿verdad? Son todo vacas», comenta ella. R. ríe de su ignorancia: cree su pecosa prima que sólo las hembras llevan manchas. Cuando le señala los toros berrendos, Elena se asusta y no echa a correr porque él le aconseja moverse despacio. Y las imágenes de un tratado de veterinaria, largos

penes de glande puntiagudo, generosas vulvas distendidas. Todas las referencias literarias a los testículos de toro; testílagos. La tiente de las vacas bravas. Y los grabados de un libro de estampas taurinas que hojeaba frecuentemente en la infancia: ese torero huyendo con el capote atrás, en un galleo primitivo; los perros arrojados al astado; la lanzada a pie, el salto al trascuerno y el de la garrocha; el malencarado «Señorito», toro vencedor de un tigre de Bengala en Madrid (1849), el «Cariñoso», que corneó a un león en la plaza de Aranjuez (1851); el retrato de los cinco toros y del elefante «Pizarro», que luchó con ellos en la plaza de Madrid en 1865; la cogida en cuatro fases de José Delgado (Hillo) al estoquear, enganchado el vientre al iniciar el derrote, acostado al inclinarse el toro, alzado de nuevo y paseado por el ruedo, ya cadáver, colgando de los cuernos del animal herido; la lluvia de toros, de Goya; la fiesta taurina en el aire, un globo gigantesco con caballo y varilarguero, otro con el bóvido, arremetiendo en el cielo como estrellas furiosas. Y el toro de lidia (*Bos taurus ibericus*) que había en el zoo de Barcelona la primera vez que lo visitó, un cuento cruel escrito en la infancia, «¡Olé!», se llamaba, el toro de mimbre sobre la puerta de la buhardilla, la plaza de Valencia, los mítines. La clave de algo: el dibujo de un uro alanceado en alguna cueva francesa o el uro asaeteado que se revuelve contra sus cazadores en la cueva Remigia, en Castellón, y de pronto surge un recuerdo imprevisible: tiene tres años y medio y es el primer día de clase. La profesora dibuja un signo en la pizarra y pregunta qué es. «La letra A», responde alguien, quizá Hans. «Para recordarla», añade la profesora, «podéis pensar en la cabeza de una vaca o de un toro, al revés». Dibuja la testa invertida de un cornúpeta. «¿Lo veis ahora?», pregunta. El astado en la raíz del lenguaje. Reconoce el niño la cabeza disecada de la carnicería e imagina por su cuenta la identidad de otras letras, o es el soñador quien lo hace, pezuñas, rabos, ojos y cuernos en el alfabeto. Logos spermaticós, el verbo fecundo, *bos bovis vobíscum*. El toro es el otro. Bailan los signos, la T imita al animal cuando embiste y en el Lineal B la A parece T. Todas las tabletas de arcilla

resbalando en el sueño, cada hipótesis sobre un rodillo.

Ahora, por fin, hay algo que coincide, una línea se detiene y agranda ocupando toda la pantalla. ¿Ugarítico? Es Lineal A. Traduce en trance: «En (el) subsuelo (se) esconden quienes aman (a los) animales».

Y aparecen otras tabletas, se ordenan solas y revelan los misterios de Knossos. El verbo knossein significa dormir. ¿No es extraño?

Supo que allí vivía el rey sacerdote, con sus hijos los príncipes y algunas mujeres destinadas a la reproducción. Su favorita ocupaba el megarón hasta que quedaba embarazada; inmediatamente se la sustituía. Las hijas del rey se convertían en sacerdotisas; los hijos, en futuros reyes que cada año eran sacrificados al llegar la vendimia. La gran sacerdotisa había sido la primera bruja; nadie conocía su edad. Protegía a las serpientes —sus amantes, afirmaban algunos—; por eso Knossos estaba lleno de ofidios, en cada resquicio una lengua bífida buscando miel. En los sótanos, ocultos a los demás mortales, las sacerdotisas y los príncipes se apareaban con toros rojos de pies blancos y vacas blancas de rojas pezuñas, bóvidos escogidos entre los cimarrones de la isla. La función esencial de las sacerdotisas era recibir los cadáveres de los nobles cretenses, ahumarlos y conservarlos en tinajas (pithoi) con miel o en sarcófagos que los arqueólogos confundirían luego con bañeras. Había zonas lústrales para sacrificar reyes y toros, éstos a los muertos, aquellos a la Madre Tierra. A los muertos de los pobres se les enterraba fuera del recinto. Los nobles llevaban tributos para la manutención de los cadáveres de sus familias y el sufragio de los gastos en el más allá. Las sacerdotisas habían inventado un sistema de escritura, el Lineal A de los arqueólogos, para llevar la cuenta de dichos tributos. Cada año, el cadáver del rey recién sacrificado era sentado en un trono de mármol y atado al respaldo; allí se corrompía hasta que lo reemplazaba un nuevo rey, quizá su hijo, quizá su hermano. A los gemelos se les sacrificaba al mismo tiempo; para esos años disponían de un segundo trono. De noche, los pobres más valientes entraban en el recinto para secuestrar cadáveres mágicos y

robar joyas; a muchos se lo impedían las celosas serpientes.

Los piratas no atacaban Knossos porque temían el poder de los muertos, pero un día arribaron unos que nada sabían, colonos dóricos, y profanaron el lugar. Estaban impresionados, cómo no, un majestuoso edificio con rectos pasillos y, al doblar cada esquina, el fresco de un espléndido astado saltando o amando a mujeres y hombres desnudos.

Eso ya no lo contaban las tablillas, pero en el laberinto del sueño, donde los rectos pasillos eran secretos círculos, los invasores asesinaron a la sacerdotisa de las serpientes, que les salió al paso. Y luego quedaron sobrecogidos. Todo lo que había alrededor, las sombrías estancias, las figuras supervivientes de un mundo más antiguo, se conjuraba para asustarles. Y las serpientes les impedían el acceso a una parte del recinto.

Durante siglos, los invasores ocuparon un ala de Knossos, ignorantes de que, en los subterráneos de enfrente, bajo las estancias de los muertos, el último rey, los príncipes y las sacerdotisas persistían en su zoofilia y se entregaban, detenido el tiempo salvo para el goce, a inacabables orgías con vacas y toros.

Como los dorios carecían de alfabeto, copiaron algunos ideogramas de la escritura de las sacerdotisas y los adaptaron a su propio lenguaje, y así crearon el sistema que los arqueólogos han llamado Lineal B.

Y un día hubo una gran erupción volcánica en una isla próxima y se formó una ola gigantesca que destruyó barcos, llegó tierra adentro y ahogó a invasores y serpientes. Cuando el agua se retiró, las ruinas se convirtieron en un lugar de desolación y extraños ruidos, que los cretenses supervivientes consideraban con aprensivo respeto. Temerosos de que las sacerdotisas regresaran del mundo de los muertos, prendieron fuego al viejo palacio. No todo se quemó, y gradualmente un manto de tierra cubrió las piedras, pero abajo continuaba la perpetua orgía. Y quizás aún.

La telefonista le despertó. Dejó el equipaje en la consigna del hotel y un taxi le condujo al aeropuerto.

Ya en Heraklion, pasó el día en el museo y, llegada la

noche, fue hacia Knossos. El viento no soplaba, los cipreses parecían oscuros monolitos. Un mundo extraño iluminado por una luna cansada. Todo estaba esculpido, grabado para que perdurase, y cada accidente del paisaje se destacaba como una revelación. Aunque R. no lo viera de nuevo, allí quedaría. Las colinas. Las ruinas debían estar cerca. Volvió sobre sus pasos, descendió una quebrada tambaleándose y descubrió el reconstruido palacio de los muertos, enormes bloques espectrales. Saltó la alambrada por el lado oeste. Al entrar en las habitaciones del rey sintió que le invadía una extraña calma. Encendió la linterna y el cono de luz temblorosa despertó vivos colores e inundó pasadizos. De pronto, un cambio sutil y perfumado, un olor poco agradable, una losa corrida, una rampa gastada: antiguas pisadas —¿o recientes?— habían trazado un canal. Las paredes de la rampa eran de roca, reflejos rojos como lacre seco, los corredores se entrecruzaban y se esparcían como entrañas. Distinguió unas pinturas: animales copulando con hombres y hombres amando animales, que en la luz fluctuante parecían moverse. Aspiró el hedor, un aliento impuro y fétido, a putrefacción, quizá el aliento del cachalote corrupto que había husmeado en su lejana infancia.

Una vaga promesa, las aceradas vibraciones de unas voces. Se cubrió la boca con la mano libre, erizado el vello de la nuca y el corazón contraído, al percibir una extraña presencia. Alguien le aguardaba a escasa distancia, un cuerpo de toro con testa de hombre, rostro pálido como hueso, agitándose para que le siguiera. Y fue tras él y llegó a una amplia estancia poblada de híbridos y niños y esbeltos jóvenes y muchachas de distintas edades con bucles serpentinos y ojos ennegrecidos, y el rey Minos, imberbe aún a pesar de los milenios, tocado con gallardo penacho, sobre fondo rojo, el olor sofocante, antorchas ardiendo en las paredes con un fuego que no consumía, y una mujer con cabeza de vaca y senos rotundos, abierto corpiño con cinturón de oro, pezones enrojecidos y una falda con siete volantes de distintos colores, pies sedosos, acercándosele y riendo como el emblema de una conocida marca de quesos.

Soltó la linterna.

Venció el deseo a la duda y se irguió la carne mientras, liberado y concentrado a un tiempo, afirmaba la realidad de sus ilusiones abrazando al híbrido.

—*Me dijiste que nunca te había ocurrido.*

—*Es cierto, era verdad.*